

2018-01-01

# La tumba del buque perdido

Mario Martinez

University of Texas at El Paso, mariomartz@msn.com

Follow this and additional works at: [https://digitalcommons.utep.edu/open\\_etd](https://digitalcommons.utep.edu/open_etd)



Part of the [Creative Writing Commons](#), [French and Francophone Language and Literature Commons](#), [Italian Language and Literature Commons](#), and the [Latin American Literature Commons](#)

---

## Recommended Citation

Martinez, Mario, "La tumba del buque perdido" (2018). *Open Access Theses & Dissertations*. 1484.  
[https://digitalcommons.utep.edu/open\\_etd/1484](https://digitalcommons.utep.edu/open_etd/1484)

This is brought to you for free and open access by DigitalCommons@UTEP. It has been accepted for inclusion in Open Access Theses & Dissertations by an authorized administrator of DigitalCommons@UTEP. For more information, please contact [lweber@utep.edu](mailto:lweber@utep.edu).

# LA TUMBA DEL BUQUE PERDIDO

MARIO BENITO MARTINEZ

Master's Program in Creative Writing

APPROVED:

---

Nelson Cárdenas Ph.D., Chair

---

Sara Potter, Ph.D.

---

Andrea Cote Botero, Ph.D.

---

Charles Ambler, Ph.D.  
Dean of the Graduate School

Copyright ©

by

Mario Martínez

2018

# LA TUMBA DEL BUQUE PERDIDO

By

MARIO BENITO MARTINEZ, B.B.A

Presented to the Faculty of the Graduate School of

The University of Texas at El Paso

in Partial Fulfillment

of the Requirements

for the Degree of

MASTER OF FINE ARTS

Department of Creative Writing

THE UNIVERSITY OF TEXAS AT EL PASO

May 2018

## Acknowledgements

Mis agradecimientos especiales a Nelson Cárdenas, Sara Potter, y Andrea Cote Botero.

A Ángela Lucía Martínez, por salvarme la vida.

Infinitas gracias a Melina Flores, por el acompañamiento a la distancia y sus observaciones puntuales a los primeros borradores de esta historia.

A Claribel Alegría, cuyos consejos siguen emergiendo como reminiscencias de una vida futura.

A mis padres, por el apoyo incondicional e impagable.

A los compañeros de Creative Writing, en especial a Jorge Manzanilla y Aldo Amparán por ayudarme a hacer el format check y su amistad imperecedera.

A Xóchitl Sequeira, Missael Duarte, Irma Nikicicz, Margarita Mejía, Laura Muñoz, por hacer del desierto, la amistad y de la escritura una segunda casa.

Y a mis enegimos íntimos de Nicaragua: Carlos, Enrique, Friné, Holbein, Edgar.

## Table of Contents

Acknowledgements .....	iv
Table of Contents .....	v
Prefacio .....	1
Works cited.....	17
La tumba del buque perdido .....	18
Primera parte.....	19
Segunda parte (cuaderno de rodaje) .....	61
Tercera parte .....	101
Vita .....	154

## Prefacio

### Del Antiguo Testamento a *Austerlitz*

A modo de declaración de principios, me gustaría advertir que este no es un estudio exhaustivo sobre literatura de viajes, sino una aproximación al viaje como una forma de narrar sucesos reales y ficticios, basándome en una serie de novelas agrupadas bajo la categoría de novelas para un canon posible.

Cabe aclarar que las novelas de este *corpus* están hilvanadas por el desplazamiento de sus protagonistas en busca de una *posible* respuesta, y muchas veces esa respuesta se determina durante las pesquisas que el narrador (en su mayoría un narrador en primera persona) realiza durante un determinado trayecto, tiempo o espacio; pero en la mayoría de los casos este tiempo y espacio constituye un caleidoscopio donde la realidad interviene la vida privada de los protagonistas dentro de una representación simbólica y fidedigna del espacio exterior e interior.

Por los diferentes puntos de vista con el que abordan el viaje, son novelas que constantemente estaré citando y de las cuales destacan *Austerlitz* y *Los anillos de Saturno* de W.G. Sebald; *El camino de Ida* de Ricardo Piglia; *Los detectives salvajes* de Roberto Bolaño; *Soldados de Salamina* de Javier Cercas; *Pedro Páramo* de Juan Rulfo; *El tren a Travancore (Cartas indias)*, de Rodrigo Rey Rosa; *El sueño del retorno* de Horacio Castellanos Moya y *Mientras agonizo* de William Faulkner; asimismo citaré las

aproximaciones estéticas de Susan Sontag acerca de la obra de W.G Sebald, quien es además el parteaguas de este modelo narrativo.

Dicho lo anterior, pasemos al primer asunto: las motivaciones del viajero. Partamos de la idea de viaje y narración. No es nueva; lo sabemos. También sabemos que el viaje es tan antiguo como la Humanidad misma y por naturaleza el humano ha sido siempre un nómada. Pero viajar tiene sus complicaciones y motivaciones; todos viajan por una necesidad y ésta, por mencionar un ejemplo, podemos encontrarla en el Antiguo Testamento, específicamente en el Éxodo, donde leemos la travesía de los hebreos huyendo de Egipto. Como sabemos los esclavos son guiados por Moisés y van de camino a poblar la tierra prometida; y aunque el viaje de los esclavos no constituye una forma literaria, nos acerca a la reflexión de que todo viaje, sea grupal o individual, tiene una motivación intrínseca que puede ser revelada antes, durante o después de la travesía.

También tenemos el viaje como la aventura forzosa, y un ejemplo claro podría ser *La Odisea*, donde aparece Ulises dispuesto a volver a casa; pero el retorno resulta complicado debido a que Ulises debe enfrentar una serie de desafíos para finalmente abrazar a los suyos.

Por otro lado, están los personajes que salen en busca de aventuras, como Don Quijote de la Mancha; y a diferencia de Ulises, el desesperado que va en busca de su Ítaca, Don Quijote es el tipo de viajero que sale de casa en busca de aventuras y se dispone a vivir como un personaje de los libros de caballería.

Ahora bien, pasemos a la literatura de viajes. Sabemos que es imposible definirla, y este prefacio no tiene interés en hacerlo. Sobre todo porque el relato de viajes es un género encarnado al periodismo, que también lo reclama como suyo. Sin embargo, Federico Guzmán Rubio, en su ensayo “El relato de viajes en la literatura hispanoamericana:



definiciones y desarrollo”, sostiene que “el relato de viajes es un género practicado ininterrumpidamente desde la antigüedad clásica hasta nuestros días” (27). Y si se trata de un género practicado ininterrumpidamente desde la antigüedad, en lo que respecta a tradición literaria latinoamericana, podemos mencionar las crónicas modernistas que se presentan como una pieza literaria en sí misma, dotadas de un lenguaje altamente literario que no se limita a lo periodístico. El relato de viajes se mueve con facilidad de un género a otro. Por tanto, resulta apresurado limitarlo a un género literario en específico.

Por otro lado, en el caso de la novela, el relato de viajes ocupa un lugar importante para describir las andanzas del viajero y el encuentro con el “otro”. Ese “otro” puede ser el mismo autor que se va descubriendo así mismo durante el viaje. Un ejemplo preciso de este tipo de viajes podría ser *Austerlitz* de W.G Sebald. En dicha obra el narrador se presenta como el intermediario de un tercero, como si el narrador hubiera heredado la memoria de los otros o el testimonio heredado de una generación anterior a la del protagonista.

De igual manera, este tipo de novelas se apoya en la memoria, en los recuerdos, en la reconstrucción de un pasado, como si de un juego de espejos se tratara; el viaje adquiere una presencia significativa para entrar en los confines de la Historia pública. Del mismo modo ocurre con *Los anillos de Saturno*, donde los eventos históricos giran alrededor de la vida personal del narrador llamado Sebald que se desplaza por diferentes geografías. Este tipo de modelo narrativo es el que me parece más interesante porque los personajes no son fieles a los eventos de la historia pública.

Tanto en *Austerlitz* como en *Los anillos de Saturno* se tamiza la experiencia de la búsqueda de la identidad a través del viaje y la memoria; y de esa manera el lector se convierte en cómplice del narrador, persiguiendo las aventuras de otro personaje aparentemente secundario.

### ***De Austerlitz a Los detectives salvajes***

De igual manera, bajo la sombra sebaldiana, Javier Cercas, Roberto Bolaño y Ricardo Piglia escribieron una serie de novelas que echan mano de los datos duros de la Historia, narradas en su mayoría en primera persona, algunas incluyen una orquesta de voces, de narradores que se acercan con ambigüedad al argumento, y poco a poco van metiéndose en los vacíos de la historia pública. Estas novelas no solo se centran en el testimonio del personaje principal, sino en el testimonio de los otros para redondear una idea del motivo de los personajes.

Ejemplos precisos de este tipo de narraciones son *Los detectives salvajes* de Roberto Bolaño, *Soldados de Salamina* de Javier Cercas y *El Camino de Ida* de Ricardo Piglia. Estas novelas podrían inscribirse en la telaraña sebaldiana, cuyo objetivo es escudriñar en las ruinas de un país o de una sociedad azotada por la violencia, teniendo como protagonista o telón de fondo la violencia, el exilio y la diáspora de una sociedad representada en un personaje o en una serie de voces que rodean el objetivo central de los viajeros.

Asimismo en la mayoría de estas novelas se hace difícil identificar lo real de lo ficticio; sobre todo porque las ciudades, los lugares, los personajes y las fechas se corresponden con “lo verdaderamente real”. Susan Sontag, en su ensayo “W. G. Sebald: El Viajero y su lamento”, nos comenta que “estos libros reclaman con justicia ser considerados como ficción. Y son ficción, no solo porque hay buenas razones para creer que mucho ha sido inventado o alterado sino porque, seguramente, algo de lo que Sebald narra sucedió en efecto” (3).

El planteamiento de Sontag nos lleva a preguntarnos cuáles son los límites de la ficción. O bien, si todavía cabe la posibilidad de formular dicha pregunta en tiempos en que los géneros literarios experimentan una profunda metamorfosis, sabiendo que se ha discutido hasta la saciedad las generalidades de la novela. Pero en las novelas sebaldianas, a riesgo de sonar repetitivo, prima la memoria y el viaje; y, por tanto, apelando a la inventiva de la memoria, me parece que el planteamiento de Susan Sontag es más que acertado al reclamar como ficción este tipo de novelas que apelan a un pacto de factualidad apoyado en el viaje y la memoria.

### **De la geografía real a la geografía recreada**

En las novelas de esta categoría, la biografía del autor importa menos que la imaginación; la inventiva está por delante de cualquier truco biográfico tamizado de ficción, y la realidad se adapta a lo inventado; de igual modo, es imposible ubicar los espacios imaginados de las geografías reales. Algunos espacios son trasuntos de geografías que crean sus propias reglas de juego. En esta nómina se encuentran *Pedro Páramo* de Juan Rulfo, *El sueño del retorno* de Horacio Castellanos Moya, *El tren a Travancore* de Rodrigo Rey Rosa y *Mientras agonizo* de William Faulkner.

Las primeras novelas centrales de la recreación del espacio son *Pedro Páramo* y *Mientras agonizo*. En *Pedro Páramo*, por ejemplo, la Comala que se nos presenta no tiene ninguna relación con la Comala real. El espacio cambia. Es un pueblo perdido. Fantasmagórico. Quien vaya con el mapa a buscar los páramos de la Comala real perderá su tiempo, pues el escenario es un espacio que proviene de la invención. Comala aparece como una referencia que no se corresponde con la geografía. Como podemos leer, en la

primera oración Juan Rulfo ubica al lector en ese escenario imaginado, “vine a Comala porque me dijeron que acá vivía mi padre, un tal Pedro Páramo” (7).

Por otro lado, el narrador en primera persona de *Pedro Páramo* es el resultado de la multiplicidad de voces que respiran polvo y muerte. La ausencia de agua. El calor. La canícula. Varios elementos yuxtapuestos a la propia realidad. La desintegración de un pueblo, de una familia, como también sucede en *Mientras agonizo*. Sabemos que William Faulkner no solo abordó la desintegración de una familia entera, sino también la de un pueblo entero, donde los personajes cumplen distintas funciones, entre ellas describir a través de “el otro” el ambiente y las condiciones en que se encuentran los Bundren. En ambas novelas, tanto en *Mientras agonizo* como en *Pedro Páramo*, hay dos personajes centrales que nos arrastran hacia los confines de la desintegración familiar. Ambos narradores instauran la tragedia familiar; en *Pedro Páramo* es Juan Preciado quien nos adentra hacia las ruinas de Comala, comenzando con la encomienda de su madre. En *Mientras agonizo* nos asentamos en el algodonal gracias a la sentencia de Darl, en quien vamos confiando el hilo narrativo de la familia que va de camino al cementerio: “Jewel y yo salimos del algodonal, por el sendero, uno detrás del otro. Aunque voy a quince pies delante de él, cualquiera que nos observara desde el cobertizo del algodón podría ver el sombrero de paja de Jewel, roto y raído, sobresaliendo por encima de mí” (Faulkner 6).

Con la primera sentencia de la novela emprendemos el viaje de Darl acompañado de su hermano Jewel hacia la casa de Addie. Durante el viaje vamos conociendo a los demás personajes y las aspiraciones y contradicciones de cada uno, como sucede con Darl, en quien confiamos el relato, pero contradictoriamente termina preso de sus locuras, tal como sugiere el personaje de Cash: “a veces no acabo de ver claro cómo puede haber nadie que se crea con derecho a dictaminar si una persona está loca o deja de estarlo” (262).

Algo semejante sucede en *Pedro Páramo*, cuando Juan Preciado cuestiona a su madre por haberlo enviado a Comala, pues al llegar e instalarse en el pueblo es visitado por las voces y los murmullos que le van develando la vida secreta de ese pueblo desolado y de esa familia en ruinas; y casi al borde de la demencia, se refugia en sus recuerdos, y de esta manera descende al infierno de sus miedos, de la locura y la muerte. Pero es gracias a Juan Preciado que hemos entrado en las contradicciones y las aspiraciones de los demás personajes; la voluntad de su madre de exgirle a Pedro Páramo lo que estuvo obligado a dar; la locura de Susana San Juan y la ambición, y obsesión de Pedro Páramo por San Juan.

Tanto *Pedro Páramo* como *Mientras agonizo* son novelas con muchas aristas, por lo cual su lectura da para analizarlas desde diferentes puntos de vista, no limitadas estrictamente al viaje, pues el viaje, cabe decirlo, funciona como un elemento necesario de desplazamiento de la trama porque los personajes deben moverse hacia los restos de la familia, por decirlo en un sentido metafórico y simbólico. Es difícil ubicar un lugar real en estas novelas. La veracidad no juega ningún papel importante, pero sí el pacto de la verosimilitud.

Por otro lado, la sucesión de eventos en *Pedro Páramo* está determinada por el viaje a Comala de Juan Preciado, bifurcándose en una tríada de personajes compuesta por Juan Preciado, seguido de Pedro Páramo, y la locura de Susana San Juan. Estos personajes sugieren una unidad interna y significativa de la degradación familiar, que ya hemos abordado, y de la recreación del espacio desde la imaginación; no mera imitación de la realidad.

Siguiendo en el tema de la recreación del espacio, tenemos a los centroamericanos Rodrigo Rey Rosa y Horacio Castellanos Moya, en cuya obra aparece la violencia, el desplazamiento de las comunidades indígenas por el avance de la frontera agrícola y las

luchas y encuentros de las culturas centroamericanas. En *El sueño del retorno*, por citar un ejemplo, Horacio Castellanos Moya recurre al párrafo extenso, en clave de monólogo, narrando el viaje de Erasmo Aragón, el personaje principal, quien tiene intenciones de regresar a San Salvador una vez que se han firmado los acuerdos de paz; el personaje se desplaza por distintos lugares de la Ciudad de México, cuyos espacios son pocos perceptibles porque el narrador no recurre a las descripciones puntuales.

Lo mismo ocurre con Rodrigo Rey Rosa, en su novela *El tren a Travancore*, en la cual el autor guatemalteco hace uso de la elipsis y basta una oración para especificar el lugar donde se desarrolla la acción; en la historia el narrador ya ha llegado al sitio y ahora recorre el lugar y comparte su experiencia a través de cartas que envía a sus destinatarios.

Contrario a lo que sucede en *El sueño del retorno*, donde el narrador describe los acontecimientos previos del viaje a su natal San Salvador, Rodrigo Rey Rosa aporta una literatura que apuesta por la recreación del espacio una vez que el personaje ya ha llegado al destino; se trata de recrear sobre lo visitado; sobre lo vivido; sobre lo observado, generando así un tono de desconcierto que no necesariamente se corresponde con el ánimo del autor. Es decir, que tanto autor y narrador no son los mismos.

Gracias al recurso de la ya mencionada elipsis, Rey Rosa se desplaza haciendo saltos temporales y de espacio; yendo de un sitio a otro, de lugares que emanan extrañeza por lo exótico que puede resultar para un latinoamericano la India. No cabe duda que la escritura de ambos autores, tanto de Rey Rosa como de Castellanos Moya, está exenta de un espacio fijo; pues el espacio aparece sugerido o recreado desde la imaginación.

## **De viajes y viajeros**

Ahora veamos tres tipos de viajes de la literatura occidental, los cuales he identificado como el viaje mítico; el viaje como búsqueda espiritual, y el viaje como la exploración de una forma narrativa. Cabe anticipar que retomaré algunas de las novelas que he abordado con anterioridad.

#### A. El viaje mítico

En la primera categoría, la que concierne al viaje mítico, podemos mencionar *La Odisea*, *La Divina Comedia*, o *El corazón de las tinieblas*. En estas obras la figura del héroe permanece inmutable, como alguien que debe emprender un viaje con una misión, tal como sucede con Ulises, pero, además, estos viajes tienen la función de hacer reflexionar al héroe sobre el paisaje narrado, y sobre lo exótico de la naturaleza para subvertir los presagios de los dioses y poner a prueba las astucias del protagonista.

En adición a lo anterior, Joseph Campbell, en su libro *El viaje de las mil caras*, sostiene que en estos viajes “el héroe está llamado a la aventura, y no tienen conciencia de la mortalidad ni del tiempo” (198), pues casi siempre, en la mayoría de las epopeyas, estos héroes se niegan regresar a casa; “aunque también están los héroes que se resisten al llamado de la aventura” (199).

Por tanto, cabría preguntarnos ¿qué tienen en común Ulises, Don Quijote y el capitán Charlie Marlow quien va en busca de Kurtz? Podría decirse que cada uno de ellos experimentan una vida de aventuras y en medio de esas aventuras se apela a la construcción de un mundo simbólico y de aprendizaje espiritual, ya que el héroe, según Campbell, “inicia su aventura desde el mundo de todos los días hacia una región de prodigios

sobrenaturales, se enfrenta con fuerzas fabulosas y gana una victoria decisiva; el héroe regresa de su misteriosa aventura con la fuerza de otorgar dones a sus hermanos” (45).

El héroe regresa a casa con una recompensa que puede ser material o espiritual, pues el viaje realizado ha sido un aprendizaje no solo para él, sino también para los suyos.

## B. El viaje espiritual

En esta categoría subyacen narraciones que mezclan lirismo y meditación, como el caso del ya mencionado *El tren a Travancore* de Rodrigo Rey Rosa, donde el narrador a través de cartas, se dirige a un amigo, al editor, a su ahijado, y a su novia. Como hemos comentado, en cada carta el narrador expone un punto de vista distinto de los efectos que le produce la ciudad; y en un estallido de meditación accedemos al estado de ánimos que transmuta a la figura del “viajero mentiroso”, donde los eventos de la novela no se corresponden con los “verdaderamente” sucedidos. El narrador no se presenta como el autor, más bien el personaje es un trasunto del autor sin ninguna biografía explícita.

En *El viaje sentimental* Laurence Sterne sostiene que hay distintos tipos de viajeros, “aquellos que viajaban bajo el auspicio del clero; los viajeros haraganes, pero sobre todo, estaban aquellos viajeros que poseían mayor sutileza para observar y transcribir las emociones generadas durante el viaje (...) Los viajeros mentirosos, inquisitivos, melancólicos y vanidosos” (19).

¿Pero por qué Rodrigo Rey Rosa encarna la figura del viajero mentiroso? De acuerdo a la estructura de *El tren a Travancore (Cartas indias)*, y a lo ya mencionado, el narrador no tiene ningún compromiso de factualidad con los hechos; sabemos que Rodrigo Rey Rosa viajó a la India porque así consta en el prefacio; pero no es el autor quien narra



las cartas. De igual manera Rey Rosa se acerca al tipo de viajero moderno que se fundamenta en la partida como voluntad de entendimiento con el “Otro”, asunto propio del Orientalismo que Axel Gasquet identifica en el ensayo “Hacia una sociología de la literatura de viajes”, como el punto de inflexión que se articula en la respuesta en “el otro”, y esta práctica, según Gasquet, se manifiesta a través de la representación simbólica de lo desconocido, pues “el hombre parte del principio de ignorancia para avanzar hacia la luz del conocimiento” (34).

Digamos que en Rodrigo Rey Rosa la figura de narrador personaje es ambigua. Tal ambigüedad le permite al autor inventar sobre los hechos vividos y no encomendarse a los asuntos de los que se interesaría Sebald y su prototipo narrativo.

#### B. El viaje como la exploración de una forma literaria

De acuerdo a lo que hemos enunciado al comienzo de este prefacio, esta categoría aborda el viaje como la exploración de una forma con el fin de conocer una verdad; pero ésta puede ser generada por una incógnita. No hay mucha diferencia con el viaje como búsqueda espiritual; pero esta categoría corresponde a un tipo de viaje fundado en la búsqueda de la verdad que concierne responder a la historia pública; y de eso ya hemos hablado en los anteriores capítulos, pero también corresponde a esta categoría puesto que aquí entra en juego lo detectivesco.

A diferencia de las novelas de Rey Rosa y de Horacio Castellanos Moya, en estas novelas el verbo «recrear» está relegado a la cuasi imitación fiel del espacio geográfico y de los eventos sucedidos tal como la historiografía lo archiva. Dicho de otra manera, el viaje se instala como un modelo narrativo ligado a las pesquisas que convella al narrador

conocer esa verdad que subyace en la historiografía. Del mismo modo estas novelas poseen la virtud de incluir todos los géneros literarios: crónicas, diario, ensayo, memoria, testimonio, y la incorporación de bibliografía consultada. Otro rasgo particular es la estructura fragmentaria adoptada; muchas veces con extremados saltos temporales y de espacio; yendo y viniendo de un lugar a otro, como sucede en *Los detectives salvajes* de Roberto Bolaño. En dicha novela los artificios de la metaliteratura y el espejo roto de la identidad permite conocer que los narradores no tienen una nacionalidad determinada. Son más bien narradores nómadas; sobre todo los de Roberto Bolaño que se desplazan por distintas geografías y en diferentes momentos de sus vidas.

*Soldados de Salamina* de Javier Cercas, es otro ejemplo de esta categoría narrativa, novela parteaguas por dismantelar las convenciones estéticas tradicionales de la ficción. Con esto quiero decir que Cercas recurre a la novela de no ficción centrada en la figura real de Rafael Sánchez Ferlosio; y al igual que en *Los detectives salvajes*, Javier Cercas está fabulando una historia que espera escribir pero que en realidad se está escribiendo a medida que va descubriendo los materiales historiográficos que la componen.

Tanto Javier Cercas como Roberto Bolaño presentan una denuncia política consistente en la memoria para recuperar el pasado de los otros. Y en cuanto a movilidad, a diferencia de *Soldados de Salamina*, los personajes de Bolaño por distintas ciudades, por diferentes razones, huyendo de la violencia, de las dictaduras, a veces viajan por la euforia de apoyar la utopía de las revoluciones latinoamericanas como sucede con el personaje de Juan Stein de *Estrella distante*:

A partir de ese momento las noticias sobre Stein no escasearon. Aparecía y desaparecía como un fantasma en todos los lugares donde había pelea, en todos los lugares en donde los latinoamericanos, desesperados, generosos, enloquecidos,

valientes, aborrecibles, destruían y reconstruían y volvían a destruir la realidad en un intento último abocado al fracaso. (Bolaño 65)

Lo vi en un documental sobre la toma de Rivas, la ciudad sureña de Nicaragua, con el pelo cortado a tijeretazos, más flaco que antes, vestido mitad como militar y mitad como profesor de una universidad de verano, fumando en pipa y con los lentes rotos y atados con un alambre. (Bolaño 66)

De la misma forma, todavía cabe la posibilidad de resaltar que estos modelos narrativos ponen en entredicho las estructuras formales del modelo aristotélico (planteamiento, nudo y desenlace), donde la linealidad del argumento se disipa en una serie de eventos consecuentes de la experiencia melancólica de los personajes, tal como sugiere Susan Sontag refiriéndose a *Los anillos de Saturno* de Sebald:

Los viajes bajo el signo de Saturno, divisa de la melancolía, son el tema de los tres libros escritos por Sebald en la primera mitad de los noventa. Su punto primordial es la destrucción: de la naturaleza (el lamento por los árboles que destruyó un mal holandés que atacó a los olmos, y por los que destruyó el huracán de 1987 en la penúltima sección de *Los anillos de Saturno*); la destrucción de las ciudades; de los estilos de vida. (3)

### **Confesión de parte**

Algunos recordarán aquel verso de Rubén Darío que dice “yo persigo una forma que no encuentra mi estilo”. Se desprende del poema “Las ánforas de Epicuro”. Puede que este verso no diga mucho, pero plantea muy bien las dificultades que conlleva encontrar un estilo o una forma narrativa original; y las novelas con las que relaciono este estudio de

alguna manera convergen con *La tumba del buque perdido*. No me decanto por ninguna forma específica y si he explorado el viaje en dichas obras, ha sido para encontrar el lugar de esta novela en la tradición latinoamericana. Los autores y sus novelas mencionadas forman el variopinto en el que podría inscribirse *La tumba del buque perdido*. Sin embargo, mi interés no es explorar el modelo sebaldiano a ultranza. En este relato lo ocupo como un modelo para explorar una de las partes que tiene que ver con la búsqueda de personajes reales que tuvieron un grado de importancia con la historia nacional de Nicaragua. Utilizo la realidad y los vacíos de la historia para recrear, para imaginar sobre el espacio actuado y vivido. Los hechos son utilizados como factor de verosimilitud, sin ninguna voluntad más que desplazar a los personajes por diferentes espacios de la geografía nicaragüense.

Por otro lado, esta novela parte de un hecho factual: el viaje de Mark Twain a Nicaragua en 1866 y los eventos sucedidos después de la revolución de 1979. Los hechos históricos son utilizados como motivación por desplazar a los personajes de un sitio a otro y así ahondar en los confines de la existencia de los protagonistas. Cabe resaltar que los personajes viajan en un momento determinante de sus vidas; experimentan crisis existenciales, como el caso de un cineasta venido a menos que en su tiempo fue un destacado documentalista comprometido con los procesos revolucionarios de América Latina, en especial con la revolución nicaragüense.

No se trata de una novela política. Lo digo porque el lector se encontrará con ciertas referencias que podría identificar como reales, pero que, en la novela, como ya mencioné, juegan un papel de verosimilitud contextual. Es una novela cuyos personajes hablan a veces desde el silencio, entendido como “el espacio que da lugar a la culpa” (88), como lo explica Loreto Gómez López–Quiñónez en su ensayo “El silencio como estrategia en la obra de Juan Rulfo”: “El silencio también es el espacio de la culpa, un espacio donde preside un

concepto del hombre como una creación esencialmente equivocada, errónea, imperfecta y condenada a sufrir. Este silencio simboliza “una gran confesión en voz baja del hombre anonadado por la culpa, una culpa sin culpa, fatal” (Frenk 1974: 42)”. (88)

La idea central de esta novela plantea un juego de espejos donde los personajes van en busca de una utopía perdida, y como resultado de esa búsqueda descubren “por casualidad” la utopía de un país condenado a las verdades a medias: el ansiado Gran Canal de Nicaragua. Son las cartas de Mark Twain las que han servido como hoja de ruta para los personajes, aunque a mitad del viaje prefieren abortar la misión porque algo importante sucede en sus vidas. Es decir, lo que en apariencia era importante, termina siendo boicoteado por la voluntad de terceros.

De igual forma la novela propone una estructura cuasi cinematográfica, dividida en tres partes, cuyos primeros capítulos comienzan con la duermevela de los personajes protagónicos de cada sección. La consciencia y el pasado, transfigurada con el presente y las consecuencias de ese presente yuxtapuesto al pasado hace que los personajes se muevan con melancolía y reflexionen sobre la verdadera identidad, son productos de un país condenado de esa utopía de la construcción del canal interoceánico a través de Nicaragua. De la revolución venida a menos en tiempos donde todo sigue siendo igual y distinto. Igual porque la utopía revolucionaria no es ni una pizca de lo que algunos creyeron; y distinto porque los hijos de los nuevos protagonistas de la política nacional son hijos de una memoria heredada: un espejo roto enterrado en los confines de la historia.

Digamos que el *leitmotiv* de esta novela es la búsqueda de la identidad perdida y la búsqueda de la identidad no reconocida. La voluntad del autor es tratar de establecer una literatura que beba de la misma fuente literaria. Se espera que esta novela sea apenas el comienzo de este viaje; y como plantea Ricardo Piglia en *La forma inicial*: “los borradores

pueden ser leídos como literatura potencial, son modos de imaginar lo que puede ser un relato o, en todo caso, lo que todavía no es.” (93)

Finalmente, y para decirlo de otro modo: esta es una novela en constante construcción cuyos autores son los mismos protagonistas.

## Works cited

- Giraldo, Manuel Lucena, and Juan Pimentel Igea. *Diez estudios sobre Literatura De Viajes*. Consejo Superior De Investigaciones Científicas, Instituto De La Lengua Española, 2006.
- Rubio, Federico Guzmán. "Tipología del relato de viajes en la literatura hispanoamericana: definiciones y desarrollo." *Revista de literatura* 73.145 (2011): 111-130.
- Gómez López-Quñones, Loreto. "El silencio como estrategia en la obra de Juan Rulfo." (2013).
- Susan, Sontag. "W. G. Sebald: *El Viajero y Su Lamento*". Translated by Roberto Diego Ortega, *Susan Sontag: W. G. Sebald: El Viajero y Su Lamento*, Nov. 2017.
- Hirsh, Marianne. "The Generation of Postmemory - Writing and Visual Culture After the Holocaust." Columbia University Press.
- Faulkner, William. *Mientras Agonizo*. Translated by Rato Mariano Antolín, Alianza, 2013.
- Rulfo, Juan. *Pedro Páramo*. Editorial Lampara, 2015.
- Rosa, Rodrigo Rey. *Tres Novelas exóticas*. Alfaguara, 2016.
- Piglia, Ricardo. *El camino de Ida*. Anagrama, 2014.
- . *La forma inicial*. Sexto Piso, 2015.
- W. G., Sebald. *Los anillos de Saturno*. Anagrama, 2009.
- . *Austerlitz*. Anagrama, 2006.
- Bolaño, Roberto. *Los detectives salvajes*. Alfaguara, 2016.
- . *Estrella distante*. Alfaguara, 2016.
- Conrad, Joseph. *El corazón de las tinieblas*, Sexto Piso, 2014
- Castellanos Moya, Horacio. *El sueño del retorno*. Tusquets, 2013

# **LA TUMBA DEL BUQUE PERDIDO**



## **PRIMERA PARTE**

Según testimonios de quienes le conocieron en esa época, David Hobsbawm no hacía otra cosa que pasar viendo televisión sin prestar interés a las cosas que sucedían en la pantalla. La rutina consistía en despertarse con las primeras luces del día, luego hacía memoria de lo soñado, pues no había ni un solo día en que no soñara, y una vez despierto, tras sacudirse por completo la pereza, procedía a escribir en el cuaderno —que él llamaba «Cuaderno de la Memoria»— fragmentos de sus recuerdos que *recordaba haber soñado* en el sueño.

Para entonces se le creía muerto. Nadie lo miraba en los círculos de la élite cinematográfica y nunca respondía las invitaciones que le llegaban de distintos festivales del mundo: las rechazaba todas, ni siquiera se tomaba la molestia de abrir los sobres; los mandaba directamente a la papelería, pues al parecer no le interesaba inmiscuirse en los eventos que sucedían más allá de su vida privada.

Lo suyo, por decirlo de alguna manera, era una apuesta, algo más que un retiro a medias, pues todavía le interesaba volver al rodeo de la cinematografía, porque si hubiera querido desaparecer completamente del mapa, se habría ido a vivir a la granja que desde muy joven había heredado de sus padres; pero había decidido quedarse en la ciudad y sentarse a escribir cada mañana los episodios de lo soñado (o lo que recordaba haber soñado), porque a esa edad no tenía mayor entretenimiento que ese: hacer memoria; ubicar en su presente aquello que pertenecía a lo soñado. O constatar de una vez que no soñaba; que se solo eran recuerdos rotos que él confundía como sueños.

De alguna pesadilla podía extraer una nueva historia. Así se le iba el tiempo, en la ilusión de establecer una imagen concreta, el lunar en el dedo de una mano femenina, los

ojos, el color de la piel de sus personajes invocados... Rostros desdibujados como si se trataran de los protagonistas de una de sus tantas películas. Todo se reducía a una mancha en la lente de su imaginación. Una mano borrosa. Un parque. Una ciudad acostumbrada al caos. Las olas acosando a la arena. Fotografías imaginarias de distintas ciudades. También venía a su mente el grito de los niños. El lamento de mujeres de un país de Latinoamérica donde se exhibía la pesadumbre. El búfalo huyendo de sus cazadores. Un auto atascado en las dunas del desierto. El rostro de su mujer metida en una caja de cristal. La voz de su hijo preguntando por su juguete favorito. Atardeceres de una ciudad del desierto mexicano. Autos en bandada espantando a turistas en Nueva York. El tiempo detenido, el maldito tiempo envejeciendo a paso lento delante de él (o era él envejeciendo contra el tiempo, se decía).

Con frecuencia recordaba un coro de voces dilatadas en imágenes de una montaña agrietada de disparos. Pero lo que más recordaba era el rostro de aquella mujer; y aquella mujer se llamaba Luise, en ocasiones se le aparecía en su imaginación disfrazada de otros rostros, de otras voces, de otras mujeres que recordaba haber soñado dentro del sueño. Intentaba recordar la última vez que la había visto. Lo supo mucho después, cuando comenzó a hurgar en sus documentos, en su propio pasado y a revisar los cuadernos gastados.

A decir verdad David Hobsbawm no siempre soñaba con Luise; a veces la recordaba como alguien lejano, presente; de pronto Luise, a secas, prefería llamarla (en su «Cuaderno») simplemente Luise. Lejos estaba de suponer lo que sucedería después; pero de allí nació, por decirlo de alguna manera, la empresa de conocer el paradero de Luise.

En esa etapa de su vida, como hemos dicho, su rutina consistía en quedarse el día entero en una habitación solitaria de un apartamento ubicado en las orillas del Koreatown

de Los Ángeles, donde pasaba desapercibido, sin que nadie se inmiscuyera en su vida privada, sin que nadie le dijera *adiós maestro*, sin que nadie le diera concesiones especiales solo porque en algún tiempo había sido David Hobsbawm; el gran David Hobsbawm.

Todo eso se había quemado lejos, se decía, y así pasaban los días, las noches, las mañanas; aquellos sueños intervenidos por sus memorias de algunas instantáneas de sus viajes por algunos países de África, su primer viaje a la Nicaragua revolucionaria; y su estancia en algunas ciudades de Europa. ¿Cómo es que se llamaba aquel hombre que venía de Rusia?, se preguntaba a veces, intentando fijar una imagen específica en su cabeza, que luego se le marchitaba; y la frustración por no precisar los detalles lo envolvía en un halo de tristeza del cual se percataba cuando ya se encontraba metido en la cama.

Pero no siempre fue así.

No siempre estuvo arrojado a esa vida pasada, a esa vida fraguada por su memoria fraudulenta. Algo tenía que cambiar; y algo cambió, de un momento a otro, después de varios años de retiro a medias, después de varios años de intentar evadir la realidad de la que pronto comenzó a formar parte.

Sucedió una noche.

David Hobsbawm estaba en el balcón, de pie, contemplando el brillo de las luces desprendido del pórtico del Koreatown, tratando de recordar un poema de Vladimir Holan, su poeta favorito, cuyos versos sonaban en su cabeza como una reminiscencia obsesiva. «¿*Qué traerá el viento esta noche?*», recitaba para sus adentros. Creyó recordar que un tiempo atrás había conocido en persona a Holan, mas no tenía certeza; pero de pronto (en un instante impreciso) se olvidó del asunto, sacudió la cabeza, y se quedó en blanco.

Volvió al verso, a los poemas, a la figura de Vladimir Holan, combinada con unos versos de Pessoa que no existían, porque recordaba a Pessoa, pero no los versos, no tenía

certeza de nada. Luego consultó el Cuaderno, y por fortuna encontró el dato, pues solía fijar con precisión el día, la hora, el lugar (como si se tratara de un guión), y si el interior o exterior estaba atestado de gente o completamente vacío. Así constató que esos versos, aquellos versos que recordaba desde el balcón, eran de Vladimir Holan, y que los había escrito en el Cuaderno hacía mucho tiempo, la madrugada del primero de enero del año dos mil uno. Luego se puso a escribir los mismos versos pero con la fecha de entonces (*Qué traerá el viento esta noche, Int.APARTAMENTO, VACÍO: 9/06/2017*), y dejó el Cuaderno en la mesa de noche.

Se metió en la cama, cerró los ojos, recordando a su esposa e hijo; los recordó juntos, la mañana del primero de enero de 2001, la misma mañana que había escrito por primera vez esos versos de Vladimir Holan en el Cuaderno. Era inevitable que no pensara en ellos. Recordó el accidente, se preguntó cómo había sido, y de un momento a otro experimentó la sensación de sentirse un cadáver respirando una vida que ya no sentía suya. ¿Por qué he estado así tanto tiempo?, se preguntó. ¿En verdad no lo sabes? Sí, lo sabes, se dijo, pero es la vida imaginada, la vida que años atrás habías imaginado: recluso de todo y de todos. Levántate, se dijo así mismo, en la duermevela; y así fue, se dirigió al baño, se echó agua en el rostro, y desde el lavamanos, con el rostro hacia abajo, escuchó timbrar el teléfono. Nunca le ponía atención, siempre descolgaba; sobre todo cuando llamaban de noche, se metía a la cama directamente. Pero esa noche se quedó en silencio, sin el ruido en su cabeza, sin el ruido interior, con el rostro frente al espejo, barnizado de las gotas luminosas que se escurrían de su frente. Temió de que se tratara de uno de los estudiantes que llamaban para pedirle una entrevista, o del mismo fanático mal intencionado tratando de confirmar su domicilio.

No era ninguno de los acosadores, sino el Salvadoreño, quien llevaba varios días sin llamarle; y gracias a él se enteró de que ese era el día de su cumpleaños.

—¿Todo bien? —dijo el Salvadoreño.

—Como siempre —respondió Hobsbawm, en inglés—. Tal vez más jodido que antes. Ya sé que eso suena a obviedad. Ya lo sé.

—¿Seguís pensando en Luise?

—¿Para eso me llamaste?

—No —respondió el Salvadoreño, también en inglés—. Te llamé porque te quiero hacer una propuesta. Bueno, además de felicitarte. ¿Supongo que lo sabés?

—Ujum.

—El año pasado se me olvidó felicitarte. Esta vez no. Estás más viejo pero seguís siendo el gran Hobsbawm. ¿Sesenta, no?

—Sesenta y dos. ¿De qué se trata el proyecto? Supongo que no llamaste para eso. ¿Un video publicitario? ¿La misma empresa?

—No, no se trata de eso; esto podría interesarte.

Hobsbawm se quedó un momento callado, luego balbuceó:

—¿Y a quién debo buscar?

—A la misma Luise. Tendrías que viajar a Nicaragua. La cosa va más o menos así: Una productora, de la cual soy socio, quiere hacer un documental. Hay un par de propuestas. Te las voy a explicar mejor por correo. Es mucha información. Puedo darte un resumen.

Esa noche El Salvadoreño le explicó a grandes rasgos en qué consistía el proyecto. No pudo retener toda la información; solo había escuchado que Mark Twain había estado

en Nicaragua con otro tipo, y que la productora estaba buscando a alguien que hiciera una película a partir de esos datos.

En el teléfono, Hobsbawm había pedido que le diera unos días para pensarlo. El Salvadoreño sabía que Hobsbawm debía realizar una nueva película, ya que habían pasado siete años sin ninguna actividad productiva, y en medio de su aislamiento su trabajo se desvanecía por la creciente ola de realizadores jóvenes cuyas películas no dejaban de imitar sus estilo. No faltaba quien le escribiera pidiéndole un consejo o una entrevista. Pero siempre se negaba. «Ya no estoy para eso», se decía; pero la idea de volver a hacer una película seguía siendo una contradicción. Por un lado se decía así mismo que ya no quería esforzarse, que no tenía creatividad para eso; y por el otro, se repetía que necesitaba hacer una nueva película porque aún tenía cosas que contar.

Pero sobre todo por Luise. La mujer que no solo aparecía en sus sueños, en sus recuerdos, sino el personaje de una película apenas en construcción y que ahora tomaría forma con la propuesta hecha por el Salvadoreño.

Podría decirse que fue con la llamada del Salvadoreño que la imagen de Luise se activó con más ahínco en su memoria fraudulenta porque ahora le inquietaba la propuesta, y la idea de regresar a ese pequeño país del que tenía pocas noticias lo llevó a preguntarse si realmente era buena idea salir de su encierro; en el fondo quería hacerlo, pero la cápsula en la que vivía le dotaba de un regocijo que solo disfrutaba en determinadas ocasiones, como dos noches después de la llamada, en las que no logró conciliar el sueño.

Curiosamente, desde que le habían diagnosticado demencia senil, a los cincuenta años, no hacía otra cosa que memorizar números. Gracias a los números de teléfonos podía recordar el nombre de las personas, y cuando eso sucedía, en su imaginación se figuraba la idea de algún amigo, algún familiar, o bien, la imagen de Luise. A veces, en las noches,

pasaba largo rato dando vueltas en la cama, pensando en Luise. Cerraba los ojos, y aquella imagen que alguna vez vio en la edición inglesa de *Cámara Lúcida* de Roland Barthes, le recordaba escenas de una vida pasada: el mismo lugar donde Luise había estado un par de años después de haberse tomado dicha fotografía.

La fotografía en cuestión se trata de una imagen tomada por Koen Wessing, titulada *Ejército patrullando por las calles*, en la que aparecen dos monjas caminando por una calle sin nombre, mientras la Guardia Nacional de Nicaragua patrulla la ciudad en pleno final de la insurrección. Siempre recordaba esa imagen, pues desde que la había visto por primera vez, recordaba su primer viaje a la Nicaragua sandinista.

Y a falta de sueño, una de esas noches después de la llamada del Salvadoreño, se levantó de la cama y encendió la computadora. Escribió el nombre de Luise en Google. Pasó el resto de la madrugada escudriñando en los sitios de internet. Le llamó la atención un artículo publicado en *El Nuevo Diario*, un periódico de Nicaragua, donde aparecía Luise con un niño rubio entre sus brazos, sonriendo frente a la cámara.

El reportaje versaba sobre la resistencia de los «ramas» de abandonar sus tierras ancestrales de Bangkukuk Taik; y Luise, según el reportaje, fungía como embajadora de la comunidad, daba declaraciones a la prensa local sobre lo importante de conservar una lengua en peligro de extinción.

Luego imprimió el reportaje y lo metió en una carpeta que había rotulado con el nombre de Luise. Seguido a esto, procedió a encender el televisor, y se quedó dormido con el brillo parpadeando en la oscuridad; y solo hasta la mañana siguiente, con los primeros rayos de sol, se dio cuenta de que el aparato seguía encendido. No era de sorprenderse, sucedía con frecuencia, pero esa mañana, en lugar de pasar directamente a escribir lo



soñado, prestó atención a lo que sucedía en la pantalla, donde estaba un tipo que le parecía conocido.

Se trataba de un tal Daniel Johnston. Ahora aparecía Johnston cantando, caminando por una calle allanada de edificios en ruinas, y luego enfundado con una chaqueta negra combinada con una camiseta blanca, en la que se leía «Hi, how are you». El pobre Johnston, con su cara de desgraciado, parecía ver a los ojos del camarógrafo o hacia alguien que le dictaba las palabras. En ese momento Hobsbawm recordó que Daniel Johnston era un admirador suyo y que varios años atrás había recibido una carta del joven Johnston. Recordó que en la misiva Johnston le pedía unas palabras para su nuevo trabajo, pues estaba a punto de estrenarse el documental *The Devil and Daniel Johnston* (2005), el mismo documental que esa mañana se proyectaba en la televisión. Pero Hobsbawm nunca respondió dicha carta y solo hasta entonces sintió por primera vez un halo de vergüenza.

Por suerte se olvidó del episodio y se concentró en lo suyo, que era lo que más le interesaba: la propuesta del Salvadoreño.

Apagó el televisor, se metió al baño, y pasó un buen rato bajo el chorro del agua que calaba en sus huesos, pensando en la propuesta del Salvadoreño. Durante ese tiempo metido en la ducha, con el vapor escurriendo en el baño, pensó en las posibles temas que debía abordar en la nueva película. Pensó en un título, un posible título, se dijo. Luego en la forma, en la estructura. ¿Por qué el Salvadoreño lo había llamado a él? ¿Cuánto tiempo llevaba sin hablar el Salvadoreño? *Hijueputa*, musitó en español, pensando en el Salvadoreño, recordando lo que éste le había hecho en los años ochenta. Pero se olvidó de ello porque de alguna manera agradeció de que el Salvadoreño lo hubiera llamado a él para realizar el proyecto. Gracias a él, pensó, sabía que tenía sesenta y dos años. También gracias al Salvadoreño tendría la oportunidad de volver al rodeo; de finalmente

concentrarse en una nueva (y tal vez la última) película basada en sus pesquisas sobre Luise.

David Hobsbawm era uno de los directores más importantes del cine contemporáneo. Sin embargo, como hemos dicho, a él le daba igual lo que pensarán de su obra. Le rayaba escuchar comentarios grandilocuentes sobre su trabajo. En lo que sí coincidía con sus admiradores, y con algunos críticos, era en que él poseía una poética propia. Una forma personal de desentrañar los demonios internos de sus personajes. Así constaba en sus películas, entre las que destacaba *Pobres niños que fuimos* (2004), rodada en un pueblo de Suecia, cuyos personajes son un padre e hijo que comparten la misma tragedia: ambos están internados en el mismo psiquiátrico sin saber quién es quién, pues solo el espectador puede conocer la verdadera identidad de los personajes. Se trata de una película estrenada con mucho éxito en el Festival de Cannes a comienzos del dos mil. Ya antes lo había hecho, al conquistar el gusto de la crítica (y del público, “escaso, pero gran público”, pensaba) con *Una historia de amor absurda* (1979), *De donde fue el infierno* (1983), y *Los huesos de la noche* (1995), por mencionar algunos filmes de su vasta obra cinematográfica combinada con la suerte de realizar cortos de publicidad para varias empresas que él mismo criticaba.

Por tanto, para sus admiradores, David Hobsbawm era un artista de culto. Y gracias a éste, su nombre se mencionaba repetidamente en las investigaciones académicas de las universidades gringas. Pero del culto no se vive, menos de la fama infundada en las universidades. Tampoco teniendo una horda de admiradores que, en lugar de pagar por ver sus películas, preferían descargarlas o verlas en los sitios de internet piratas. Así que nada podía estar mejor que un viaje, pero los pensamientos negativos lo atemorizaban. Se trataba de una oportunidad que no podía pasar desapercibida. La propuesta sonaba un poco descabellada, pero ¿qué podía perder a esas alturas de su vida? Ya todo estaba perdido.

Nada andaba bien. Nada era lo mismo. Y pesar de que el Salvadoreño le había prometido conseguirle todo, se resistía a tomar una decisión, sobre todo cuando se preguntaba si valdría la pena volver a Managua.

En algún momento de esos días pensó que lo mejor sería desistir de la propuesta del Salvadoreño. Pero recordó que involucrarse en la película era la oportunidad de llevar a cabo su gran empresa: conocer el verdadero paradero de Luise. Y si tenía suerte, sabría de una vez el paradero de ella, si estaría viva, si se habría casado o si tendría hijos. Todas aquellas incógnitas generadas a raíz de la imposibilidad de no haber concretado nada con ella, pues solo la había visto dos o tres veces en su vida.

En estos últimos años, antes de cumplir sesenta y dos, llevaba tiempo trabajando en una película, pero ninguna idea le satisfacía. Un tiempo atrás había acariciado la idea de rodar un fragmento de *La sonrisa del jaguar* de Salman Rushdie, a quien había conocido en un encuentro en Londres en los años 90's, pero abandonó el proyecto cuando leyó comentarios negativos en torno al libro. Además, de nada serviría, ¿a quién podría interesarle el pasado de un país desventurado y sumido en la tragedia política? ¿Pero qué cosa no era trágica en sus películas? Quien haya visto alguna de sus películas, se dará cuenta de que todos los finales terminan con escenas trágicas. Y eso era de algún modo lo que el público aclamaba, que poseía el don de arrastrar a sus personajes a las zonas más oscuras de la existencia.

Pero ahora, se decía así mismo: no hay tiempo que perder. La propuesta había llegado. La tenía. No venía de él, pero daba igual. Ya encontraría el modo de imprimirle su propia poética.

«Mark Twain estuvo Nicaragua», había dicho el Salvadoreño en el teléfono, por lo que David Hobsbawm repitió esta frase la mañana siguiente, la noche siguiente, y así pasó varios días, varias noches, pensando en la frase y en la posibilidad de una historia. Ahora la sentencia le sonaba a un encargo, pero un encargo distinto, se dijo, un par de mañanas más tarde. La historia, la posibilidad de una historia, repetía para sus adentros, aquella que el Salvadoreño le había contado distaba mucho de lo que encontraría después, pero en primer término, involucrarse en el proyecto, significaba viajar a la selva (de ser posible) y conocer el paradero de Luise.

Por lo que recordaba, según le había dicho el Salvadoreño, había un personaje secundario dentro de la historia, un tal Nelson Brown que había viajado con Mark Twain a través de la Antigua Ruta del Tránsito de Nicaragua. Sin embargo, hasta entonces era una hipótesis de que dicho personaje hubiera existido. Por ello se dispuso a hurgar en las bibliotecas digitales, en uno que otro repositorio de artículos académicos; y así llegó a dar con la tesis de un estudiante de escritura creativa de una universidad tejana. Leyó los primeros capítulos de la tesis, y al siguiente día, le escribió al Estudiante para comentarle que estaba trabajando en un documental sobre Mark Twain en Nicaragua, y que por ello, le pedía información al respecto. Afirmó que cualquier información la agradecería por adelantado. Le dijo, además, que había leído la bibliografía pero que necesitaba confirmar si Nelson Brown había viajado con Mark Twain.

Pero no era como él lo esperaba, ya que el Estudiante le respondió un par de días después; le explicó que sólo contaba con la bibliografía agregada al documento y que la novela la había escrito para graduarse de la maestría. Dicho esto, agregó que ese relato distaba mucho de la versión actual; y que con gusto podía compartirle la novela revisada. Pero eso sí: debía tomar en cuenta que se trataba de una obra de ficción. Que la bibliografía

podía estar falseada. Que no tenía certeza de que el tal Nelson Brown existiera; pero que la historia de Mark Twain en Nicaragua sí había ocurrido, pues había pruebas fehacientes de tal viaje. Que si tenía dudas, podía consultarlo en la bibliografía de la tesis.

Hobsbawm no tardó en darse cuenta de que ya esa historia había sido abordada. Por ello siguió dándole más vueltas al asunto. Sin embargo, repetir el argumento de la tesis del Estudiante de escritura creativa no sonaba mal, la novela se llamaba *La tumba del buque perdido*, y a Hobsbawm le desconcertó el nombre de Bangkok Taik, el mismo que había leído semanas atrás mientras buscaba rastros de Luise en Google.

Así pasó los siguientes días, de sitio en sitio, hasta que una tarde fue a dar con un artículo del *New York Times*, titulado *Twain's Nicaragua, 144 years later*; lo leyó y le pareció fascinante que uno de sus escritores favoritos hubiera estado en Nicaragua. Lamentó no haberse enterado antes. Ahora todo le parecía sorprendente. Todo tenía un sentido.

Imprimió los artículos y los guardó meticulosamente en el «Archivo Hobsbawm». Buscando en varios sitios, sobre todo en periódicos de Centroamérica, leyó que un tal Erick Boing había vivido en Bangkok Taik, el mismo lugar donde Luise había desaparecido. Por lo que encontró en los periódicos de Nicaragua, supo que este tal Erick Boing había desaparecido en Bangkok Taik, o eso afirmaba un artículo publicado en el *Nuevo Diario*, el 13 de agosto de 2017, bajo el título *A tres años sin saber de la Expedición Boing al Caribe*.

Después de leer el artículo, escribió en el buscador el nombre de Erick Boing; no aparecieron muchos resultados, salvo repetidas veces el apellido de Boing, y el artículo antes consultado. Puesto que quería estar seguro de su participación en el proyecto, se quedó pensando si este personaje realmente existía. El viaje comenzaba a tomar forma, y se

sentía motivado con la historia de Twain y la de Erick Boing. Quiso llamar al Salvadoreño para contárselo, pero prefirió reposar las ideas y esperar el día indicado.

De todos modos ya era de tarde, se dijo, mientras se preparaba para dar una vuelta por los alrededores del apartamento. Llegó a un parque, donde se sentó en una banca y contempló a una mujer de unos cuarenta años jugando con su hijo. Parpadeó, como si el brillo de la tarde le ofendiera; se quedó allí hasta que la tarde sacudió la última luz del atardecer, y en el cielo una mancha roja se derretía por encima de las montañas.

Ya era de noche, el reporte meteorológico anunciaba una tormenta en la madrugada. Menos mal que me vine antes, pensó Hobsbawm, porque no llevaba paraguas. Sintió una libertad inédita, por primera vez, en mucho tiempo, sentía que estaba siendo conciente de lo que estaba sucediendo y de lo que estuviera por comenzar.

Apagó el televisor, y agarró el teléfono. Del otro lado de la línea, la voz de su amigo, preguntándole si estaba bien.

—Mejor que la última vez —dijo Hobsbawm.

—Supongo que me estás llamando para decirme que sí. No serías tan cabrón de llamarme para decirme que no.

—La primera, amigo. Afirmativo.

—¿Seguro? —dijo el Salvadoreño, extrañado, como si todavía se tratara de una broma de Hobsbawm; aunque Hobsbawm no hacía esas cosas, en todo caso él era el bromista.

—Sí —dijo Hobsbawm con su tono de voz cansado—. Hay un personaje que se llama Nelson Brown, viajó con Mark Twain. No volvió a aparecer, pero se quedó en Nicaragua; debió haber descendencia, algo hizo. Ese es nuestro punto de partida.

—¿De dónde sacaste esa hipótesis?

—Lo leí en un libro —mintió Hobsbawm, sin decirle al Salvadoreño que lo había leído en la tesis del Estudiante.

—Hecho, pues —dijo el Salvadoreño—. Solo déjame hablar con los de la productora. Te confirmo esta misma semana, ¿te parece?



Después de colgar, buscó la carpeta donde guardaba las cosas de Luise. Repasó algunos detalles sobre la hipótesis conjeturada en su cabeza sobre Mark Twain y Nelson Brown.

Luego se sentó frente a la computadora, volvió a escribir el nombre de Luise en el buscador; esta vez no encontró nada extraordinario (a decir verdad, nada de lo que encontraba en internet le parecía extraordinario); y casi de inmediato se fue a dormir. A diferencia de las otras noches, esta vez logró quedarse profundamente dormido, sin ningún asomo de pensamientos extraños.

A la mañana siguiente se despertó más tarde que de costumbre. Se quedó en el sofá, tomándose un café, en silencio, preguntándose por todas las ideas que había escrito en los últimos diez años en el Cuaderno. Eran ideas de posibles películas. También pensó en las imágenes que se le venían confundiendo con los sueños, con el estado de incertidumbre de estar y no estar. Recordó que años atrás le había llegado la oportunidad de vivir en un país de Latinoamérica. Cuba habría sido una buena opción, ya que después del éxito de *Pobres niños que fuimos*, recibió muchas invitaciones de varias escuelas de cine de Latinoamérica. En una ocasión alguien le había escrito desde la escuela de cine de San Antonio de los Baños, comentándole que su filmografía no solo había sido importante para el programa académico de la escuela, sino para muchas generaciones de futuros cineastas; y entre esos futuros cineastas se encontraba el escritor mexicano Mario Bellatin, quien había estudiado guión en dicha escuela —“y ahora”, decía la carta del director de la escuela, “como ex alumno (y escritor) destacado de la escuela, tiene entre manos una película basada en uno de sus libros, *Salón de Belleza*”.

La adaptación del libro de *Salón de Belleza* parecía una realidad, pero el proyecto se truncó cuando Hobsbawm respondió la segunda carta de Bellatin, en la cual le comentaba

que la historia era genial, que había leído el libro, pero que el guión, en comparación con la novela, le parecía poco interesante; al menos para su gusto. Bellatin respondió con silencio, nunca se supo qué había pensado al respecto, pero se conoció que sí llegó a escribir a la dirección de la escuela para renunciar al proyecto, argumentando que lo suyo era la literatura, que no le interesaba realizar una película, pero que agradecía el interés de San Antonio de los Baños en su obra literaria.

El recuerdo de Luise pertenecía a otra época.

Estamos hablando de la década de sus primeros rodajes, o los rodajes más importantes según él. A Luise la había conocido en el invierno de 1981, en casa del Salvadoreño, una noche en que celebraban la salida de una revista de la cual se editaron solo dos números. En esa misma cena escuchó por primera vez la palabra *Sandinista*, cuando alguien mencionó el disco de la banda británica The Clash, lanzado en diciembre de 1980. El Salvadoreño habló de la comunidad de Bangkok Taik. Luise se quedó atenta a la historia contada por el Salvadoreño. Dijo que había una francesa intentando traducir algunos documentos oficiales sobre la historia de las comunidades ramas. Contó, además, que era imposible penetrar en Bangkok Taik. Pero eso a Luise no le importó. Pasó los siguientes días buscando información sobre Centroamérica, consiguió mapas del Caribe, un par de libros de historia sobre las comunidades indígenas, y escribió una carta al Ministerio de Cultura, dirigido en aquel entonces por el poeta Ernesto Cardenal. Al no obtener de respuesta de Cardenal, decidió marcharse de casa como quien se marcha sin retorno.

Un par de semanas después, cuando Hobsbawm se enteró de que Luise ya no vivía en el mismo departamento, ni en el mismo barrio, contactó al Salvadoreño. Éste le respondió por teléfono que no sabía nada. Que ahora él (el Salvadoreño) no quería saber nada de Centroamérica.

—Jamás ayudaría a alguien para que se meta en ese lugar de mierda —le había dicho a Hobsbawm—. Ese lugar no existe para mí.

Un par de meses después, David Hobsbawm volvió a saber de Luise.

Estaba en una cafetería, cuando se encontró con un reportaje en una página completa del *New York Times*, el cual versaba sobre la historia de una veinteañera californiana viviendo en la comunidad de Bangkok Taik. No había duda: era Luise, estaba irreconocible, pero era la misma rubia ojos verdes con una pañoleta roja y negra en la cabeza, y con un niño entre sus brazos (acaso el mismo niño que tiempo después encontró en el reportaje de *El Nuevo Diario*), y al fondo, una grupo de hombres y mujeres delante de un palafito construido por los mismos comunitarios.

Arrancó la página del periódico, y dejó unas monedas sobre la mesa.

Se levantó y al llegar a su departamento, llamó al Salvadoreño. Éste no se encontraba en el país; de modo que fue una semana después, cuando el Salvadoreño estaba de vuelta, que consiguió saber más sobre el presunto paradero de Luise.

En la cita el Salvadoreño le entregó un manojito de cartas. Le afirmó que Luise estaba bien, que no se preocupara por ella. Hobsbawm le volvió a preguntar cómo podía llegar a Centroamérica. El Salvadoreño respondió: eso es fácil, solo tomás un avión, y listo. Hobsbawm dijo: Me refiero a Bangk... (se quedó un rato trabado en la palabra completa, hasta que logró recordarla).

—Eso es más difícil —respondió el Salvadoreño—, porque para llegar allí es un lío: nadie quiere meterse en esos lugares, ni los comandantes de la Revolución Sandinista. Por eso mandaron a buscar a la traductora francesa; para que les ayudara, porque no hay forma de comunicarse. No hablan español, menos inglés; aunque —agregó luego—: eso sí: dicen

que hay comunidades donde hablan inglés; todas las que están en el Caribe Sur, las de Monkey Point... y no sé qué otras mierdas.

Hobsbawm intentó anotar los datos, pero era evidente que esa información se perdería en algún momento. Para entonces ya le era imposible retener ciertos datos a causa de sus primeras fallas de memoria, y era la misma información que seguiría tratando de recordar muchos años después de aquellos días de 1981.

—Todo lo que uno hace por amor —le dijo luego el Salvadoreño, sonriendo.

Hobsbawm no dijo nada. Guardó el paquete en la gabardina, y se despidió, no sin antes agradecer, y comentarle que, si estaba buscando un departamento, el suyo estaría disponible.

—¿Te vas a ir a buscar a Luise?

—Supongo que eso no te interesa —respondió Hobsbawm sonriendo—. Pero si necesitas un lugar donde quedarte, mi departamento estará libre —Se levantó y se abrochó la gabardina. Dejó unas monedas sobre la mesa, y se dispuso a caminar mientras metía las manos en los bolsillos de la gabardina.

Después de firmar el contrato con la productora OneCity, su misión consistía en rodar la película desde el punto de vista de Nelson Brown, el acompañante de viajes de Mark Twain que aparece en los textos recopilados *Mark Twain travels with Mr. Brown*, publicado en 1940. Para entonces David Hobsbawm ya tenía una idea de lo que sería esa película. Intuía las posibles complicaciones, en especial aquellas que pudieran encontrarse en el camino durante su estancia en Managua. Le ilusionaba saber que regresaba, ahora estaba viviendo su presente, su nuevo presente. Y aunque no sabía con exactitud el paradero de Nelson Brown, formulaba en su cabeza una conexión que solo él entendía.

Volvió a escribirle al Estudiante. Éste le respondió entusiasmado; le adjuntó la nueva versión de su novela. Y en el argumento no solo se hablaba de Nelson Brown, sino de otros personajes. Personajes y nombres que le serían familiares en los próximos días, durante su estancia en Managua.

No leyó toda la novela; salvo donde aparecían por primera vez los nuevos personajes; en todo caso todo lo iría descubriendo, escribiendo en el Cuaderno, no tardaría en involucrarse en la historia como un personaje más junto con sus entrevistados, las afanadoras del hotel, voceadores de periódicos, periodistas, taxistas, y antiguos conocidos.

A todo aquel que conocía o encontraba en Managua le preguntaba por Luise. Como si Luise fuera alguien conocida; la primera dama o la esposa de algún político sobresaliente.

Por otro lado, le sorprendió descubrirse conocido en Managua. No por todos sino por unos cuantos; venerado por aquellos que admiraban su obra. Seguía siendo estudiado, en especial por los profesores, y estudiantes de la más reciente generación de graduados de

San Antonio de los Baños, entre ellos, el Sueco, nicaragüense, hijo de una ex monja francesa que había dejado los votos para viajar a Managua en los albores de la revolución sandinista.

El Sueco lo había recibido en el lobby del hotel, y de ese primer encuentro, pasaron a la primera visita del Aka-bar. En el Aka-bar, El Sueco le confesó a Boing cómo se había enterado del proyecto, pues esperaba a otra persona, y según el Sueco, había sido el Salvadoreño, quien lo había contactado de urgencia porque la productora socia en Managua no había contestado a tiempo. Así que, en medio de la urgencia, alguien le habló al Salvadoreño del Sueco. «Un muchacho interesante», había dicho la recomendante. Y como necesitaban un productor local, el Sueco cayó como anillo al dedo en medio del viaje de Hobsbawm. «Él es el indicado», prosiguió la recomendante.

Y sí: El Sueco era el indicado. No solo porque había estudiado cine, sino porque, tras graduarse de San Antonio de los Baños, había fundado una productora. Se dedicaba a filmar videos pre-morten, lo cual parecía una locura. Ni el mismo Hobsbawm podía creerlo. A Hobsbawm le pareció que la astucia del Sueco era más interesante y que podía sacar provecho de ello. Según el propio Sueco, su trabajo consistía en grabar videos de gente a punto de morir. De modo que frente a la pequeña cámara Sony comprada en internet, sus clientes solían dejar un mensaje a los familiares. El video era revelado una vez que el familiar desahuciado muriera. Así se había hecho fama en Managua, dando talleres, y participando en distintos festivales de cine en Centroamérica. Solía decir que trabajaba para la BBC: bodas, bautizos y cumpleaños. Porque haber estudiado cine no le había dejado más que la satisfacción de hacer videos pre-mortem mientras llegaba la gran oportunidad de su vida. Y en honor a la verdad, la gran oportunidad del Sueco fue convertirse en el productor local de David Hobsbawm. El Gran HOBSBAWM. Así en mayúscula, porque mayúscula

era su ambición. Y ahora debía demostrarse así mismo que era exitoso. Lo suficientemente bueno. Y restregarle a su padre el título obtenido en Cuba, porque él sí era un talentoso, no un echado a perder como el señor Ministro, como él mismo llamaba a su padre.

Nadie en su familia daba un centavo por él, salvo su madre, quien siempre lo encubría cada que se metía en problemas. Era hijo único, y tras bachillerarse en el Colegio Alemán, se marchó a Cuba, y a su regreso, tras fundar la productora, en 2013, comenzó a tener una racha de premios locales, menciones en festivales de Centroamérica, pero nada hasta entonces comparado con la gran oportunidad de trabajar con David Hobsbawm. Incluso, un par de meses antes de que Hobsbawm llegara a Managua, había ganado una mención de honor en un concurso de cine en Montreal, y fue allí donde había visto unas cuantas películas de su director favorito, a quien tempranamente y sin conocerlo comenzó a llamar Maestro. La filmografía de Hobsbawm era extensa, pero en Managua solo se conocían las más famosas, las que sus admiradores hacían circular entre amigos.

«El gran HOBSBAWM», repitió el Sueco para sus adentros después de esa noche en el Aka-bar, cuando se encontraba solo en su habitación, editando uno de los videos premortem que recién había grabado en una casa solariega de las afueras de Managua.

Durante la noche del segundo día en Managua pensó en Bangkok Taik. En medio del sofocante sopor del verano, siguió pensando en Luise, y ahora el nombre de aquel lugar, el extraño nombre que le costaba pronunciar. Cada vez que intentaba hacerlo, procedía a leer el Cuaderno y deletreaba cual niño que balbucea sus primeras palabras. Cuando tuvo el primer encuentro con el Sueco, en el Aka-bar, no dudó en abordarlo, y decidido a seguir indagando sobre el sitio donde había vivido Luise, le preguntó a su productor si podía conseguir información de gente viviendo en Bangkok Taik. El Sueco respondió que conocía a unas personas que habían vivido en ese lugar, pero que eso demoraría, que no se encontraban en la ciudad. El Sueco no tenía certeza de qué se trataba el documental. Había recibido el mensaje del Salvadoreño, contándole que Hobsbawm estaría un par de semanas para un proyecto documental. La película trataba de dos personajes muy conocidos en Nicaragua. Eso dijo el Salvadoreño. Luego el Sueco pensó: ese cabrón está loco, ¿quién conoce a Nelson Brown? La historia de que Mark Twain había estado en Nicaragua era conocida solo por unos cuantos, y esos cuantos incluía a unos amigos del Sueco. Pero de Bangkok Taik. ¿Por qué allí?, se preguntaba el Sueco cuando Hobsbawm le había hecho la pregunta.

Si bien es cierto que Mark Twain menciona en sus cartas de viajes a Mr. Brown, en especial en la parte cuando han llegado a la costa del Pacífico y comienza la espera en el vapor para atravesar la antigua Ruta del Tránsito. Pero eso de que se llamara Nelson sonaba a pura invención. No de Hobsbawm, claro está, sino de alguien más; alguien que conocía mejor esa historia y trataba de falsear los datos. Por ello arremetió contra Hobsbawm:



—¿Dónde lo leíste?

—En una tesis —dijo Hobsbawm.

—Esa historia me parece conocida. No recuerdo bien, pero creo que ya alguien escribió una novela o algo así. ¿Leíste esa novela?

Hobsbawm asintió. En el primer capítulo de la novela, supuestamente basado en la primera carta de Mark Twain, se describe la llegada de ambos a Nicaragua. En la traducción de Luciano Chamorro, publicada en una edición especial de *La Prensa* en los años 90's, con el título *Divertido resbalón a través de Nicaragua*, podemos leer con ligereza la impresión del paisaje que no ha cambiado en nada. Para entonces el joven Samuel L. Clemens no había publicado ningún libro; y solo cuarenta años después de su muerte se conocerían las dos cartas de viajes.

Pero según la versión de la novela, sería Nelson Brown quien recordaría la anécdota entre los confines de un poblado del Río San Juan y de cómo estuvieron a punto de ahogarse, cuando el vapor en el que viajaban fue a estrellarse contra los raudales de la fortaleza El Castillo, construida por los españoles para detener el paso de los piratas ingleses que ingresaban desde el Mar Caribe a través del Río San Juan a la ciudad de Granada.

Lo del choque del buque contra los raudales no lo dice la carta de Twain. Pero podemos saberlo gracias a testimonios de quienes conocieron a Mr. Brown. En esto se basaba la tesis de *La tumba del buque perdido*, la novela del Estudiante, que, al parecer, era amigo también del Sueco, y cuando el Sueco escuchó el relato, afirmó que eso podía ser invención. Por ello, un poco impaciente, el Sueco le preguntó cuál era la verdadera historia de la película.

—Una historia distinta —le había dicho Hobsbawm.

Hobsbawm contó, además, que el Estudiante le había compartido una nueva versión. Y que en esa versión aparecía el testimonio de Nelson Brown dictado a un periodista de un diario de Bluefields. Gracias a las copias de esos periódicos, publicados en inglés, desaparecidos, y recuperados por un español, se logró saber que no se contó en la versión de Mark Twain. El Sueco se quedó extrañado, escuchando con atención lo que estaba contando su Maestro, pero no creyó que eso fuera cierto. Había escuchado de la novela, llevaba tiempo sin saber de su amigo, pensó en escribirle y decirle que estaba trabajando en un nuevo proyecto de cine, y que dicho proyecto se basaba en la primicia de la novela, pero desistió, porque en el fondo tenía curiosidad de lo que vendría. Más allá de la historia que estaba contando su Maestro, apoyada en el argumento de aquella novela todavía inédita, había otra historia que no se estaba contando en ese momento: La historia de David Hobsbawm y su regreso a Managua. El Sueco pensó que ese podía ser el foco de la película. Que era una buena forma de comenzar el rodaje.

En la cuarta reunión, la tercera noche en el Aka-bar, entre el bullicio de los estudiantes universitarios, con mesas atiborradas de botellas de cervezas, David Hobsbawm le pide al Sueco que le hable de la situación del país. El Sueco le hace un gesto de desconcierto, tratando de ignorar la petición de Hobsbawm. La petición la hace Hobsbawm porque la mañana de ese día recorrió la ciudad a bordo de un taxi, y los recuerdos de su primer viaje se contrapusieron con el presente. Ahora ya no estaba recordando, sino viviendo, había vuelto al ruido más grotesco, al sol más grotesco, a la impasibilidad de una ciudad indomable. Se dio cuenta que esa ciudad era peor que una ciudad de la India, los efectos de esa realidad lo devolvieron a la normalidad. Ahora respiraba el instante real y no el pasado, como sucedía en su apartado en Los Ángeles.

Desde que llegó al país, no comprendía lo que pasaba. Le llamó la atención la imagen de Sandino empotrada en el portal del aeropuerto. Luego, a la salida, descubrió la de Rubén Darío. Por un momento fue como si nada hubiera cambiado, pero muchas cosas habían cambiado. Conocía a Sandino. Pero no a Rubén Darío. La palabra sandinista volvió a sonar en su mente, y en su imaginación regresó a aquella noche en que escuchó por primera vez el disco de The Clash en el apartamento del Salvadoreño. Llegó a contar más de treinta vallas publicitarias; en las que aparecía el antiguo líder sandinista y ahora una mujer a la que tampoco recordaba haber conocido durante su primer viaje.

Pudo reconocer a un par de figuras públicas; pero no sabía quiénes eran, ni quiénes habían sido. Solo le parecieron rostros conocidos; y entre esos rostros conocidos, también aparecían rostros que no conocía, que no eran más que antiguos líderes liberales ahora

fusionados con el partido que una vez apoyó con una de sus películas, al donar lo recaudado en el estreno de *Donde fue el infierno*.

Escribió en el Cuaderno (ahora uno nuevo, porque el anterior lo había gastado) la leyenda que se repetía en las vallas. Hubo un momento en que Hobsbawm le preguntó al taxista qué significaba la hilera de estructuras metálicas en forma de árboles pintadas de distintos colores.

—Esos son los árboles de la vida— le respondió el taxista—. Mire eso, jefe —dijo luego el taxista, señalando la figura del presidente venezolano ahora muerto, rodeado de luces que a Hobsbawm le parecieron ridículas, propias de una decisión demencial—.

La ciudad no se parecía en absoluto a la que él recordaba. Donde antes había ruinas ahora se encontraba un parque; y el malecón frente al lago grisáceo, ahora era un amasijo de ranchos donde imperaba el ruido, la plaza donde antes había un mural con el rostro de figuras de la revolución, ahora estaba llena de estructuras metálicas, árboles de la vida, como le había explicado el taxista.

Admiró las viejas estructuras del teatro Rubén Darío; eso no había cambiado, se dijo; y mientras caminaba de prisa a causa del sol que le picaba la piel, recordó el concierto Abril en Managua, o The Central American Peace Concert, como lo recordaba en inglés, realizado el mismo año en que llegó por primera vez al país buscando a Luise.

Llegó a la plaza central, al viejo Palacio Nacional, y desde el centro, alzó la vista hacia el cielo para contemplar la enorme bandera del país erguida en el centro de la Plaza de la Revolución. Se dio cuenta que en el antiguo parque central, donde antes yacían los mausoleos de dos comandantes enterrados, ahora había tres. No recordaba los nombres, tampoco quiso saberlo, pudo preguntárselo a los policías que custodiaban las tumbas, pero prefirió caminar en los alrededores del parque.

Por un momento, mientras caminaba por la Plaza de la Revolución, se le apareció una escena, la escena final de la película *Walker*, estrenada en 1987 y de la cual llegó a opinar en varios foros de cine de Europa del Este.

Entró al Palacio Nacional, un hombre lo detuvo en mitad del portal, indicando que debía registrarse. Escribió su nombre en el cuaderno de visitantes. La recepcionista le preguntó si era su primera vez en el país. Titubeó al responder que en realidad era la segunda, pero se corrigió de inmediato, diciendo que era la primera, que le parecía una ciudad impresionante.

—Muchas cosas han cambiado —dijo la mujer, sonriente, enfundada en una camiseta blanca con el rostro estampado del presidente y la primera dama; y debajo de los rostros la leyenda que había leído en las vallas.

Cuando salió del palacio, continuó explorando el otro extremo de la plaza. Se detuvo justo donde antes había estado por muchos años un edificio a punto de derrumbarse. Lo que recordaba era una ciudad en ruinas, pero la ruina, se dijo luego, seguía allí. La ruina maquillada. Tal vez la ciudad había cambiado su apariencia pero al fin de cuentas era la misma con diferentes adornos; el caos y el calor seguían siendo el mismo. En esto tampoco había cambiado nada: Los niños desplazándose entre los semáforos para estirar la mano, una señora que sentada en su silla de ruedas con un rótulo entre sus piernas, vestida también con la misma camiseta que llevaba puesta la recepcionista del palacio.

Siguió recorriendo el resto de la plaza, luego entró a un bar, pidió una cerveza y desde la ventana del restaurante, divisó los dos volcanes erguidos en una punta del lago. Una sensación extraña lo invadió. Por muy extraño que pareciera, le gustaba estar allí, solo; lejos de su departamento donde llevaba mucho tiempo viviendo tras la muerte de su esposa, y de su único hijo. Hablaba muy poco del asunto; prefería olvidarse, borrar de su memoria

el rostro de su esposa y de su hijo y la conversación poco antes de que abordaran el avión con destino a Madrid.

Gracias al seguro de la muerte de su esposa, pudo sobrevivir esos años, aunque no lo necesitaba, bastaba con las ganancias de sus éxitos de los años noventa, sobre todo con su ya famosa *Pobres niños que fuimos*, era suficiente con eso, sumando que todavía conservaba la granja heredada de sus padres.

Ahora se sentía vivo, vivo en una ciudad muerta, pensó. Se sentía con suerte, pero esa suerte estaba provista de incertidumbre. Sin embargo, daba igual. Si salía a flote con su nuevo película supondría una estrellita más en su carrera. Y si no sucedía nada, daba lo mismo. Al fin de cuentas, venir a esta ciudad y sentirse ampliamente reconocido, celebrado, sobre todo por los más jóvenes, la mayoría hijos de guerrilleros y artistas a quienes él había conocido en su primera visita, fue lo mejor que le pudo haber pasado ese año.

Más tarde pensó que si la película hubiera comenzado esa misma mañana, el primer capítulo se habría llamado *Érase una vez una República*. Pero no había llegado para eso. No tenía que meterse con los asuntos políticos. El Salvadoreño le había advertido que evitase meterse en política. «Dejá tus comentarios para otra ocasión», le había dicho el Salvadoreño. Y así lo hizo, hasta ese momento, cuando por fin, le preguntó al Sueco que le contara lo que sucedía en el país. El Sueco intentó hacerle una radiografía. Pero no sirvió de mucho. Porque Hobsbawm seguía teniendo sentimientos encontrados de lo que había vivido la primera vez, y en lugar de poner atención, se distrajo en la música y las voces alrededor de su mesa. Durante la conversación, el Sueco no dejó nunca de fruncir el ceño. A ratos se reía y miraba alrededor buscando la aprobación silenciosa de los demás. Pensaba: Este gringo ingenuo. Pero no se lo decía. Hasta entonces seguía tratándolo con respeto.

—Lo que usted conoció —dijo el Sueco después de reírse—, es un retrato romántico. Mire a su alrededor —señaló hacia la entrada de la puerta—, por allí entra gente de todo tipo. Desde profesores hasta diputados de cualquier partido. Estamos ya de igual que en Estados Unidos —lo dijo irónicamente. Hobsbawm no pareció ofenderse, pero se limitó a decir en inglés «ya veo».

—¿Cuándo fue su primer viaje al país? —preguntó el Sueco.

Hobsbawm se hizo así mismo la pregunta. ¿Cuándo había sucedido? Esa mañana lo había recordado, al pasear por la plaza y recordar el concierto de Abril en Managua. No pudo precisar en ese momento, pero respondió para no quedarse callado.

—Cuando se realizó el concierto de Abril en Managua.

—Abril de 1983 —respondió el Sueco.

Hobsbawm se quedó callado. De pronto las imágenes volvieron a él. Las imágenes de aquella ciudad devastada por el terremoto ocurrido en 1972...largas filas de gente solicitando comida, los oficios de los políticos en tiempos de guerra dando un discurso. ¿Qué había cambiado en realidad de aquella ciudad? Nada, se respondió para sus adentros. Luego pensó: lo que no ha cambiado para nada es este calor. Maldito calor. El Sueco levantó las cejas.

—¿Todo bien?

—Sí —dijo Hobsbawm.

Luego, como si el Sueco hubiera leído sus pensamientos, dijo:

—Ya sé que lo único que no ha cambiado es este calor de mierda.

—No lo creo —dijo Hobsbawm, sudando y pasándose la manga de la camisa por la mejilla.

—Mírese en un espejo y se dará cuenta.

El Sueco se puso de pie, se sonrió, y tomó el último trago de la botella de cerveza. Se dirigió al baño. Hobsbawm se quedó solo, con la muralla de botellas de cervezas vacías. Las había consumido el Sueco. Él solo se había tomado dos. Se dispuso a escuchar las discusiones de los alrededores. Sobre todo la de dos estudiantes. Nada nuevo porque ya en la mañana había escuchado a un par de tipos discutir del mismo tema.

—Estás meando fuera del huacal —le dijo uno de los estudiantes al otro.

Los dos estudiantes se rieron. Hobsbawm escribió la frase en su libreta; no voy a olvidar esto, se dijo. Los estudiantes siguieron mencionando nombres de diputados, oficiales, y algunos le sonaron conocidos. Se dijo así mismo que no se metería en política, y así se lo hizo saber al Sueco cuando éste retornó a la mesa secándose las manos en el pantalón.

—¿Todo bien?

—Muy bien —dijo Hobsbawm.

Sin embargo, siguió afinando el oído, escuchaba con atención lo que los estudiantes discutían.

—¿Sabes algo sobre esa masacre?

—De eso no sé nada —contravino el Sueco, viendo hacia los lados, intercambiando mirada con los dos estudiantes que discutían a grito partido.

—Y entonces —insistió luego Hobsbawm, desviando la conversación—, ¿sabes cómo llegar a Bangkukuk Taik?

El sueco volvió a fruncir el ceño. Estiró los brazos y expulsó un eructo revestido de una falsa disculpa. Le contestó que no sabía, pero que conocía a un par de personajes que habían estado allí.

—¿Viven en Managua? —preguntó Hobsbawm.



—En la Colonia Centroamérica. ¿La ubicás?

Hobsbawm negó con la cabeza, levantando su botella, y sonriendo tímidamente.

Luego agregó:

—¿Puedes contactarte con ellos?

—Claro —respondió el Sueco— ¿pero por qué tanta prisa?

—Por una historia personal.

—¿Personal? —dijo el Sueco—. Llevamos cuatro días y aún no sé exactamente de qué va esto.

—La verdad es que —titubeó Hobsbawm—, allí vivió una amiga.

—¿Cómo se llamaba?

Hobsbawm volvió a negar con la cabeza.

—¿Su apellido?

Tampoco respondió y volvió a revisar sus notas escritas con aquella letra diminuta que solo él entendía. Asumió que no recordaba su apellido. En ese momento sonó en la roconola una canción de Bob Dylan. Hobsbawm recordó de inmediato un concierto de Joan Báez en un teatro de Londres, cuando todavía estaban vivos su esposa e hijo. Recordó que en la presentación, Joan Báez había preguntado a los asistentes si conocían la canción *Mi venganza personal*, y como era de esperarse, la mayoría respondió que no, salvo Hobsbawm, quien dijo para sus adentros que no solo conocía la canción, sino también a su posible coautor; ahora muerto: el tercer hombre enterrado en la plaza central que esa mañana había visitado.

Terminada la canción, el Sueco le explicó a Hobsbawm algunos detalles de Bangkok Taik, del Caribe y le dio las señas de los personajes que habían estado en aquel

lugar. Dibujó un mapa en una hoja suelta que había arrancado de su libreta y sostuvo que primero se debía llegar a Bluefields.

—No va a ser fácil —sentenció el Sueco—. Hay que atravesar un trecho importante del Río Escondido que conecta el Pacífico con el Atlántico.

Hobsbawm hizo el ademán de entenderlo todo. De cuando en cuando se rascaba debajo de la boina negra, para luego pasarse la mano por la frente bañada de sudor. En el fondo sabía que no entendía nada, mejor hubiera sido grabar y escuchar la grabación más tarde en la tranquilidad de la habitación del hotel.

El tiempo fue pasando sin que se dieran cuenta. Era casi medianoche. El mesero avisó que ya era hora de cerrar. Hobsbawm se levantó de la mesa y le pidió al Sueco que lo acompañara a buscar un taxi. Pagaron. En la habitación del hotel trató de recordar toda la conversación con el Sueco. Escribió por más de una hora. Luego buscó las cartas de Luise. Las mismas cartas que el Salvadoreño le había entregado aquella tarde de 1983. Sacó una de las cartas, al azar. Se sentó a leerlas, y con el Cuaderno y lápiz en mano, subrayó y transcribió el contenido de esa carta.

*David, querido:*

*Bangkuk Taik... tienes que ver esto, porque seguro te gustará. No sé cuánto tiempo voy a estar aquí, pero lo que sí tengo claro, David, es que no pienso volver a Los Ángeles. No sé qué sucederá conmigo; lamento que no hayamos podido tener más tiempo juntos. Tienes que ver esto con tus propios ojos. Me alisté como traductora de una comunidad que habla inglés creole (o eso me dijeron los oficiales que me contactaron) y terminé llegando a este lugar. No sé si esta carta llegue hasta tus manos, pero si llega, no olvides escribirme; envíame tu respuesta a la dirección que te adjunto a esta carta. Cuando regrese a*

*Managua buscaré tu carta. Todos los regalos, los discos y libros son bienvenidos. Tanta falta me hacen las discusiones en torno a los libros que el Salvadoreño nos recomendó previo a aquella noche en el lanzamiento de la revista, escuchando las canciones de ese disco que ahora me trajo aquí. Por ahora va un abrazo.*

*Siempre tuya,*

*L.*

Al terminar de leerla, la devolvió al sobre manila amarillo. De inmediato pensó en las cartas que él le había enviado en aquel entonces. Nunca obtuvo respuesta. Tal vez las cartas no llegaron nunca. Tal vez el correo fue interceptado por algún grupo contra insurgente. Quién sabe, lo cierto es que nunca llegó a obtener más noticias que esas cartas que el Salvadoreño le entregó en aquel café de Los Ángeles y los reportajes que fue descubriendo durante el curso de los años y que fue archivando meticulosamente en la carpeta que llevó consigo a Managua.

Tras guardar las cartas en su lugar, se quedó pensando en la historia de Erick Boing. ¿Por qué el Sueco le insistió que debía incluirse en la película? ¿Qué relación guardaba Erick Boing con Luise? Lo había leído en la novela del Estudiante, pero no le dio mucha importancia. Para ese entonces nadie sabía nada de Erick Boing. Se decía que estaba desaparecido. Se decían que Boing estaba muerto, que había muerto en el Caribe, persiguiendo la ruta de Mark Twain y de Nelson Brown. Pero nada era seguro. Puras conjeturas. En ese momento previó que una cosa llevaba a la otra. Que los nombres de Boing, Nelson Brown, Mark Twain y Luise estaban unidos por el mismo hilo. Eso era un buen comienzo. De todos los argumentos, este era el que más le gustaba.

Luego se sentó frente a la computadora. Escribió en Google «Bangkukuk Taik», y copió en su libreta la entrada de Wikipedia:

The Rama are an indigenous people living on the eastern coast of Nicaragua. Since the start of European colonization, the Rama population has declined as a result of disease, conflict, and loss of territory. In recent years, however, the Rama population has increased to around 2,000 individuals. A majority of the population lives on the island of Rama Cay, which is located in the Bluefield's Lagoon. Additional small Rama communities are dispersed on the mainland from Bluefields to Greytown. The Rama are one of three main indigenous groups on Nicaragua's Caribbean coast.

(Wikipedia: 29/07/2017 a las 23.35)

Cuando cerró el Cuaderno, tomó el teléfono. Marcó el número de la recepción y le pidió a la recepcionista que lo comunicara con el Sueco. Al otro lado de la línea, el Sueco respondió sorprendido.

—¿Pasó algo?

—No —respondió Hobsbawm—. Pero necesito pedirte un favor.

—¿Cuál?

—Quiero hablar con tus amigos. Cuanto antes. ¿Se puede?

—¿Cuándo querés verlos?

—Hoy mismo —dijo Hobsbawm.

—Imposible —afirmó el Sueco—. Estoy finalizando uno de los videos de un tipo que está en el hospital. Quiero llevárselo a su familia mañana, para que lo tengan a tiempo.

—¿Qué tal mañana después de tu encargo? —dijo Hobsbawm.

—Mire la hora en que me llama. Es de madrugada. Pero me parece mejor después del mediodía. ¿Está bien?

—Me parece —dijo Hobsbawm.

—Le confirmo a primera hora.

Al colgar abrió su correo electrónico. Escribió en el remitente la dirección del Salvadoreño. El asunto decía *Sobre la película*, y escribió unas palabras. Luego borró. Escribió otras. Estas sí, se dijo. Adjuntó la cita de Wikipedia. Transcribió unas notas. Y finalmente editó el cuerpo del mensaje que debía acompañar los adjuntos.

## EL RUSO Y EL GRINGO

Así debió titularse el encuentro de estos dos personajes. Salió de la habitación cuando la noche comenzaba a cerrarse, y al bajar al lobby, se dirigió a la recepción. Le pidió a la señorita uniformada con el lazo de los colores distintivos del hotel que le consiguiera un taxi. Luego, al subirse al vehículo, tuvo la impresión de que estaba cometiendo un error. Pero no sabía con exactitud respecto a qué. Durante el trayecto permaneció en silencio, con su mirada distraída en las lucecitas fundidas en la oscuridad. Brillaban pixeladas, desde la ventana del asiento de atrás, a la altura del Hospital Militar, bajando por la avenida Bolívar, divisó el rostro del presidente venezolano muerto y casi de rebote, su mirada se perdió en la silueta de Sandino alzada en la Loma de Tiscapa. Esta vez atravesaba la ciudad de noche, sin proponérselo y la perspectiva era diferente.

—Es su primera vez —dijo el conductor de repente, escudriñando el rostro de Hobsbawm a través del retrovisor del centro en la oscuridad del interior del carro.

Hobsbawm sacudió la cabeza. Carraspeó y bajó el vidrio de la ventana. Sintió un olor pútrido; su rostro dibujó una sonrisa callada, exclusiva para sus adentros. Al llegar a un semáforo, el conductor le advirtió que tuviera cuidado.

—Esa plaza es peligrosa.

Hobsbawm se limitó a decir gracias. A secas, como si le pesaran las palabras. Como si estuviera harto de la vida, de un sentimiento quejumbroso. Al bajar del auto, le pidió al taxista que regresara por él en un rato. El taxista respondió que estaría por los alrededores, que lo buscaría en una hora.

Atravesó entonces la Plaza 22 de Agosto. Una bandada de niños jugaba entre las luces de la fuente encendida en un costado de la plaza. Siguió caminando en dirección a la catedral, hacia el otro costado, en una banca descubrió la sombra de un hombre que en apariencia daba la impresión de ser más joven que él.

—Pensé que no vendrías —dijo el hombre, con un periódico entre sus manos huesudas.

—Yo tampoco esperaba verte otra vez. ¿Hace cuánto? —dijo Hobsbawm.

—Perdí la cuenta. No me interesa saberlo. Pero me intriga saber cómo diste conmigo.

—Me lo dijo el Salvadoreño.

—Maldito Salvadoreño. Ni lejos me deja en paz. ¿Volviste por Luise?

—No exactamente. Estoy rodando una película sobre Mark Twain. Y sobre un tal...

—...Erick Boing —dijo el hombre, ahora alzando la voz—.

—¿Cómo sabías? —dijo Hobsbawm intrigado.

—Ya sabes la respuesta.

—Maldito Salvadoreño.

— Bueno, olvídate de eso, gringo.

—¿Por qué?

—Porque eso te va a llevar a un enredo del demonio. Te llamé porque en realidad quería darte algo.

El hombre le alcanzó el periódico doblado en cuyo interior venía un paquete sellado.

—¿Qué es esto? —dijo Hobsbawm, examinado el paquete y levantándose hacia donde se colaba un tímido hilo de luz.

—No lo abrás aquí. Hacerlo en tu hotel. Mejor andate.

—Parece que has mejorado tu español —dijo Hobsbawm, con entusiasmo.

—Y parece que el tuyo está peor que antes —dijo el hombre, incorporándose, no sin antes advertirle de nuevo a Hobsbawm que tuviera cuidado.

—Allí está mi número de teléfono —agregó luego, escupiendo las palabras—. Llamame cuando hayas abierto el paquete.

—¿Y si no lo hago?

—Te recomiendo que lo hagas. Eso te hará sentir mejor... supongo. Por cierto, me dio gusto volver a verte.

Solo cuando el hombre se levantó, Hobsbawm pudo notar que su antiguo conocido había envejecido más de lo supuesto. El hombre aproximó su rostro a la luz. Hobsbawm notó el mapa de arrugas que se expandía en la frente del ruso, acompañado de una sonrisa que este ofreció antes de caminar en sentido contrario, buscando el Teatro Nacional.

Hobsbawm se quedó contemplando la noche, los arabescos del edificio del Palacio Nacional iluminados desde el pie de la estructura. Pasó un largo rato, sentado, escuchando las voces del gentío del Puerto Salvador Allende. Escuchó el pitazo de un camión, dilatado en una calle cercana. Es hora, se dijo, y se levantó. Se quedó de pie, mientras hacía tiempo para caminar de regreso al lugar donde el taxista lo había dejado. Sintió de nuevo el presentimiento de que algo malo sucedería. Pero se relajó cuando contempló la medida del parque, los niños jugando, las parejas en un rincón de la plaza abrazadas; el señor de los helados, sonando la campana con insistencia y vociferando el precio de los productos. ¿Hacía cuánto que no miraba a Vorobiov? Recordó que en el año 83, en su primer viaje, le



decían el «Camarada» y ahora el Camarada había envejecido más de lo esperado. Se preguntó si Vorobiov habría visto alguna de sus últimas películas. Tal vez debió preguntárselo. Pero ya era muy tarde. Vorobiov ya se había perdido entre las sombras de una calle que parecía no tener fin. Se lamentó no haberlo llevado a su casa. De habérselo dicho habría conocido la casa del ruso en la Colonia Centroamérica. Habría reconocido algunos objetos que el ruso guardaba desde los años 80's. Pero en fin, se dijo, de nada hubiera servido. Y era cierto; de nada hubiera servido porque Vorobiov estaba enfocado en formar actores que venían de los barrios orientales de Managua, y desde su puesto como director de la escuela nacional de teatro, transmitía con esmerado entusiasmo el viejo método de teatro Stanislavski. No le interesaba otra cosa que no fuera eso. Su vida entregada al teatro. A la enseñanza y su soledad en su casa de la Colonia Centroamérica.

Recordó que durante el primer viaje le había ofrecido a Vorobiov marcharse a Estados Unidos; le había propuesto ir a Los Ángeles, para hacer una carrera exitosa, pero el ruso rechazó la oferta, porque preferiría quedarse en Managua. Había llegado a Nicaragua a comienzo de los 80's, como parte de las brigadas culturales que llegaron al país proveniente de Rusia y Cuba. Ya no había marcha atrás. Ahora debía seguir adelante. Comenzó a caminar de regreso. En ese momento se preguntó qué sabía Vorobiov. Era posible de que el ruso conociera del paradero de Luise. De haberlo hecho, se dijo, la película hubiera terminado allí. Porque lo que lo movía era saber el paradero, y de saberlo, todo habría terminado en ese momento. Agradeció no haberle preguntado nada a Vorobiov. Pero lo cierto es que todo terminó a la noche siguiente, cuando regresaba al hotel, después de entrevistarse con los amigos del Sueco, posibles fuentes para llegar a Bangkok Taik: una mano empuñada de sombra se aproximó a su cuello, y lo arrinconó levemente contra la columna de la entrada del hotel. No logró ver el rostro de su amenazante, pero este le pidió

que se olvidara del asunto de la película, que mejor se regresara a su país. Te podés meter en problemas, gringo, le había dicho la voz, y acto seguido, Hobsbawm corrió despavorido hacia el lobby del hotel. La recepcionista le preguntó si estaba todo bien. Hobsbawm afirmó en inglés que todo estaba perfecto. Se metió a la habitación, sin decirle nada a nadie, temeroso inclusive de que pudiera sucederle algo malo. Llamó a la recepción. Pidió que lo enlazaran con el Salvadoreño. Y acto seguido, después de colgar, se puso a devolver sus cosas a la maleta.

## **SEGUNDA PARTE**

Cuaderno de Rodaje

Si esto fuera un cuaderno de rodaje podríamos acceder directamente a los pensamientos escritos por el propio David Hobsbawm, pero esas posibilidades son mínimas, porque esto debería escribirlo el mismo Hobsbawm. Ahora ya sabemos por qué se fue repentinamente, pero no vamos a hacer una investigación exhaustiva, sino más bien a repasar lo que sucedió después de que Hobsbawm desapareciera del hotel en el que se hospedaba, esas son cosas que jamás sabremos, pero podemos suponer gracias a lo que después recopilé y como ya se ha dicho en alguna parte de esta historia, la intención de Hobsbawm era filmar una película basada en el relato de Mark Twain, que a la vez, estaba basado en el relato del Estudiante, tal como Hobsbawm me lo manifestó una noche en el Aka-bar, y eso, la relación del Estudiante y Hobsbawm, merece un relato aparte, pero no vamos a entrar en esos temas; vayamos por partes, dijo Jack el Destripador, y eso es lo que ahora haremos, ya que según Fernando Malapatria, y Daniel Royo, Hobsbawm se estaba metiendo en asuntos escabrosos. Según ellos, sobre todo Malapatria, el tipo que lo amenazó en el hotel le advirtió que si no se marchaba de inmediato, podía amanecer en una bolsa negra en las aguas pútridas del Lago de Managua, y el pobre Hobsbawm, asustado, según la recepcionista del hotel, subió a toda prisa a su habitación. Recuerdo cuando me lo dijo Malapatria, *Hobsbawm se estaba metiendo en asuntos escabrosos*, al principio no entendía las razones, pero ahora, con el paso del tiempo, lo he venido comprendiendo, si se quiere descubriendo, y a lo que me he enfrentado para que este proyecto siguiera adelante, porque desde luego que no iba a dejarlo morir, esta es mi oportunidad de brillar, pero a lo que iba, a lo que Malapatria se refería era que Bangkok Taik había sido el lugar donde desapareció nuestro amigo Erick

Boing, hijo de Thomas Boing, defensor de los indígenas quien hace siete años fue encontrado muerto en dicha comunidad, y a la fecha, la muerte del padre de Boing, sigue siendo un misterio que ni las mismas autoridades han logrado descifrar (vaya sorpresa), y por tanto, después de que Malapatria me refiriera tal información, advertí que algo no andaba bien, pero tampoco me interesó en ese momento investigarlo. Tal vez hasta ahora logre ese cometido, pero tampoco tengo muchos ánimos, porque como muchos de ustedes saben, David Hobsbawm había vuelto a Managua para encontrar (de ser posible), el paradero de Luise Williford, la chica con la que había tenido un *affaire* un par de meses antes de que ella desapareciera de Los Ángeles tras la reunión que tuvo lugar en el departamento del Salvadoreño. (Esto lo supe, claro está, por él mismo y ya explicaré qué más me contó el Salvadoreño).

Y ¿cómo fue que me involucré en esta trama recurrente? Digamos que eso se gestó porque el Salvadoreño me llamó de emergencia, yo estaba filmando a una mujer a punto de morir, y la llamada del Salvadoreño cayó en medio de ese oficio oneroso, ¿sos vos El Sueco?, dijo el Salvadoreño, claro, le respondí, y de inmediato me explicó que David Hobsbawm viajaba en un par de horas a Managua, ¿cómo así?, dije, ¿es seguro o me estás jodiendo?, lo tomás o lo dejás, dijo el Salvadoreño, y por supuesto que lo tomé, y fue así que llegué a involucrarme en esta trama, luego supe que la nueva película de David Hobsbawm estaba basada en la primicia de *La tumba del buque perdido*, la novela que el Estudiante había escrito en el desierto tejano para graduarse de una maestría en escritura creativa (o vaya uno a saber de qué), así que en cuanto supe de la llegada de Hobsbawm, procedí a preparar el terreno, materiales que pudieran servir de guía de su búsqueda, pero lo que más me llamó la atención (esto lo experimenté después, claro está) fue la obsesión de David Hobsbawm por Luise Williford, cuyo apellido terminé descubriendo tras conversar

con Malapatria, cuando ya Hobsbawm se había marchado de Nicaragua; y gracias a Malapatria, me enteré de lo demás, fue él quien me recomendó conversar con Vorobiov, y fue Vorobiov quien me contó el resto de la historia que ahora yo trato de reproducir en estas páginas.

Durante los primeros días de rodaje, David Hobsbawm mencionó de pasada el nombre de Luise Williford, y cuando intenté preguntarle más detalles, se calló abruptamente, y tan rápido como pudo, cambió de tema; tampoco insistí, no me interesaba, comenzó a interesarme después de la desaparición del gringo, pues durante nuestros encuentros, yo no hacía otra cosa que escucharlo, estaba maravillado por trabajar con el gran Hobsbawm y recuerdo haberle escrito a Noelia que nuestro cineasta favorito estaba en Managua. En ese entonces ella vivía en Canadá, haciendo un seminario de cine y memoria y recuerdo que su respuesta fue más o menos así: Claro, cabrón, yo te recomendé, y fue entonces que supe quién había sido la verdadera artífice de mi participación, hasta entonces no tenía ni idea de que fuera Noelia mi recomendante, por ello hasta ahora entiendo la respuesta de David Hobsbawm cada vez que le preguntaba de dónde provenía mi recomendación —su respuesta era tajante, seco como fue siempre—; eso debes preguntárselo al Salvadoreño, decía, y no hacía otra cosa que cambiar de tema. Así que después de escribirle a Noelia, volví a darme un baño de la obra de Hobsbawm, recordé que yo tenía algunas películas; también otras que no tenía, las cuales me las compartió Noelia a través de enlaces en los que podía verlas gratis; alguna vez pensé decírselo a Hobsbawm, a modo de broma, pero decliné, no quería que se enfadara y que me mandara a la mierda, mejor no lo toreo, me dije, no vaya a ser y se nos haga agua la fiesta, me fui con cuidado, viendo casi toda la filmografía de Hobsbawm, pero no las vi todas, sería mentiroso, solo algunas, las más importantes, y solo hasta ahora, cuando intento darle forma a este cuaderno de rodaje, a petición del Salvadoreño, me empeño en ver la filmografía completa; y cuando tengo

ánimos —como esta noche— me siento a escribir lo sucedido después de la desaparición de David Hobsbawm; digamos que voy bien, digamos que intento mantener el hilo de la narración, de los eventos, he hecho varias entrevistas, y de ello hablaré más adelante, por hoy fue suficiente, fue un gran día (viernes, para variar, con ganas de salir a tomarme unas cervezas, por ello he quedado con Malapatria y Royo de tomarnos unas amargas en el Gatopardo, ojalá no terminemos como la otra vez), me concentro en transcribir algunas notas, reviso en internet reseñas relacionadas al trabajo de Hobsbawm, lo más interesante (o emocionante) fue encontrar en una página especializada en cine una fotografía de David Hobsbawm con Werner Herzog, y a juzgar por el tope de vista, asumo que fue tomada previo al estreno de *La salvaje y azul lejanía*, de Herzog, en el 2005, cuando Hobsbawm salía triunfante de su exitosa *Pobres niños que fuimos*.



Cierro la computadora y me acuesto a dormir, pensando en ordenar mejor el cuaderno, en involucrarme menos (aunque eso es inevitable, se lo he dicho al Salvadoreño) en esta historia, y puesto que no puedo dormir, me levanto (ayer fue nefasto, una goma terrible, ya no sé qué carajos hacer con esta vida, supongo que un día de estos me volaré la cabeza de tanto bacanal) y escribo algunas líneas en el cuaderno, mi cuaderno de rodaje, tal y como se lo he dicho al Salvadoreño, y lo que escribo son datos, ideas; el recuerdo de aquella mañana en que llegué al hotel, tal como había acordado con Hobsbawm —eso fue dos días después de que Hobsbawm y yo entrevistáramos a Malapatria y a Royo—; recuerdo el rostro de la señorita enfundada en su traje, mirándome como si yo fuera un paria, justo en el momento en que quise decirle usted tiene idea de quién soy, pero desistí, quise hacerlo, lo juro, maldito momento, intenté incluso sacar mi cédula de identidad para que se diera cuenta de con quién estaba tratando y que dejara de verme como cualquier pobre diablo.

Pero me abstuve, ya que en ese entonces yo estaba peleado con mi padre, y no me interesaba hacer pública mi relación con el señor Ministro, mano derecha del presidente de la república, evitaba meterme en otro escándalo y suficiente con la vez que me detuvieron con drogas en la camioneta de mamá; mejor no, me dije, y me quedé callado, esperando a que Hobsbawm apareciera, pero el maldito nunca apareció, y en ese momento me quedé pensando en mi sobrenombre; «en realidad —pensé— me gusta que me llamen el Sueco, no porque me haga el loco con las cosas verdaderamente serias (¿qué cosa podría ser seria en la vida? ¿Acaso elegir casarse, tener hijos y entregar el salario mínimo a una familia destinada al fracaso?)»; pero volví en sí cuando vi que ya era tarde, y el maldito de

Hobsbawm no aparecía, volví a asomarme a la barra de la recepción, la señorita me repitió que no había ningún señor de Estados Unidos que se llamara David Hobsbawm, y fue entonces cuando le grité a la señorita, estaba desconcertado, además, no había desayunado, supongo que eso hizo que se me elevara el mal humor, le dije a la señorita que había quedado de verme con Hobsbawm, y ella respondió: señor, ya le dije, no hay ningún David Hobsbawm aquí, ¿cómo señorita?, pregunté, un tanto calmado, pero la señorita, ya harta de mí, amenazó con llamar a los de seguridad, y fue precisamente el de seguridad el que me dijo *amigo, la persona que usted está buscando se fue la mañana de ayer, lo vi subirse al taxi del hotel*, ¿usted lo vio?, claro, dijo el tipo, yo mismo conversé con él días antes, me entrevistó, ah sí, gracias, respondí, y en ese momento llamé a Malapatria y en medio de aquella confusión, su respuesta fue contundente: no te avisaron, no jodás, dijo Malapatria, ¿de qué?, pregunté, sucede que el gringo se fue hoy, lo siento, loco, nos llamó, bueno, a mí me llamó para decirme que había tratado de llamarte, pero no contestaste, qué raro, dije, porque no tengo ninguna llamada perdida, no sé, respondió Malapatria, la cosa es que el gringo se marchó esta mañana, lo siento, nos llamó para disculparse, y me pidió que te avisara, ¿por qué no lo hicieron?, porque estoy levantándome, hijueputa, ni que fuera tu consorte, no jodás, dijo Malapatria, hijo de puta, grité, enfadado, y caminé en busca de la salida del Barceló. Y bajo ese sol infernal que lo arroja a uno en la más puta de las desgracias, el bochorno y el ruido de los autos que suenan como dos trenes estrellándose en plena madrugada, llegué a mi casa, todavía confundido de la decisión del gringo, me sentía traicionado, maldito gringo, seguí diciendo, me molestaba que el gringo no me hubiera avisado, y la justificación de Malapatria me hizo pensar en las posibles razones que llevaron al gringo a tomar esa decisión; dejé de maldecirlo hasta que me enteré de que Hobsbawm había recibido una amenaza de muerte, me lo refirió Malapatria, quien alcanzó

a escuchar a Hobsbawm la noche que el desconocido lo empujó contra las columnas del hotel, y fue el mismo Malapatria quien me recomendó buscar a Vorobiov; hablé con el ruso, me había dicho Malapatria, él debe saber algo, y puesto que no hay nadie en esta ciudad que no conozca al ruso, decidí llamarlo un par de días después de la desaparición de Hobsbawm.

*¿Cómo habría que comenzar esta historia?*, escribió David Hobsbawm en su cuaderno, el Cuaderno de la Memoria. Ésa noche estábamos en el Aka-bar y sonaba una canción de Bob Dylan, seguida del Noa Noa de Juan Gabriel, ya no recuerdo bien qué fue antes o después, pero creo que la de Bob Dylan mientras yo me encontraba en el baño, y de regreso, bajo el auspicio de Juan Gabriel, alcancé a leer la frase que David Hobsbawm rasgaba en su cuaderno; pensé en preguntarle si le gustaba Bob Dylan, pero desistí, no lo vi tan entusiasmado en conversar de cosas que no fueran de la película, así que me senté, y pedí un par de cervezas más, a lo que Hobsbawm solo sonrió como un idiota, porque él seguía escribiendo; yo en silencio, escuchando a Juan Gabriel y las conversaciones a voz en cuello que venían de las otras mesas.

Si he escrito esa frase en el comienzo de este capítulo, es porque esta película saldrá, así me lo confirmó el Salvadoreño en un correo que me envió anoche; han pasado tres semanas desde la desaparición de Hobsbawm, y me lo imagino, me pregunto qué estará haciendo a esta hora en la que yo releo, borro, transcribo, copio, corto, pego, y reescribo sobre el mismo párrafo, una y otra vez, como si se tratara del corte final de la película; añadido una cita de Wikipedia. «Hobsbawm», dice la enciclopedia (me pregunto quién habrá escrito esa cita) «pertenece a la misma camada de cineastas de renombre del cine contemporáneo tales como Chris Marker, Roy Anderson, Michael Haneke y Astrid Kaminski». Vaya descripción, pienso, algo de cierto tendrá, pero le faltó agregar a Herzog, así que ingreso de nuevo a Wikipedia y bajo el usuario de María Sentencia añadido más citas, más información sobre Hobsbawm; añadido que en la actualidad Hobsbawm trabaja en su

nueva película, la cual lleva por título tentativo *La tumba del buque perdido*, con el subtítulo *La posibilidad de una historia*; explico que esta película se logra gracias al esfuerzo de OneCity Productions y El Sueco Producciones, de Managua, cuya productora es propiedad (allí me detengo y me pregunto si conviene poner mi verdadero nombre) de un ex estudiante de cine de la escuela de San Antonio de los Baños. Luego caigo en cuenta de que ya he visto casi la mitad de las películas de los cineastas emparentados con Hobsbawm, la mayoría los conocí en Cuba, y de la relación de Roy Andersson con el Maestro, no me queda duda, recuerdo un video que vi hace mucho tiempo, en Youtube, donde aparecen las dos bestias conversando en torno a sus obsesiones; creo que era en Suiza, en un festival pequeño de Suiza, no recuerdo el lugar, los medios catalogaron la entrevista de brutal (tal vez exagero), “el encuentro de dos grandes”; recuerdo habérselo comentado en su momento a Noelia, y fue gracias a ese influjo, creo yo, que realizamos un cortometraje, *Antimemorias del presente*, en el 2013, el cual consistía en una serie de entrevistas a personas seleccionadas al azar, afanadoras, oficinistas, choferes, agentes de servicios, etcétera, a todas ellas le hicimos la pregunta ¿qué es lo que te sabés de memoria?, la gente respondía de inmediato, uno decían lo que me sé de memoria es el nombre de mi padre, se llama Jorge, hubo alguien que dijo, lo que sé de memoria es Noche, lo que me sé de memoria es Nada, y así en lo sucesivo. Con ese documental creíamos conquistar el mundo del cine en el paisito. Pero no lo logramos. Por ello pienso que esta película será el gran golpe, con esto sí la vamos a sacar del estadio, ya me veo, la presentación siendo un éxito y mi nombre en los créditos, como Dios manda.

¿Quién habrá sido el cabrón que atajó en la entrada del hotel al pobre gringo? Imbéciles, no puedo esperar menos de la gente para el que trabaja el señor Ministro; según Royo, a quien me encontré esta mañana, la amenaza provino del mismo gobierno, pero no directamente del gobierno, sino de algún cuadro medio, pero no podemos asumirlo, supongamos que debió ser de la Policía Nacional, porque Hobsbawm (esa fue la justificación que utilizaron) no tenía los permisos para rodar una película, cosa falsa, porque los permisos los conseguí yo conversando con la secretaria del señor Ministro, mi padre; y así fue que logré conseguir los respectivos documentos, aunque a decir verdad, no era necesario hacerlo, estamos en un país libre; creo que fue más bien un invento de Hobsbawm, para zafarse, seguro (ahora lo pienso, solo ahora) que se hartó de nosotros, a lo mejor no le interesaba seguir en la búsqueda de Luise, que suficiente tenía con lo que había encontrado en el paquete que Vorobiov le entregó. Me pregunto qué había en ese paquete, he intentado preguntárselo al ruso, pero el viejo se resiste, pela los dientes de enojado, para qué quieres saber, me dice, preguntárselo al Salvadoreño. Lo que sí es seguro, no me cabe duda, es que alguien debió telefonar a la secretaría del partido, diciendo que al país había llegado un hombre de algunos setenta años, canoso, con una boina y vistiendo jeans y sandalias negras. Este hombre —habría dicho esa voz malévola— estaba investigando el caso del activista emparentado con Erick Boing y de lograrlo, ponía en peligro la discurso oficial. Semejante estupidez, pensé cuando me dijo esto Royo, porque nada tenía que ver; es cierto que en Bangkok Taik murió el padre de Erick, pero al gringo le interesaba otra cosa, yo puedo dar fe de ello. ¿Qué tipo de amenaza era Hobsbawm? Ninguna, me respondió Royo, y lo mismo me respondió Vorobiov cuando se lo pregunté, pero ahora he sacado mis conjeturas,

y tal vez no sea correcto escribirlo aquí, pero alguien debió sentirse expuesto por la búsqueda del paradero de Luise, que era, a la vez, el paradero de Erick Boing. Semejante trama a la que vine a meterme. Y en lo que también coinciden Malapatria, Royo, y Vorobiov, es que Hobsbawm se estaba metiendo en camisas de once varas. ¿Pudo Hobsbawm entrevistar a alguien más sin consultarlo conmigo? No lo sé, de momento solo tengo noticias de que el único tipo con el que se entrevistó sin mi compañía o ayuda, fue Vorobiov. Así que de cualquier manera, a mí me parece que el gringo se marchó porque se dio cuenta de que esta película no era lo suyo, muy complicado lidiar con gente como nosotros. Aún no me creo lo de tales amenazas, pero podrían ser ciertas, vamos a suponer que así fue, que el gringo estaba removiendo las aguas de ese lago pútrido. Mañana sabré que sucedió, pues Vorobiov me ha citado en su casa, espero que no me quede mal como la otra vez, que llegué a su trabajo y me hizo esperar por casi dos horas para después salir a decirme que no me podía atender.

No soy detective, tampoco policía, y si hago esto, y si terminé de grabar las entrevistas, y si recopilé los demás materiales audiovisuales, se debe a que me pareció que, al fin de cuentas, terminaría siendo un homenaje a David Hobsbawm, y por ello me hice de casi doscientas horas de grabación; recopilé algunos videos de Bluefields y archivos audiovisuales de gente que había estado en la costa Caribe, antes de Erick Boing y después de Hobsbawm y después de Twain en el Río San Juan. He pasado días enteros haciendo el trabajo que el gringo no terminó, o más bien, el trabajo que el gringo no realizó. Podría decir que la película no es en realidad de Hobsbawm sino mía, pero eso sería cometer un agravio contra la obra del gringo. Necesito que mi trabajo, que este trabajo esté ligado al nombre del gringo, y ahora, revisando esos archivos, a cinco semanas de la desaparición del gringo, reviso un documento que me hicieron llegar del hotel, hace un par de días, cuando recibí una llamada del Barceló: era una mujer, me dijo que me habían dejado unos documentos, ¿qué documentos?, pregunté, me está confundiendo, ¿es usted el Sueco?, sí, repetí, pero ya me había comenzado a inquietar, es un sobre, dijo la mujer; lo que le dejaron es un sobre y tiene su número de teléfono y su nombre, si no viene a retirarlo en veinticuatro horas, lo tendremos que destruir. Así que no me quedó de otra que ir al Barceló, y para mi sorpresa, me atendió otra mujer, no era la misma que me había atendido la vez que llegué a buscar al gringo; y gracias a esa llamada logré recuperar la carpeta en la que Hobsbawm guardaba los archivos, y ahora que los abro, me entero de que, efectivamente, el sobre estaba dirigido a mí, no fue un olvido de Hobsbawm, al comienzo lo tomé como un descuido suyo, pero no, leo ahora la carta, está en inglés, la leo despacio, no creo que sea necesario transcribirla, así que saco el resto de materiales y los pongo sobre



la mesa donde reposa la Mac, un listado de cosas que no es sino un *timeline* de todo lo hecho hasta ahora, como lo que hice esta mañana, al escribirle al Estudiante y pedirle que me enviara la novela, la nueva versión de la historia, porque de algo servirá, ya que esta es una historia armada de varias voces, un armazón que dudo mucho que se extienda más allá de lo necesario, no hay forma de saber en qué acabará todo, pues no voy a ser yo el que hará el corte final de la historia, sino el mismo Hobsbawm, seguro debe estar bien; creo que en uno de los correos intercambiados con el Salvadoreño me manifestó que el Maestro estaba bien (a veces no sé cómo llamarlo, depende de mi humor, si gringo, maestro o simplemente Hobsbawm); que no me preocupara por él, que más bien me preocupara por mí; pero no puedo evitar imaginarme a David Hobsbawm en su departamento, viendo el corte final de la película, lo imagino sentado, en ese apartamento que más bien pareciera la habitación de un hotel de paso del desierto; y si me lo imagino es porque él mismo me contó cómo era su vida en Los Ángeles; no fue difícil descifrarlo, tenía la aptitud de un ermitaño mandado a hacer: un viejo verde que no le interesa nada, ni siquiera la película. Puro capricho de viejo, venir a Managua, como lo haría cualquier turista; pero en fin, entiendo que es como me lo ha dicho el ruso, que el gringo es un engreído, un egoísta de mierda que no se quiere ni así mismo. Así me lo dijo el ruso, y le prometí no escribir eso en mi cuaderno de rodaje, pero no puedo evitar compartir esos pensamientos; pero regreso al sobre, encuentro más cosas, entre ellas, dos cartas firmadas por Hobsbawm y dirigidas a una tal Luise en el año de 1983; tres fotografías donde aparece Luise Williford con una pañoleta roja y negra y con un niño entre brazos, vestida de uniforme verde olivo; y en la segunda fotografía aparece el niño jugando en una playa, con una leyenda en el reverso que dice «*Erick y yo te extrañamos. Foto 1/3*»; y la tercera y última fotografía, Vorobiov sentado en una acera junto a Luise; varios recortes de periódicos; una hoja completa de

Wikipedia con datos de Bangkok Taik, otra sobre *los ramas* y mi nombre escrito en un rincón de la libreta.

He recibido el fragmento de la nueva versión de *la Novela*, y según me ha dicho el autor, ha cambiado proporcionalmente la historia. La verdad, me digo, no sirve de nada que me diga eso, no conozco la primera, menos la nueva, así que prefiero ignorar el mensaje, descargo el archivo y lo pongo en la carpeta que dice Película; le escribo al Salvadoreño comentándole las buenas nuevas y del avance de mi cuaderno de rodaje; ojalá y le guste, pienso, mientras redacto el correo, le digo que he recopilando material nuevo, nueva información, pues el ruso me ha prometido darme más material, pero como está trabajando en una nueva puesta en escena, no me ha podido atender, así que espero que lo haga pronto, envío el correo al Salvadoreño, me levanto de la mesa, me preparo café, y escucho la notificación de correo nuevo, es el Salvadoreño, (¡pero qué eficiencia!), me responde emocionado, me anima a seguir, la película sigue en pie, falta eso, dice; eso que estás escribiendo; entonces le doy un sorbo a la taza con café, y sigo leyendo, el Salvadoreño me dice que no me preocupe por el dinero —en realidad, pienso, no me preocupa el dinero, me preocupa que la película no salga, porque ya son ocho semanas y medias y nada—; le respondo al Salvadoreño que aún no termino este maldito cuaderno de rodaje, pues hace falta hilvanar unos datos, estoy concentrado revisando el material que hace dos días me envió Luciana, trata sobre Greytown, es un estudio antropológico en clave audiovisual, me siento a verlo, con calma, con mi café, en la amplia comodidad de la casa del Ministro, viendo desde aquí al jardinero, esta casa con amplios corredores; abro el archivo, y las primeras imágenes, allí es Greytown, dice un hombre señalando el lugar que algún tiempo fue su hogar, escribo en mi libreta, el hombre sigue: ese muelle, allí era el cementerio, al otro lado, y la draga, la draga que se construyó a finales del siglo XIX, y que reduce la

historia de la antigua Ruta del Tránsito a cenizas. El hombre se desplaza, la cámara lo sigue, y llega a lo que se supone fue el asentamiento de Greytown, destruido en los años 80's a raíz del conflicto armado de la Contrarrevolución. Avanzo en el video, le pego mecha a un porro; descongelo la imagen, y llega el momento en el que me pregunto por qué estoy viendo esto. Porque allí vivió Boing, me respondo, y escribo, transcribo, y en ese momento pienso que Boing no ha regresado a Managua porque se unió a las luchas de las comunidades indígenas, que allí se convirtió en uno más del comando, pero nada de eso es cierto, me corrijo, porque a su padre (según cuentan) lo mató el Ejército; aunque otros afirman de que lo secuestraron lo del Comando Cero.

No creo que Boing haya apoyado a dicho comando; y para descartar la hipótesis me pongo a buscar información en Google, doy con un video en YouTube, aparece el comando leyendo un comunicado, pero ninguna mención de Boing, luego busco información del tiroteo ocurrido en la Costa Caribe, y recuerdo que una vez en el Aka-bar David Hobsbawm me preguntó si yo sabía algo. En ese entonces no sabía nada, y por lo que encuentro en internet asumo que es la misma información que el gringo había leído. Cierro la ventana de Google, el efecto de la marihuana comienza a bajar, y me dispongo a preparar algo de comer; pongo algo de música, por hoy es suficiente, me digo; y de inmediato se reproduce en YouTube el video de los Doors donde Jim Morrison aparece con un niño vestido de indio.

Me preparo para la presentación de esta noche. Me ha invitado Vorobiov y me he olvidado del asunto de la película, pues el Salvadoreño me escribió hace un par de días para decirme que tuvieron un inconveniente, que no me preocupara por el cuaderno, que podía entregarlo en dos semanas, que es el tiempo estimado para resolver los inconvenientes técnicos o de logística o económicos, quién sabe; el asunto es que ese tiempo me permite seguir trabajando en este cuaderno, y como he dicho, me preparo para ir a ver una obra de teatro, pues hace una semana me reuní con Vorobiov y me invitó a ver su más reciente estreno en mucho tiempo, recuerdo que nos vimos en el ensayo, y recuerdo el ambiente sofocante de esa mañana en la escuela Pilar Aguirre, donde el ruso trabaja; ese sábado, si mal no recuerdo, llegué temprano, poco antes de las nueve, porque me interesaba ver a Vorobiov metido de lleno en su trabajo, dicen que es un viejo cascarrabias, y vaya que tienen razón, recuerdo que al llegar me senté a esperar en la recepción, me puse a pensar en el ruso, dicen que llegó en los 80's, como parte de las brigadas culturales de solidaridad provenientes de Cuba y Rusia; así fue como el ruso, después de una jornada intensa de talleres en varias ciudades en la Nicaragua revolucionaria, decidió quedarse en el país, por ello sus alumnos suelen hacerle broma, le preguntan ¿sigue siendo un rojo?, y el viejo sonríe y un mapa de arrugas se le expande por todo el rostro, y ese sábado, al esperar sentado en la recepción, comencé a ver la llegada de sus estudiantes, pasé un rato leyendo el libro de Thomas Bernhard que me bajé de internet puesto que no lo encontré en ninguna librería en Managua, tuve que imprimirlo y encuadernarlo, porque no había de otra, ni modo, no me gusta hacerlo, pero era lo que había; y esa mañana, esa mañana de sábado, tras pasar un

largo rato metido en las páginas de *El sótano* (recuerdo con precisión la frase “la pubertad tiene sus aberraciones”; no dejé de pensar en esa frase durante todo el día), llegaron uno a uno los estudiantes de Vorobiov; y cuando éste llegó, me preguntó si llevaba rato esperando, más o menos, respondí, pasá, pues, seguime, me dijo. Y me levanté de la banca, subimos los escalones, comencé a fijarme en las costuras del edificio, del edificio construido a voluntad de Hope Portocarrero (según los nostálgicos), la primera dama más elegante de uno de los dictadores más nefasto de la historia latinoamericana; pero en fin, el caso es que seguí a Vorobiov y cuando llegamos al salón de ensayos, me dijo sentate allí, no vayás a moverte de ese lugar, y acto seguido me senté en el asiento que me había señalado con su dedo blanco y tembloroso, y desde mi asiento, fui testigo de cómo los estudiantes se pusieron en fila india, esperando las instrucciones del viejo Vorobiov, el maestro, el gran Vorobiov, decían quienes estudiaban con él.

Primero una sonrisa, otra vez el mapa de arrugas volvió a expandirse en su rostro, luego el calor comenzó a sofocarnos, ojalá este hijueputa prenda el aire, pensé, y como si hubiese adivinado mis palabras, el viejo volteó hacia mí y me dijo ese aire acondicionado tiene siglos de no funcionar, así que no te hagás ilusiones, me sonreí como idiota, y le dije ni modo, a quemarnos de calor, maestro, y seguí leyendo, metido en las páginas que arrastraban de un lugar a otro, de una frase que se me confundía con lo que escuchaba en ese instante, mientras tanto Vorobiov instruía a sus alumnos, y de pronto, me pregunté, ¿cómo es que Vorobiov sabe de mí? Recordé que Royo y Malapatria le habían hablado de mí; pero creo que era Royo el que tenía más confianza con el ruso. Le contó que yo estaba interesado en grabar un video sobre su obra de teatro, falso de todas falsedades, le dije al ruso cuando hablamos la primera vez y me preguntó si era cierto, así que de entrada, sin más preámbulos, tuve que decirle en nuestra primera conversación que estaba colaborando

con David Hobsbawm, a lo que Vorobiov dijo, ah, ya veo, así que siguen con eso, y dije ¿por qué?, ¿sabe usted algo, maestro? Nada que pudiera interesar a alguien, dijo el ruso, a mí sí podría interesarme, dije, y entonces le pregunté si sabía de una tal Luise; Luise, dije, sorbiendo mi café, el viejo respondió de inmediato: Williford, se llama Luise Williford. Entonces escribí en mi libreta el nombre completo, y de inmediato sentí que me brillaban los ojos de emoción, porque quería escribirle a Hobsbawm y decirle que había conseguido el apellido, que ya sabía cuál era su verdadero apellido, pero Vorobiov me detuvo, afirmando que ya Hobsbawm sabía ese dato; yo mismo se lo dije, contestó Vorobiov esa mañana, así que no vayás a decírselo, ni a escribirle, ni a decirle que te encontraste conmigo.

Así había sido nuestro primer encuentro, y luego nuestro tercer encuentro, el que tuvo lugar en el teatro nacional, viendo el ensayo, escuchando los gritos, los regaños del ruso hacia sus alumnos, deben actuar como si estuvieran en una escena real, imagínense que está temblando y corren despavoridos por el salón buscando la salida de emergencia, una y otra vez, decía el viejo, repitan ese ejercicio, y así pasó la hora más aburrida de ese día, escuchando y viendo, viendo y escuchando, hay fuego en el piso, se están quemando, hasta que de pronto me puse a reír, pero no me reía de la escena, sino de la escena del libro; el ruso volteó y me preguntó, ¿y vos de qué te reís, idiota? De nada, respondí, ni siquiera estaba viendo, dije; entonces, ¿para qué viniste? Cerrá esa mierda y ve si querés ver, si no querés ver, va'l carajo, no vas a interrumpir mi ensayo. Cerré el libro, prometí que me concentraría en la escena, que tomaría notas, y así fue, hasta que aquello terminó, (¡bendito Dios!), pero no era el ensayo, apenas comenzaba con el ensayo, formó dos grupos, y los colocó a los estudiantes acorde al orden de aparición.

Vorobiov me había dicho en el teléfono que la obra se llamaba *Subasta de países*, y en ese momento recordé el cuento del escritor italiano, ¿inspirada en Papini?, le pregunté, y él dijo sí, el mismo cuento que supongo ya conocés, claro que lo conozco, dije y recordé el argumento, un relato de Gog, que describe su sueño: Se encuentra en una subasta de países, y entre los países subastado aparece Nicaragua, con el lote No. 35, entonces puse atención para saber si Vorobiov era fiel al relato, no lo entendí muy bien porque me estaba quedando dormido, solo puse atención a la escena en que Gog ofrece un precio por el lote No.35, y de allí me apague. Fui al baño, y mientras me echaba agua en el rostro pensé: «no sé nada de este ensayo, no me entero de nada».

Salí cuando el viejo ya había montado la escena.

Finalizado el ensayo, Vorobiov y yo nos fuimos a tomar un café al Salvador Allende, y allí conversamos sobre su encuentro con Hobsbawm. Mientras nos tomábamos el café, un barco asomó al puerto, cargado de turistas, y en ese momento, Vorobiov comenzó a soltar la sopa. Comenzó diciéndome que Luise Williford no se encontraba en Bangkok Taik, eso es algo que el gringo cree, dijo sorbiendo su café, ¿y entonces dónde vive ella? Negó con la cabeza. Respondió que Luise tenía veintiún años cuando llegó por primera vez a Managua.

«El caso es que —prosiguió el ruso—, a Luise la conocí porque un comandante le dio mis señales, y así llegó a mis oficinas, seguro le dijeron que yo trabajaba en el teatro nacional, donde siempre he trabajado, y en ese entonces yo estaba montando una obra de teatro. Era el quinto aniversario de la toma del Palacio Nacional, bajo el comando Rigoberto López Pérez en 1978; yo me encontraba ensayando en el mismo lugar que me viste ensayando esta mañana. De pronto alguien tocó a la puerta para decirme que en la recepción había una joven que quería hablar conmigo...



»Ella sabía que tenía contacto con el Salvadoreño, me pidió que le hiciera el favor de enviarle un paquete al Salvadoreño; tomé el paquete y a los días, se lo envié con unos amigos que viajaban en ese entonces a Estados Unidos. Pero lo primero que hice fue preguntarle cómo había dado conmigo; me respondió que Salvadoreño le había hablado de mí y luego le pregunté por el nombre del comandante, nunca me dijo el nombre del comandante, asumo que no era importante...Después de enviar el paquete, yo seguí en lo mío, no volví a saber nada de ella, sino hasta un tiempo después, cuando leí el reportaje sobre ella y en el cual daba declaraciones sobre las comunidad rama de Bangkok Taik.

»Pasó el tiempo, me olvidé del asunto. Seguí en lo mío. Pero una tarde, mientras descansaba en la mecedora de mi casa, escuché que tocaban a la puerta; creo que fue a finales del 89, no estoy seguro, no recuerdo bien. Reuerdo haberme levantado de la cama a abrir, y descubrí a Luise, de pie, en el portal de la casa, esta vez la encontré menos rubia, quemada, con los pómulos grisáceos, o tal vez yo tenía la impresión de que era rubia; bueno, el caso es que esta vez no venía sola, venía con ella un niño, y cuando los descubrí abrazados, me dijo: Este es mi hijo, te lo presento; se dirigió al niño y lo llamó Erick, sí, así le dijo, Erick, te presento a tu padrino, saluda a tu padrino. En ese momento me espanté, puta Luise, pensé, de dónde saca esa locura, tanto tiempo sin verla y se me aparece de la nada con un niño; pero bueno, el niño, un poco tímido, vestido de short y con botas vaqueras, se empinó y me dio la mano, y luego, en inglés, balbuceó un saludo que después la mezcló con un acento extraño de español. Te aseguro que más extraño que el mío; al menos así me pareció esa vez. El caso es que no me atreví a preguntarle a Luise qué había sucedido durante esos años. Creo que le comenté haberla visto en el reportaje sobre Bangkok Taik. No mostró ninguna reacción a mi comentario, lo que hizo fue ir directo al grano y preguntarme si podía quedarse en mi casa unos días; por supuesto, le dije, mi casa

es tu casa; le afirmé que podía quedarse el tiempo que fuera necesario, y como siempre he vivido en la Colonia Centroamérica, nunca me he ido de allí, las cosas eran relativamente fáciles, porque yo vivía solo, siempre he vivido solo, y a partir de ese día compartimos casa.

»Así pasaron los días. Me levantaba temprano, después de ducharme me sentaba a desayunar y me iba en el Lada azul a mi trabajo, que sigue siendo el mismo de ahora. Digamos que llevaba una vida relativamente cómoda, tranquila, tenía mis beneficios, más tranquilo que en mi pueblo natal, más tranquilo que el frío de mierda, porque a decir verdad, Sueco, siempre me ha gustado vivir aquí, qué te digo, sé que para ustedes es una tontería, para mí, en cambio, la cosa más importante que me ha sucedido en la vida ha sido vivir en este país, pero bueno, ese es otro tema; a lo que voy, Sueco, es que Luise se quedó varios días, varias semanas..., meses, creo, no estoy seguro, recuerdo bien al niño, ojos achinados, “moreno lavado” dijeran ustedes; una sonrisa tímida y a veces metido en sus cosas, ensimismado, no sé. Con el tiempo, una noche de confesiones, Luise me contó que el niño se llamaba Erick Boing y en aquel entonces, durante esos años, el nombre de Boing era un fantasma en medio de la vida azarosa que vivía este país...

»Y bueno... vaya uno a saber qué sucedió allí. Por eso, cuando me encontré con Hobsbawm, le advertí de que podía meterse en problemas. Sobre todo porque se sabe que el padre de Erick Boing era un ferviente defensor de los indígenas ramas, como Luise, digamos, hechos tal para cual. Como sabemos, él defendía a las comunidades ramas; él trabajaba en una demanda contra la mafia maderera, pero bueno, eso se truncó, ya sabemos, y luego el asunto se tiñó de político... y de eso es mejor no hablar. No tengo interés de meterme en esas cosas, entre más lejos esté de eso, mejor.

Vorobiov se calló abruptamente por un momento. Seguí su vista con la mía. Se detuvo en el muelle, ahora el barco estaba vacío. Luego retomó el relato, seguí grabando, las notas que he transcrito en los párrafos anteriores eran exactamente sus propias palabras, y lo que siguió, según Vorobiov, fue que Luise Williford desapareció de repente. Sucedió una mañana, cuando el ruso salió como de costumbre a su trabajo, y al regresar a casa, no encontró a Luise, tampoco vio al niño, pensó que regresaría al caer la noche, que tal vez había salido a dar un paseo o visitar alguna amiga de la colonia, a algún extranjero que acababa de llegar, pero nada, Luise no apareció esa noche, tampoco apareció a la siguiente mañana, sus cosas seguían intactas, su pequeña maleta, donde cabían incluso las cosas del niño, unos documentos que dejó sobre la maleta; Vorobiov tomó los documentos, (“porque temía que llegaran a perderse”, había dicho) y los guardó con la esperanza de que Luise regresara en busca de ellos. Pero Luise no volvió nunca. El ruso comenzó a conjeturar que tal vez Luise había vuelto a Los Ángeles, pero descartó esa hipótesis cuando una tarde se atrevió a abrir el sobre amarillo manila, donde encontró, además de unas cartas, fotos y postales; y el pasaporte de Luise Williford.

Eso era lo que recordaba Vorobiov; después de tomarnos el café, y repasar algunos asuntos sobre lo conversado, decidimos pasear por el Puerto Salvador Allende, y nos detuvimos en el paseo Xolotlán, una maqueta que ilustraba la Managua antes del terremoto de 1972, y de inmediato pensé: «los nostálgicos vienen aquí a buscar sus recuerdos como quien va al cementerio en busca de sus muertos». Se lo comenté a Vorobiov, se rió, me dijo: ¿y nosotros a quién buscamos? A quienes ni siquiera conocemos, respondí, sonriendo. Seguimos andando, llegamos a la entrada, el ruso se despidió con un abrazo, dijo que debía continuar con los ensayos, lo seguí con la mirada, atravesando la calle para ingresar al

teatro y me quedé debajo del busto de Bolívar. Decidí caminar por la Avenida Bolívar, la cual va a desembocar en la rotonda del presidente venezolano ahora muerto.

Entré al cementerio San Pedro. Pensé: La avenida de los presidentes muertos, pues el cementerio está en esa avenida: De Bolívar a Chávez, y seguí haciendo mi recorrido, pues en el cementerio reposan los restos del ex presidente José Santos Zelaya, y mientras recorría las lápidas descascaradas, nombres que el olvido arrancaba a sus muertos, recordé las tardes en que vine con mis amigos a este mismo lugar, a fumar y tomar.

Me puse a armar un porro, y mientras enrollaba, descubrí la sombra de un hombre acostarse en una banca. Levantó su mano. Yo levanté la mía, nos saludamos como dos viejos conocidos, por un momento pensé que era el cuidador; pero no, era alguien que había tomado el cementerio por su casa; y sin pensarlo dos veces, le prendí mecha al porro, el primer jalón, desde lo más profundo; hacía tiempo que no fumaba, llevaba días resistiéndome, pero esa tarde decidí caer en la tentación —ya lo dijo don Oscar Wilde, la mejor forma de resistir a la tentación es entregándose a ella— y así pasé un buen rato, recordando viejas conversaciones en el mausoleo olvidado de José Santos Zelaya, conversando con Malapatria y Royo.

Recuerdo que una de esas mañanas en que salíamos a caminar y a recorrer con mapas en mano los viejos sitios ahora inexistentes de la vieja Managua, nos encontramos en el cementerio con Erick Boing. Para entonces ya le rondaba la idea de viajar al Caribe, porque esa vez, creo, nos habló de Bangkok Taik. Royo y Malapatria le dijeron que ellos estarían en unas semanas en el Caribe. Recuerdo que Malapatria dijo hay que hacer ese viaje. Yo levanté las cejas: a mí ni me miren, dije. Acababa de llegar de Cuba y no deseaba meterme en más líos. Suficiente con los que había tenido en La Habana. En esos días me iba a Canadá. Fue el tiempo que me aceptaron en la fundación canadiense para hacer el

seminario de cine y memoria; y eso, además de la experiencia de volver a irme del país, significaba volver a ver a Noelia. No la miraba desde mis días en Cuba. Así que afirmé que ellos podían hacerlo, que incluso podría ayudarles. Que podíamos sacar una revista, la ansiada revista que tanto habían deseado editar Malapatria y Royo. De un momento a otro, mientras recordaba el encuentro con Boing, el último encuentro, me fui quedando dormido sobre la tumba del ex presidente Zelaya. Abrí los ojos, y descubrí a un hombre. Pensé que era policía. Era el desconocido que me había saludado. Me pidió fuego, y le ofrecí el encendedor. Podés quedártelo, dije. El hombre dio la vuelta y se dirigió a su respectiva banca. Vi hacia arriba. Los árboles se mecían al compás del viento. En el cielo descubrí un racimo de nubes sucias yéndose en dirección al lago. Me quedé pensando en el poema de Vladimir Holan. ¿Cómo es que se llamaba ese poema?, me pregunté. El poema que tanto le gustaba a Hobsbawm y así, antes de que las nubes curtidas hicieran lo suyo, me levanté en busca de mis cigarrillos. Revisé que todas cosas estuvieran en el bolso. Busqué al tipo que me había pedido el encendedor. No lo vi. Al parecer ya se había marchado. Y acto seguido, tras comprobar que todo estuviera en orden, salí del cementerio en busca de un taxi.

Repaso lo escrito. Me levanto del asiento para terminar de alistarme. Pongo una canción en la computadora, recuerdo la banda que el mismo David Hobsbawm me recomendó una vez, una banda nicaragüense que en los 70's se hacían llamar Bwana; abro el Youtube, selecciono la primera canción del disco, intentaré estar a tiempo en el teatro, pues hace unos minutos me llamó Vorobiov para preguntarme si de verdad iré al teatro; le prometí que estaría puntual, en la entrada, pensé incluso invitar a alguna amiga, pero ya será demasiado tarde para invitar a alguien, así que procedo a alistarme, pensando en lo que debe seguir en el siguiente capítulo, puede ser, me digo, el recorrido, y solo unos días después me sentaré a escribir en este cuaderno una entrada que tendrá que ser obligatoriamente la presentación de esta obra, así es cómo sucede en esta historia: escribir en tiempo presente como si todo estuviera ocurriendo en el mismo instante en que suena la canción de Bwana.

Apago la computadora y me decido a salir, pensando en la posible reacción del público de esta noche durante la obra de teatro. Recuerdo lo que me dijo Vorobiov: Cuando llegués a la entrada, decís que sos el Sueco, allí tienen tu nombre y te entregarán tu boleto. Sigo caminando en busca del taxi, pensando en las expectativas que se han generado alrededor de la obra de Vorobiov, esta es su gran obra maestra, dicen algunos, todos esperan una sorpresa, y vaya sorpresa, me digo mientras levanto mi mano al primer taxi que viene en estampida desde el lado oeste. El brillo desprendido de los árboles metálicos se funde con las luces del auto que poco a poco se orilla a la acera donde me encuentro agitando la mano derecha.

Tras subir al carro, arreglo la tarifa. ¿Y qué hay hoy en el teatro?, me pregunta el taxista. De inmediato comprendo que las calles aledañas al teatro están allanadas de policías, de cuerpos de seguridad privada y de estudiantes universitarios vestidos con las camisetas del gobierno. Se presenta una obra, le digo: una obra de teatro. Ah, dice, el taxista, sacando de la guantera un cigarro mientras esperamos a que el semáforo cambie a rojo. Hace mucho no voy a un teatro, dice, encendiendo el cigarrillo. ¿Le molesta? No, respondo, pero qué caso tiene preguntarme si ya lo estás prendiendo. Perdón, hermanito, dice el taxista. ¿Y qué obra de teatro? *Subasta de países*, le respondo. Está basado en un cuento de un escritor italiano. ¿Cuál?, pregunta el taxista. Por un momento me pregunto si el taxista conoce la obra de Papini, si alguna vez lo leyó. Por un momento dudo de que haya leído un libro en su vida. En este país la gente se inventa títulos que jamás leyeron. Yo leí a ese autor, hace muchos años, cuando trabajaba como guardia de seguridad en una tienda de ropa, responde el taxista.

De un momento a otro, el taxista se exploya contándome su historia. Me cuenta que durante tres años trabajó como vendedor de abarrotes de una distribuidora. Luego consiguió empleo de guardia de seguridad en una tienda de ropa usada cuyos dueños eran unos chinos que viajaban dos veces al mes a comprar a Miami. Allí pude leer varios títulos, dice el taxista; como Gog, agrega. Ya no recuerdo qué más, pero recuerdo uno, que se llama *El Diablo*. Claro, le digo al taxista, un libro muy bueno. Cuando estamos a punto de llegar al teatro, agrega que hace algún tiempo intentó escribir. Se devoraba los libros durante el turno nocturno como operario de seguridad privada, en la soledad de aquella bodega apretada de olores de ropa de segunda mano, bajo el auspicio de los ruidos de los autos que pasaban de madrugada por la Carretera Norte.

Un par de años más tarde, agrega, intenté con el boxeo, pero no me fue bien la primera velada como protagonista de la noche de talentos. Esa noche —recuerda el taxista— estaba el mismo Alexis Argüello y poco antes de subir al ring, me animó golpeándome el hombro, diciéndome que yo podía noquearlo. Pero el noqueado fue el taxista, quien responde al nombre Rubén, alias Gavilán. Gavilán no tuvo de otra que acercarse después de la pelea a Alexis para pedirle perdón; no hermanito, le dijo Alexis, esas cosas pasan, vos seguí, vos seguí dándole, me dijo Alexis —recuerda el taxista.

Nos detenemos a pocos metros de llegar a la Plaza 22 de Agosto. Estamos esperando que el auto avance entre el cordón policial que desvía a quienes vamos al teatro. Habrá que esperar, dice el Gavilán, entonces, reaccionando en automático, le pregunto si alguna vez pensó en escribir esa historia. Es muy buena, le digo. No, responde el Gavilán. ¿Por qué? Se ve que sabés mucho de literatura. Lo que pasa, hermanito, es que mi hermano también fue boxeador y no corrió con tanta suerte. Y cuando pensé en escribir me di cuenta que eso era deshonesto; no me sentía bien conmigo mismo tratando de sacar provecho de la tragedia de mi hermano. Pero eso es la verdadera literatura, le digo. No lo creo, hermanito, no sé, la verdad es que no me atreví por eso. ¿Qué sentido tiene contarlos? Mejor te lo cuento a vos; escribilo vos: se ve que vos sabés más de libros que yo.

Gavilán avanza en su discurso. El carro se mueve a paso de tortuga. Una larga fila de autos insolentes en medio de la historia del Gavilán: su hermano salió del ring en coma. Tal vez podás contarlos vos, repite, ya que sos escritor. Avanzamos unos metros y le pido que se orille. Nunca está de más ver esto en una obra de teatro, agrega cuando me bajo del auto. Me despido y camino por una calle oscura del centro, pasando donde antes era el Museo de Arte Contemporáneo Julio Cortázar. Sigo caminando. Por un momento pienso en la historia del Gavilán, en la historia de su hermano noqueado. Creo recordar haber leído



esa historia. Creo haberla leído en *La Prensa*. No recuerdo los detalles, pero sí la historia. El Gavilán no es un personaje inventado de esta ciudad, me digo: es el personaje que inventa a la ciudad. Sigo avanzando. Miro hacia a los lados: un policía me instruye cruzar justo cuando los autos están detenidos en mitad de la calle.

Llego al Parque Central y veo el reloj: cinco minutos para que comience la función. Entonces comienzo a correr como quien corre cuando ve el último tren de la noche y sabe que si no lo alcanza, deberá emprender el viaje a pie, el largo viaje hasta el otro extremo de la ciudad. Pero en esta ciudad no hay tren, me digo, así que dejo de pensar en ello y la figura del Gavilán pasa al olvido, porque ahora me preocupa no estar a tiempo en la entrada del teatro.

Cuando llego al teatro busco al estudiante que se supone me entregará el boleto de entrada. No veo sino un cúmulo de personas apresuradas, bajando las escaleras hacia la Sala Pilar Aguirre. Las sigo. De espalda me parece ver la espalda de Noelia, seguida de Malapatria y Roya. Les grito. No me escuchan. Corro hacia las escaleras; de pronto una caravana de autos con las sirenas llorando en sus lomos sale en estampida de la bocacalle del teatro. Van hacia la antigua casa presidencial. Me detengo, desvío la vista, nada por ningún lado.

Persigo los puntos rojos de las luces de las patrullas penetrando el edificio de la antigua casa presidencial. Otra caravana, de cuatro autos, van en dirección hacia la Loma de Tiscapa, buscando el Hospital Militar. El último auto es una ambulancia de la Cruz Roja. Algún político amigo del Ministro, me digo, y sigo bajando pero es demasiado tarde. Las 7.03. Golpeo el cristal. El guardia me señala que vaya hacia la otra puerta. Me asomo. Me responde con un rótulo que dice “Cerrado”. Le muestro el boleto que dice mi nombre y que

tiene impresa la firma de Vorobiov. Sacude la cabeza de forma negativa. Ni con una carta firmada por el presidente, responde el guardia de seguridad dándome la espalda.

Pasan los minutos. Me resigno a quedarme afuera. Esperar a que termine la función y buscar a Malapatria y a Royo a quienes les preguntaré cómo estuvo la función. Le diré al ruso que estuve allí y que no le saludé porque tuve que irme antes. Todo será cuestión de inventar una buena historia. Ya lo creo. Mientras tanto sigo dando vueltas en los alrededores del teatro. Buscando a alguien conocido.

Han pasado tres días y ninguna noticia de Vorobiov, y puesto que no llegué a entrar al teatro, por más que insistí con el portero, intentando persuadirlo de que era invitado especial del director de la obra, no logré colarme en la presentación y lo que hice —como ya conté en el capítulo anterior, fue sentarme a esperar, pero el ruso no salió nunca del teatro, y según Royo y Malapatria, el ruso no salió a saludar al público. Ni antes ni después de la función. Algo raro, pensé. Según me contaron mis amigos, lo de las patrullas se debía porque en el público se encontraba el señor Ministro, acompañado de otros funcionarios del Ministerio de Defensa, por lo que al siguiente día, a eso de las cuatro de la tarde, decidí visitar la casa del señor Ministro, ubicada en los residenciales contruidos en las sierras de Managua, donde viven la mayoría de los empresarios del país, amigos todos, creo yo, del señor Ministro y con quienes sale a jugar golf los fines de semana en el Crucero.

Al llegar a la casa y tras detenerme frente a la cámara de seguridad, recordé las palabras de mi madre: si volvés a esa casa te dejo de pagar la renta del apartamento de Los Robles. Solo debía convencer a Juanita de que no le dijera nada a mi madre. En cuanto me vio le pedí que no dijera nada a la Señora. Juanita asintió secándose las manos en el delantal. Me contó que el señor Ministro se encontraba fuera de la ciudad. Menos mal, le dije y fui a sentarme al sofá. ¿Quiere algo joven Edgar? No, respondí, por ahora no. Pero coma, insistió Juanita. Era mediodía y en realidad tenía hambre. Así que le pedí que me preparara algo de comer.

Mientras Juanita cocinaba entré en la que antes había sido mi habitación. Me descalcé y me acosté un rato en la cama. Desde un costado observé las fotos en donde

aparecemos Noelia y yo después de la presentación del documental que rodamos en Cuba, que también fue la época donde descubrimos varios títulos de los cineastas que más nos gustaban, Herzog, Hobsbawm, Kaminski, y muchos otros que ahora se me escapaban. De nuevo pensé en ella. Me pregunté si de verdad había sido ella la que acompañaba a Malapatria y Royo; no logré saberlo porque no se lo pregunté a mis amigos, sabía que me preguntarían si todavía seguía enamorado de ella. Me harían broma. Sabía que me preguntarían si aún no la superaba. Me daba rabia. Quise en ese momento llamarle a su número de Managua para saber si ya había vuelto de su viaje. Decidí quedarme acostado. En silencio. En la tranquilidad de la habitación. Porque después de muchos días de ajetreo, pensé, me lo merecía. Estaba harto de vivir en el apartamento de Los Robles. Con el aparato del aire acondicionado sin funcionar y ahora, en ese momento, en la casa del señor Ministro, la casa amplia de corredores, el jardinero haciendo lo suyo, y Juanita preparando el bistec, pensé que después de todo no estaba mal ser hijo del Ministro. En ese momento recordé algunos títulos del gringo. Aquéllos que Noe me había enviado por correo. Recordé un título. *Ensayo sobre el porvenir*. Una serie financiada financiada por Netflix que Hobsbawm rodó a comienzo de dos mil trece. Dicha serie se trata de un conjunto de historias de ficción o realidad virtual, como algunos críticos le llamaron, pero por desgracia no pegó y tuvo que venderse por separado.

Pasado un rato, pensando en las historias de *Ensayo sobre el porvenir*, me levanté a buscar en la gaveta de la cómoda las películas que Noe me había enviado. Encontré el disco duro. Encendí la computadora y la desconecté de la consola del PlayStation 4; pero en ese momento Juanita tocó la puerta para decirme que la comida estaba servida. Le respondí que lo tapara, pero ella ripostó que se iba a enfriar; pidió que saliera y que comiera ahora mismo. Me senté a comer mientras esperaba que los archivos se copiaran a la computadora.

Más tarde fui a sentarme en la barra de concreto que da al jardín frontal y desde allí vi a Jerónimo, el jardinero que llega tres veces a la semana a podar los árboles. Alcé la mano, lo saludé. Al rato regresé a la habitación. Abrí la carpeta donde se habían copiado los cortos: abrí uno de los archivos, tras aparecer los créditos, congelé la imagen, no me había fijado en el detalle de que todas las historias tienen lugar en un bar, y la primera narra la historia de una pareja encerrada en ese bar del desierto porque afuera hay un tiroteo entre la policía y una banda de sicarios (o rebeldes; nunca se llega a saber). En la película el dueño del bar protege a la pareja a cambio de que éstos cuenten una historia tras otra, cual Sherezada, porque de lo contrario —afirma el dueño del bar— los sacará al fuego cruzado desatado en las calles.

Media hora más tarde, después de ver una y otra vez las escenas contenidas en estos cortos, me quedé dormido. Soñé con las escenas del corto. En el sueño, según recuerdo ahora, me encontraba en una casa donde pasaba una camioneta roja con un cadáver al volante. En el asiento del copiloto había un oso de peluche con el cinturón de seguridad atravesándolo por el pecho. La escena me conmovió tanto que desperté agitado, y de no haber sido por Juanita, quien me despertó justo en el momento en que yo miraba pasar la camioneta desde el balcón de una casa, habría descubierto la identidad del cadáver.

—Está en el Chipote.

Eso me dijo Malapatria al siguiente día de pasar la tarde en casa del señor Ministro, cuando lo llamé muy temprano para preguntarle si tenía noticias del ruso. Me contó luego Royo, en el Aka-bar, que el ruso estaba bien, que no me preocupara, ¿cómo sabés?, le pregunté, y su respuesta, en un tono irónico: ideay, hijueputa, si no lo sabés vos que sos el hijo del Ministro ¿cómo voy a saber eso yo que me entero por los rumores que se escuchan en el diario? Tenía razón; Royo se enteraba de esas cosas porque las escuchaba en el trabajo, en la redacción de *La Prensa*, a donde llegaba tres veces a la semana a trabajar como corrector de estilo en calidad de pasante de la carrera de filología. Entonces me enteré de que el ruso estaba retenido en la cárcel del Chipote. Le pregunté a Royo si tenía algún contacto en la Dirección de Auxilio Judicial, pero negó con la cabeza —eso debés de tenerlo vos, ¿qué acaso no tenés contacto con tu viejo?, dijo Royo, atragantándose de cerveza.

Al siguiente día decidí ir al Chipote; ese enigmático lugar de torturas y pesadillas construido por la dictadura somocista y que ahora funciona como la Dirección de Auxilio Judicial, un nombre pomposo escrito en papel manchado de sangre, tortura y muerte.

En el portón principal tuve que identificarme. No pude ocultar mi nombre; mis generales de ley, había dicho el guarda de turno, el que parecía ser el jefe del grupo de custodios. Le pregunté si sabía de Vorobiov, le di las señas y le comenté que llevaba días buscándolo, ¿y cómo sabe que está aquí?, me preguntó. No se me ocurrió otra cosa que mentirle que una de las asistentes del señor Ministro me había dado el dato, y para hacer

verosímil mi relato añadí que esa misma mañana había conversado con la asistente de nombre Angélica, y el guarda, tras verme convencido de lo que estaba contándole, me dijo que verificaría con su superior. Me quedé afuera esperando a que regresara con una respuesta afirmativa; pero si está aquí, me dije luego, ¿de qué carajo se le acusa?

Llevaba más de veinte minutos esperando, cuando el portón se abrió y salieron dos hombres con pintas de no ser de Managua; les pregunté si no habían visto a un hombre mayor, con acento extraño. Uno de ellos sacudió la cabeza, pero el otro, el que parecía el más amable, me dijo que habían visto a un gringo, pero no a un ruso. Claro, dije, todo rubio o blanco es llamado gringo, cosa que le fastidiaba a Vorobiov cada que le decían gringo — de inmediato respondía: no soy gringo, soy nica nacido en Rusia.

El otro hombre se detuvo a murmurar; el que parecía menos amable. De pronto, el más amable de los desconocidos dijo que si se trataba del hombre que hablaba mal español, con pintas de gringo. Me afirmó que estaba en una de las celdas; que lo vieron pero no llegaron a hablar con él; que cuando llegaron, dijo el otro, el ruso ya estaba allí. Lo metieron hace cinco días, comenté, y los dos se encogieron de hombros. A nosotros nos metieron veinticuatro horas, dijo el menos amable de los desconocidos.

¿De dónde son?, pregunté. El más amable respondió que de Miami, que habían llegado hacía dos días deportados y una vez que pisaron suelo nicaragüense fueron ingresados a las celdas de auxilio judicial. Los dos hombres siguieron bajando la cuesta, y en ese momento les pregunté por qué los habían metido a la cárcel. Ninguno respondió. Los seguí. Intentaba saber más sobre Vorobiov. En la calle principal, cerca de la entrada del Hospital Militar, el desconocido menos amable detuvo un taxi. El otro se arrimó a la puerta del copiloto para pactar el precio. Me quedé viendo hacia los lados, esperando que el guardia que me había atendido saliera.

Solo alcancé a escuchar que uno de los desconocidos dijo:

—Ojalá tu amigo tenga tanta suerte como nosotros.



Hace dos días salió Vorobiov del Chipote, y en cuanto supe que había salido, fui directamente a su casa para saber si se encontraba bien. El ruso, apenas me vio en el portal, me dijo pasá, te estaba esperando, supongo que no fuiste a ver la función. ¿Cómo supiste?, le pregunté y lo que hizo fue reírse, cosa que me desconcertó porque yo lo imaginaba golpeado, torturado, ¿sabés que se han escuchado historias macabras de esa cárcel?, le dije. El ruso asintió, de pie, en la cocina mientras preparaba café. ¿Vas a tomar?, dijo, levantando las dos tazas. Ya las estás sirviendo, respondí. Me advirtió de que no quería problemas. Mirá, dijo, sorbiendo de su taza con café, no quiero líos con la gente de arriba, no fue por la obra de teatro, no creás que hice la adaptación literal, todo lo contrario, invertí los papeles, en lugar de que sea Nicaragua el país subastado bajo el lote 35 del cuento de Papini, me inventé un país; nadie se enteró de que esa obra estaba basada en un cuento de Gog, así que fue fácil. Pero no fuiste a la obra, dije. No, respondió Vorobiov, cerrando los ojos, mientras afuera el atardecer se desprendía con los últimos rayos del sol. No fui por otra razón, vinieron a buscarme antes, y me llevaron a la dirección auxilio judicial. Pero no, como ya te dije, por la obra de teatro sino por brindar ayuda a una camerunés. A ver, respondí, suave aquí, ¿cómo así? Sí, dijo el ruso, y señaló con sus labios estirados la barra del desayunador. ¿Ves esas fotocopias que están allí?, dijo el ruso, me levanté y agarré las fotocopias, podés leerlas, dijo, leelas, y de inmediato, el titular sonaba a un cuento ya conocido, a un cuento de la realidad, el relato de *La Prensa*, el titular más bien (y que ahora reproduzco), decía: \*Muere inmigrante camerunés en un enfrentamiento con el Ejército en Rivas\* De inmediato pasé a leer el resto de la historia, y al terminar de leer el artículo completo, le pregunté a Vorobiov qué onda con aquello. Eso, dijo el ruso, acabando su café,

significa que yo ayudé a uno de los camerunés. Les ofrecí refugio, hay una parte que no te voy a contar porque ya la conté a las autoridades, así que te llamé para que no sigás moviendo las cosas. Quería que supieras que estaba bien. Pues sí, dije, no voy a decir nada.

Insistió en que no escribiera ni una sola línea. Le prometí no hacerlo. Me contó que las autoridades investigaban a la madre del camerunés que había muerto en el tiroteo. Me pidió que siguiera con los asuntos de la película; le comenté que tenía días sin trabajar en ello, pues no sabía nada del Salvadoreño; te van a responder, respondió Vorobiov, sólo tuvieron unos percances; seguro te buscan pronto. Le pregunté que cómo sabía eso: porque anoche me llamó el Salvadoreño para decirme que te dijera de que todo seguía en marcha, que te había escrito, que no respondés las llamadas, y efectivamente, tal como Vorobiov me lo había dicho, el Salvadoreño me había enviado un par de correos preguntándome por el cuaderno de rodaje. Al llegar a casa me dediqué a responderle al salvadoreño. Le dije que seguía trabajando en él; que llevaba doce capítulos. Es un cuaderno de rodaje, cabrón, escribió el Salvadoreño; no estás escribiendo un libro.

Decidí revisar una vez más la historia. Por ello he pasado este día revisando los últimos detalles, repasando frases en voz alta. Supongo que jamás se llegará a leer este cuaderno de rodaje. Algo sucederá. Llega el momento del punto final. Me detengo; releo. Copio y transcribo. Lo que sigue es la novela del Estudiante. La imprimo, y la ordeno acorde a las instrucciones del Estudiante. Ya me ha escrito varias veces preguntándome si he leído su novela. Hasta el momento no le comentado nada. Puesto que mañana parto a Solentiname para acompañar a Noelia en su nuevo proyecto, espero leerme la novela en el viaje. *La tumba del buque perdido*. Ése es el título que debió leer David Hobsbawm antes de venir a Managua. Espero algún día poder comentar esta novela.

## **TERCERA PARTE**

De Managua a Bangkok Taik

Una vez más no supo cómo había llegado a casa; intentaba hacer memoria y lo único que recordaba eran imágenes difusas, tal vez debió finalizar las traducciones que no tardarían en reclamarle la empresa para la que trabajaba como traductor independiente. Pero ya no había marcha atrás, era demasiado tarde para lamentaciones; demasiado tarde para seguir durmiendo. De pronto escuchó los insolentes maullidos del gato que venían del fondo de la sala y le llegaban como martillazos en su cabeza. Lanzó las sábanas al piso, se dio media vuelta, con la almohada empapada de sudor, y cerrando los párpados intentó quedarse dormido. Por un momento experimentó la sensación de estar en un lugar desconocido. No era la primera vez que le sucedía. Tampoco sería la última. Por suerte reconoció el sitio, su diminuta habitación a la que llamaba cariñosamente «la habitación del deseo», y tras ponerse boca abajo, en el filo de la cama, escuchó timbrar el teléfono.

Vio la pantalla y solo entonces se dio cuenta de que tenía varias llamadas perdidas. Era un número desconocido. Cerró de nuevo los ojos, pero no demoró mucho: el teléfono volvió a sonar; y medio ebrio, medio sobrio, agarró el aparato y soltó la primera frase del día.

—¡Putas, por fin! —le reclamó la voz de su interlocutor.

—¿Seguís dormido?

—Qué pregunta la tuya.

—Bueno, pues, descójate.

—¿De dónde estás llamando? —preguntó Boing.

—De Madrid

—¿Madrid es un pueblo de Nicaragua?

—Déjate de pendejadas. ¿Ya leíste mi correo?

—Dejate, dejate —respondió Boing, con su voz de ultratumba—. No he leído nada.

¿Qué hora es?

—Te lo acabo de enviar. Revisa tu correo.

—No puedo. No seás animal. Tengo la mitad del cerebro dormido. No voy a levantarme sólo para revisar tu correo.

—¿Estás con la Crudencia?

—¿Vos qué creés? —dijo Boing, con desgano—.

—Que sí. Como si no te conociera...

—¿Qué hora es allí? —preguntó Boing.

—Las dos y veinte.

—¿am o pm?

—De la tarde.

—Entonces estás en Managua, hijueputa mentiroso —dijo, Boing riéndose mientras miraba la pantalla del teléfono—. No es posible que Madrid y Managua tengan la misma hora.

—Eso es lo que hace la goma: te hace más inteligente —dijo Pascual.

—¿Y a qué se debe la llamada? —insistió Boing.

—Mejor te lo digo ya. Llegó barco —Boing se quedó callado. Ése era el término que él y sus amigos usaban cada vez que llegaba algún grupo de extranjeras al país—. Será en mi casa, una fiesta de bienvenida. En Serranías. ¿Te apuntás? —Pascual acentuó la última sílaba, intentando que su pronunciación fuera lo más natural posible en términos de voseo.

—Claro —dijo Boing—. Hay que sacrificarse por la patria. Pero te confirmo más tarde. Por ahora no tengo ánimo de salir.

—Deberías, cabrón. Lo siento por lo de tu viejo. Pero tenés que salir. No sos Drácula, cabrón —Se quedó callado; y luego continuó—: Además... Te traje algo.

—¿Cuándo llegaste?

—Hace cuatro días.

—¿Y por qué llamás hasta ahora?

—Porque debía resolver un asunto. Luego te cuento. ¿Vienes o no?

—Pascual...Putá, no jodás. Qué problema el tuyo. No sé si voseás o tuteás. Es “venís, venís” —Chema se echó a reír, y de inmediato, respondió:

—Yo soy un nica, pendejo. Dejá ese encierro y vení a la casa.

Al colgar, una cascada de libros cayó al piso. Se imaginó que había sido el gato, pues desde hacía rato maullaba entre los anaqueles del librero. Hacía mucho no tenía noticias de Pascual, quien vivía entre Madrid y Managua. Solía pasar un par de meses en Managua, otros en Madrid, aunque muchas veces no se sabía en qué lugar se encontraba. Uno podía llamarlo y él decía que estaba en Madrid cuando en realidad se encontraba en Managua. Siempre hacía lo mismo; era conocido por mentiroso, bromista, y aventajado en todo lo que pudiera sacar provecho.

Un rato más tarde Boing se incorporó y se preparó café. Descorrió las cortinas; y el interior quedó allanado de luz. Al salir del baño se sentó en una de las cajas de libros. Más tarde, cuando aparentemente el día volvió a ser normal (así lo pensó cuando escuchó una horda de sirenas que pasaban por la Carretera a Masaya), recordó la cita pactada esa tarde.

Se quedó pensando en la fiesta, en la frase de «llegó barco».

Cada vez que las amigas de Pascual llegaban a Managua, tanto Boing como sus amigos, se dedicaban a mostrarles la ciudad seduciéndolas con sus aires de artistas y de intelectuales. No se perdían ni una sola expedición. Y si fallaban conquistando se debía por un esmerado desinterés del anfitrión. Así lo afirmaba Boing entre sus amigos. Eso era a lo que se le llamaba ser un *chelero*, *caza chelas*. O bien gárgolas con aires de intelectual venido a menos que se dedican a conquistar extranjeras.

El sol desparramado sobre el asfalto, el calor y el sopor lo devolvieron a la hostilidad de su vida cotidiana. El peso del vértigo mezclado con las ganas de vomitar hizo que se detuviera en una esquina y se sentara a dudar si realmente estaría bien presentarse en esas fachas. Logró incorporarse. Con el vértigo destruyéndole la vida, siguió caminando.

Atravesó el Hospital Central, el cual quedaba a pocas cuadras de su casa. Luego descubrió un tumulto de gente que marchaban en contra del canal. Se dirigían a Plaza el Sol, en donde se encontraban las oficinas centrales de la Policía y el Consejo Supremo Electoral. Tuvo la intención de quedarse a observar lo que sucedería; pero ya había visto demasiado; tampoco tenía mucho tiempo, ya era tarde, debía estar puntual, se jactaba de ser puntual en las reuniones de la empresa para la que trabajaba —pero esta reunión, se dijo, era más importante que cualquier otra cosa. No recordaba a qué iba, solo recordaba que lo habían citado para entregarle unos documentos. Tampoco recordaba el nombre del tipo que dos días atrás le había llamado para citarlo en las oficinas del edificio Invercasa.

«De cualquier modo», se dijo, «eso lo descubriría en la marcha».

A esa hora Managua comenzaba a emerger de los infiernos. El sopor se hacía cada vez más intenso. Así lo pensó mientras se recostaba en el asiento caliente del copiloto. Harto de las avenidas mal construidas, y de las constantes marchas que entorpecían el tráfico, pensó una vez más en la idea de marcharse del país. Un par de meses atrás, antes de



la muerte de su padre, había recibido la invitación de vivir en Berlín con la que entonces sera su novia: una antropóloga que había vivido en Managua como investigadora de las comunidades indígenas del Caribe. Gracias a ella comenzó a interesarse en el tema de viajar al Caribe, sobre todo, porque en ese entonces su padre vivía en Bangkok Taik.

Se llevó una mano al rostro y cerró los ojos.

El taxista lo despertó, diciéndole que ya habían llegado a su destino: la oenegé en la que había trabajado su padre.

Colocó la maleta sobre la mesa donde yacía el gato dormido. Se sentó en el sofá gris, que su ex novia le había obsequiado al momento de trasladarse a vivir a esta casa. Se preguntó por ella. Deslizó una de sus manos por el cuero del mueble, pensando en ella. Sintió un poco de culpa, de vergüenza. Una mezcla rara de sentimientos que le costó trabajo digerir. Su ex novia se había marchado al encontrarlo culpable de traición. Y aunque le explicó a la alemana que eso era falso, que se trataba de un cuento de sus amigos, Steffy no cambió de opinión: renunció a su trabajo y regresó en un par de días a Berlín.

Como herencia le había dejado el sofá y a Simón. Por lo que ver a Simón, concentrar su atención en él, era de algún modo pensar en su ex novia. El sentimiento de culpa fue extendiéndose. Para aliviarse el dolor de cabeza, se metió en la cama y se quedó dormido.

Al rato Simón merodeaba debajo de la cama, sus constantes maullidos hicieron que se despertara. Le sirvió las últimas croquetas y el gato agradeció con una mirada de desprecio; y acto seguido sumergió su cabeza en la taza repleta, bullendo y gimoteando a medida que daba bocado.

Boing encendió la computadora.

El reloj digital marcaba las siete de la noche. Pensó en escribirle a Steffy, pero desistió: no valía la pena, pues esa historia era agua quemada. Abrió su correo, y se dispuso a leer el mensaje de Pascual: *Cabrón, ya sé que no estás contestando correos ni llamadas. Estoy de regreso; te traje unas copias de un par de libros que (supongo) no has podido encontrar en Managua. Hay algo de lo que me gustaría hablarte. Por favor, cuando puedas, respondé mi mensaje.*

Colocó el cursor en el mensaje. Lo envió a la carpeta cuyo nombre decía «Chema» y los demás mensajes, en su mayoría considerados «no deseado o basura», los eliminó sin fijarse en los remitentes. Luego tomó su celular y marcó el número de Pascual. Como nadie le contestó, se puso a revisar el maletín que le habían entregado esa tarde, como única herencia (aparte de los libros guardados en las cajas) de su padre. Encontró varios documentos: la revista que un mes atrás había fundado con sus dos amigos y de la cual le había enviado un ejemplar a su padre. En una bolsa negra encontró cuatro casetes, unas cintas VHS y varias libretas con documentos en el interior que no se molestó en leer esa noche.

Luego abrió la carpeta del Escritorio de la computadora donde guardaba los documentos digitales que había recopilado tras la muerte de padre. Algunas páginas en pdf de los principales titulares, y una hoja de Word con los comentarios de quienes escribieron al pie de las noticias publicadas en *La Prensa* y en *El Nuevo Diario*. También tenía un inventario donde guardaba todo lo que iba encontrando en el transcurso de los días posteriores a la muerte de su padre.

Escribió en su bitácora que debía conseguir una reproductora de VHS y se concentró en las fotografías; en unos libros ilustrado de la historia de la antigua Mosquitia, varios recortes de periódicos de diarios antiguos.

Por un momento sintió que había vuelto a la vida. El dolor de cabeza había cesado por completo. Ahora experimentaba la sensación de nirvana en la que todo le daba igual. Se sentía como un ente vacío yendo por la vida sin ningún propósito.

Se levantó del sofá, y se lavó la cara. Llamó de nuevo a Pascual sin tener éxito. Decidió salir al andén oscuro que conectaba con la calle principal de la colonia. Caminó en automático. Sus piernas caminaban por instinto y no logró darse cuenta de la calle donde se encontraba. Salió por una calle que daba a la carretera a Masaya. Allí le hizo señal a un taxi.

Y de pronto, mientras se acomodaba el cinturón, sonrió, agradeciendo para sus adentros la llamada de Pascual.

Por un momento temió perderse. Siempre le había costado dar con la ubicación exacta de la casa, pues quedaba en las afueras de Managua, en un residencial recién construido que se caracterizaba por su laberíntica distribución y solo se accedía a él en vehículo, pues de hacerlo a pie, se debía caminar un kilómetro entre barreras de concreto construidas en los alrededores del recinto. Gracias al bullicio que escuchó a media cuadra de distancia, pudo dar con la casa. Estaba a punto de tocar el timbre, cuando advirtió una caravana de autos blindados, por lo que tuvo que replegarse en una esquina de la propiedad, de lo contrario, habría sido atropellado por la jauría de Mercedes Benz verde olivo custodiados de dos patrullas policiales.

Presionó dos veces el botón.

Adentro el bullicio se hizo más escandaloso, y en medio de la confusión, tras abrirse la puerta, apareció la mano bruñida de pecas de su amigo.

—Pensé que no vendrías.

—Yo también pensé lo mismo.

—Ah, claro —dijo Pascual, abrazándolo—, pero si se trata de extranjeras por supuesto que vienes.

—¿Cómo va todo? —preguntó Boing, caminando por un trecho de piedra que daba a la terraza de la casa. Le llamó la atención la decoración de la casa. Hacía mucho no visitaba a su amigo; se preguntó de dónde pudo haber sacado Pascual el televisor en blanco y negro de los años ochenta; la *rocola* ubicada en una esquina de la terraza; la carrocería del bocho verde perico donde crecía una malla de buganvillas; los rótulos de coca cola de

los años setenta; la figura de los candidatos a la presidencia de Nicaragua del 90's; todas esas cosas le hicieron pensar que su amigo estaba más loco que de costumbre.

Luego se fijó en los contenedores instalados en un extremo del patio.

—Esa es mi biblioteca —comentó Pascual señalando el contenedor de la planta baja.

—Cada vez estás más loco —le dijo Boing, sonriendo, y destapando una cerveza.

—Anda, ven, te quiero presentar —respondió Pascual, ignorando el comentario.

Fue como si llegara por primera vez.

Todos conversaban en sus respectivos círculos de amigos. Pascual lo presentó con sus invitadas, quienes conversaban con dos conocidos de Boing.

—A estos sí los conocéis —dijo Pascual, enfatizando su acento frente a las españolas.

Boing saludó a Malapatria y a Royo.

—Apareciste, hijueputa —dijo Royo.

—Me sacó de las tinieblas —respondió Boing—. Pensé que estaban en Bluefields.  
¿Qué pasó con el viaje que comentaron aquella vez en el cementerio San Pedro?

—Nos vamos en dos semanas —dijo Malapatria.

—Vamos a tener una casa cerca de la bahía. Vení cuando querrás —dijo Royo, encendiendo un cigarro.

—Muchachas —dijo Pascual—, os quiero presentar a Boing. Él es mi amigo traductor. Del que les hablé, también escribe.

Boing sonrió y se abalanzó sobre las dos españolas. Una dijo que se llamaba Julia y la otra, Camila. Las dos contaron que estaban en el país por invitación de Pascual, quien durante su estancia en Madrid las convenció de que viajaran con él a Managua para trabajar

en un proyecto financiado por la cooperación española. Para entonces Pascual trabajaba como gestor de proyectos de restauración de edificios coloniales de las ciudades de Granada y León. Llevaba más de veinte años en la agencia. Contó que había vivido en varios países de Centroamérica, además de una temporada en Colombia y otra en Cuba. A sus sesenta años no se había casado, y entre los círculos de amigos se comentaba que había dejado plantada a dos prometidas. Lo suyo siempre había sido siempre la aventura, afirmó. Lo que ganaba lo invertía en decorar su residencia en Managua; y viajaba con frecuencia a Madrid porque su padre, que entonces tendría noventa años, lo amenazaba con desterrarlo de su apartamento en Chueca.

Por ello pasaba los fines de año en Managua y desde la cabina de un cibercafé, llamaba a su padre para saludarlo y confirmarle que se encontraba en alguna ciudad de España. Pascual afirmaba que se encontraba en Tenerife, otras veces en Barcelona. El padre agradecía que su hijo menor no fuera tan vago como afirmaban sus otras hijas.

Durante la conversación las españolas no pararon de reír. Cabecenan cada que vez Pascual contaba algo. O cada vez que Royo y Malapatria agregaban detalles a las aventuras de Pascual.

En un momento determinado de la conversación, Pascual se llevó a Boing a un extremo de la casa.

—Vení —le dijo—. Te quiero mostrar algo.

Subieron la escalera en forma de caracol.

Abrieron la puerta, y adentro Boing se encontró con un espacio cálido no solo para leer, sino para escribir y dormir. Nada que ver con su casa solariega de la Centroamérica, pensó. Se puso a hojear algunos títulos. Luego pasó a la sección de películas. A la de

música. Y algunos documentos desteñidos que Pascual había comprado a un vendedor de documentos antiguos de Honduras.

—¿Y esto? —Boing levantó unas páginas manchadas de amarillo carcomidas de una esquina presuntamente de polilla.

—¿Una copia de la independencia de Centroamérica? —dijo Pascual, presumiendo su tesoro.

—¿Cuánto te costó?

—Una pasta, joder. ¿Para qué preguntas eso?

—¿Cómo podés vivir aquí? —dijo Boing, abriendo un libro, tratando de pasar a otro tema.

—Hombre —dijo Pascual— es mejor vivir aquí que en ese maldito caos que ustedes tienen por ciudad. Me gusta vivir aquí por el espacio. Por la vista de la ciudad. Soy como Dios viéndolos desde aquí —Alzó la mano, apuntando hacia los dos volcanes que se levantaban por encima de las aguas del lago.

—No me refería a eso. Sino al país. ¿Por qué aquí?

—Otra vez con esa mierda. Ya deja de joder —respondió Pascual.

—Cada día tenés más chereques. Se ve que estás interesado en atiborrar esta casa de basura —Repasó los libros, la sección de música. Se detuvo en las películas cuando descubrió la filmografía cuasi completa de Chris Marker, seguida de una edición especial de la obra de David Hobsbawm. Parecía un niño dentro de una juguetería. Su impresión fue tal que abrió de tajo la caja del dvd de *Pobres niños que fuimos*, y en seguida se sentó a leer los créditos y las reseñas en torno a la película.

—Prestame esta película.

Pascual no respondió. Se encontraba en el otro extremo de la habitación.

Al no obtener respuesta, abrió la puerta, y encontró a su amigo saliendo del otro cuarto con un maletín entre sus manos.

—Préstame esta peli —dijo Boing, levantando el dvd.

—Mejor veámoslo aquí. Podemos decirle a Royo y a Malapatria. El próximo fin de semana. Que nos acompañen Julia y Camila.

—Te confirmo —dijo Boing, devolviendo el DVD a su caja.

Pascual lo llevó a un rincón del contenedor.

—Vení. Te quiero mostrar algo —dijo, sacando del maletín unos documentos.

En una mesa descansaba una vieja grabadora Sony, con la que Pascual solía grabarse leyendo poemas durante la noche, poco antes de dormirse. Su afición era sentarse a leer en voz alta y grabarse. Había ocasiones que a la mañana siguiente borraba lo grabado sin siquiera escucharse.

Sacudió el polvo del maletín; lo colocó a un lado del piso y sacó unas hojas sueltas.

—Esto es una joya, Boing.

—¿Qué mierda tenés allí? —dijo Boing, con el DVD de *Pobres niños que fuimos* en su caja.

—Una joya —repitió Pascual.

—¿Escribiste un libro? ¿Un artículo?

—No, pendejo —dijo Pascual, alzando la voz—. Para eso los tengo a ustedes.

—¿Entonces qué?

Pascual le alcanzó las páginas.

Boing empezó a hojear. Leyó que el artículo estaba en inglés, y pronto descubrió que Pascual había escrito frases en español en las márgenes del texto.

—Quiero que lo traduzcas —dijo Pascual juntando sus dos manos.



—Pero si ya lo hiciste —dijo Boing—. Estoy leyendo tu traducción —Le dio la vuelta a una de las páginas, y leyó en voz alta las páginas arañadas por la grafía de Pascual.

—Muy mala —añadió Pascual.

—Ni tanto —dijo Boing, pasando a la siguiente.

—¿Ya lo leíste? ¿Sabés qué es? —preguntó Pascual.

—Esto es ficción, ¿no? ¿Quién lo escribió?

—Mark Twain, pendejo.

—Ya veo. Pero no parece. ¿De dónde lo sacaste?

—De la biblioteca de mi padre. Tengo el original. Pero ése no lo traigo porque me lo pueden robar.

—Ahora hablemos de robos. ¿Quién se quedó con mi libro de Giovanni Papini?

—Solo lo tomé prestado. Te lo devolví. Debió ser Malapatria o Royo —respondió Pascual.

—O algún hijodeputa que no tiene misericordia de los que compran libros con el sudor de su frente —dijo Boing

—¿Qué querés hacer con esto? ¿Lo vas a publicar? ¿Seguís con la idea de montar tu editorial cartonera?

—No —respondió Pascual, sacudiéndose el polvo de las manos—. Te propongo que hagamos el viaje de Mark Twain. Si lees bien, allí se habla de un personaje. Un tal Mr. Brown.

—Pero eso debe ser un personaje de Twain —respondió Boing.

—Sí; pero se supone que es una crónica de viajes. Y ese personaje no vuelve a aparecer en sus libros. Ya lo investigué. ¿Qué te parece si hacemos el viaje?

—Puras locuras, Pascual. ¿Quién habrá sido ese tal Mr. Brown?

—Se llamaba Nelson —respondió Pascual con firmeza.

—¿De dónde sacaste esa idea de que el tal Mr. Brown se llamaba Nelson?

—En unos documentos perdidos de José Coronel Urtecho. Lo encontré en la Biblioteca Nacional. Es un texto que debió aparecer en *Rápido tránsito*, pero no se incluyó, vaya Dios a saber por qué.

—Ahora sí estás más loco que una cabra —respondió Boing.

—Déjate de mierdas, ¿le entras o no?

—No creo; pero puedo traducirlo. Te lo paso cuando lo tenga. ¿Y para qué lo trajiste?

—Para ustedes, que son unos esnobs. ¿Cuánto tiempo te llevaría traducirlo?

—Un par de días.

—Dale —dijo Pascual, levantándose por su cerveza—. A cambio te presto *Pobres niños que fuimos*. ¿Qué te parece?

—Démosle —dijo Boing, metiendo las páginas en un sobre manila que Pascual le había pasado.

Cuando bajaron las escaleras, fueron interceptados por Royo y Malapatria.

—¿Quién se la mamó a quién? —dijo Royo.

—La experiencia habla —respondió Boing.

—¿Qué carajo hacían allá arriba? —dijo Malapatria.

—Pascualito quiere que le haga una traducción.

—¿Y solo eso? —preguntó Royo, riéndose.

—Ya, cabrones —dijo Pascual, irritándose. Vamos por más cervezas. Dejen de joder.

—A ver —dijo Royo—. No te me pongás maluco.

—Tus amigas quieren salir —Le gritó Malapatria—. Ellas son dos y nosotros somos dos. Les tocará conseguir su respectivo elemento...

—Yo paso—dijo Boing, abriéndose camino entre los dos, en busca de una cerveza.

Metió el sobre en su bolso. Se arrimó a la refrigeradora para sacar una cerveza.

Una de las españolas se acercó a él.

—¿Dónde estabais? —dijo Camila.

—Arriba, con tu compatriota. Que está más loco que una cabra.

—Me parece divertido —dijo Camila, sonriendo y empujándose la botella.

Boing dio un trago largo de la botella de cerveza.

—¿Lugares para ir? —preguntó Camila.

Boing respondió mencionando una serie de bares. Nombres que a la española le parecieron exóticos: Gatopardo. La Invasión. Barcino. Aka-bar.

Camila fue en busca de su amiga. Y Boing se acercó donde se encontraban Malapatria y Royo para tomar una decisión en consenso.

Se despertó hasta la mañana del tercer día. Era un sábado. Lo supo porque tenía en el teléfono un recordatorio. Ese día había quedado de verse con Malapatria y Royo en el Akabar. Simón llevaba rato maullando, y aunque escuchaba con desesperación los maullidos del gato, no hizo sino taparse, darse vueltas, y seguir durmiendo. En un momento se preguntó si Pascual le habría llamado. Revisó el teléfono, no tenía llamadas perdidas, qué raro, pensó; y pasado un rato se levantó para darle de comer al gato.

Se dio cuenta de que era de noche. Salió al patio, encendió un cigarrillo y se quedó escuchando el sonido del televisor que venía de la casa vecina. Por lo que escuchó, supo que sus vecinos estaban viendo una telenovela mexicana, un drama desmesurado sostenido de lágrimas de una mujer que le pedía a su marido que no se llevara a su hijo. Se levantó y se dirigió a la puerta de la calle. Fue entonces que se dio cuenta de que la llave estaba pegada al cerrojo. Se preguntó cómo había llegado a casa. Solo tenía flashazos: de la casa de Pascual fueron al Gatopardo, donde estuvieron tomando un buen rato hasta que se movieron al Tres Tristes Tigres, donde se encontraron al Sueco, quien acababa de regresar de Canadá. Al Sueco lo encontraron tomando solo, en la barra, porque el lugar estaba full de gente ya que esa noche había concierto de Milly Majuc. Pero cuando llegaron el concierto ya había terminado. Así que se sentaron en una mesa, invitaron al Sueco, y las españolas se interesaron por las aventuras del Sueco viviendo en La Habana.

Los flashazos pararon. Luego se preguntó qué había sucedido después.

Y lo que sucedió no lo sabría sino varios días después cuando se encontró con Royo y Malapatria.

Según supo por sus amigos, una de las españolas se fue con el Sueco. En el bar se quedaron Malapatria, Royo y él, bebiendo. También estaba Pascual pero este conversaba con unos amigos españoles. Se encontraban en el Tres Tristes Tigres. El Sueco propuso moverse de sitio. Así que del Tres Tristes Tigres fueron a la casa del Sueco, la lujosa mansión del señor Ministro, a como el mismo Sueco llamaba a su padre, quien esa noche se encontraba fuera del país. Allí pasaron la mañana del viernes, tomando. Tuvieron que llamar más de cinco veces al *dealer* del Sueco, El Mulato, un tipo de Honduras que se jactaba de conseguir la mejor cocaína del país. El Mulato no solo los surtió de drogas, sino que les recomendó lugares de confianza donde se podría conseguir material de su misma red de distribución. «Sobre todo», les había dicho el Mulato, «si van estos bares cuyos dueños son amigos míos». El asunto es que el padre del Sueco llegó pasado el mediodía del viernes. Nadie esperaba que el señor Ministro regresara tan pronto. Al enterarse de que el Sueco y sus amigos tenían ocupada (o tomada) su casa, procedió a llamar a la policía y mandarlos a todos al distrito IV de la Policía Nacional. Nadie se salvó. Pasaron las siguientes cuatro horas encerrados tras las rejas, hasta llegó la madre del Sueco y pagó la fianza por todos.

Boing fue el primero en llegar a su casa. Así lo afirmaron Malapatria y Royo. Le costó trabajo abrir la puerta de la casa, y después de un forcejeo que duró varios minutos, varios vecinos salieron de sus casas para preguntarle si necesitaba ayuda.

Cerró la puerta de una patada y se tiró en la cama. No supo de sí hasta la noche siguiente, cuando se sentó a recordar los eventos y se enteró de que las llaves seguían pegadas a la puerta.

Releyó por tercera vez la carta de Mark Twain. La historia estaba sonando en su cabeza, como una historia real. Intentó cuestionarse si se trataba de una crónica fiel a los hechos, en especial por el personaje que había captado la atención de Pascual. Por un momento cayó en las conjeturas del Español, creyéndose incluso coautor de dicha historia, y que, por tanto, la historia del tal Nelson Brown se trataba de una invención del Español. Que era posible que se lo hubiera inventado. Pero en todo caso, le llamaba la atención, sobre todo porque su padre le había hablado del cementerio de Greytown, cuando el Caribe era un protectorado inglés. Alguna vez escuchó a su madre hablar del asunto. Pero de ella no podía fiarse, porque ella solía contar historias sueltas de las cuales no tenía nunca precisión.

Salió a caminar por los alrededores de la colonia. Entró en una cafetería. Se sentó a leer una vez más su traducción, memorizando ciertos episodios del relato de Twain. En su cabeza la historia estaba clara. El primer capítulo comenzaba con la llegada de Mark Twain al Pacífico de Nicaragua; luego se narraba la travesía del Pacífico a la costa del Atlántico a través del Río San Juan. Cayó en cuenta que era la misma ruta, la antigua Ruta del Tránsito de la cual se habían escrito centenares de artículos periodísticos. En esos días el gobierno había firmado un tratado con una empresa china para la construcción de un canal interoceánico, y se dijo así mismo que el relato seguía vigente. Encontró la conexión entre Twain, sus padres y las conjeturas de Pascual. Después de todo, se dijo, tal vez la idea de este pendejo no era descabellada. A Boing no le interesaba en absoluto los eventos suscitados a raíz del proyecto canalero. Le daba igual. Lo suyo eran los viajes, la traducción, y los libros de Historia. También disfrutaba mucho pasar algunas tardes con sus amigos en el Aka-bar. O dedicarse a *chelear*, el verbo más usado entre sus amigos.

De regreso a casa sacó del maletín los documentos de su padre. Se dio cuenta de que ahora había más documentos que la vez anterior; pero ese hallazgo lo atribuyó a su sobriedad. Colocó en el escritorio una serie de fotografías en cuyo reverso se leía el año, y una que otra nota. Hubo una que le llamó la atención, en la que él aparece en los brazos de su madre, en cuyo reverso se leía la letra «D», que Boing resolvió como Daniel, el hermano de su madre. Pero no estaba seguro. Tampoco le dio importancia al hecho.

Revisó los documentos. La libreta de su padre. Los casetes. Fue a buscar su grabadora periodística. En el primer casete se escuchó la voz de su padre seguida de una serie de palabras en una lengua difícil de descifrar. Boing escuchó que su padre se encontraba en una reunión con un grupo de hablantes nativos: les hacía una pregunta en inglés y los nativos respondían en su lengua. Arrancó una página de una de las libretas de su padre, y escribió las palabras que logró escuchar nítidamente.

Así escribió «Ulinguling»; «muksa»; «smaalung».

Adelantó la cinta y volvió a escuchar las palabras, pero esta vez conjugadas con frases en inglés que logró identificar con facilidad. Y así se dio cuenta que «smaalung», significaba «zorro»; «muksa» era igual a «sahíno», y «Ulinguling» equivalente a «mono congo».

«Entonces —pensó Boing— su padre intentaba registrar en audio ciertos vocablos nativos de la lengua *rama*». Recordó las anécdotas que su madre contaba de su estancia en el mismo lugar; y a diferencia de su padre, ella todavía vivía.

Pasó el resto de la noche transcribiendo los vocablos, como quien aprende sus primeras letras. Era ya medianoche cuando sobrevino el cansancio. Se fue a la cama, y poco antes de cerrar los ojos, repasó las palabras pronunciadas por los nativos que su padre

tradujo al inglés. Los vocablos ramas quedaron sonando en su cabeza. Tradujo mentalmente algunos al español: «zorro», «sahíno», y «mono».

A la mañana siguiente, tras despertarse y preparar café, marcó el número del Español.

—¿Te decidiste? —le preguntó Pascual.

—Estoy en eso. Aún no sé; pero necesito pedirte un favor.

—Lo que queráis.

—Se te salió lo español.

—Solo cuando hablo con vos.

—Necesito una videocasetera de VHS.

—¿Sistema de Video Casero? —preguntó Pascual.

—Es la misma mierda —respondió Boing, levantando la voz.

—¿Y cómo sabés que yo tengo una?

—Porque vos coleccionás esas cosas. Estoy seguro de que tenés una. Si no, ¿podés ayudarme a conseguir una?

—No tengo...Pero conozco a alguien que tiene una. Te lo puede convertir a DVD.

¿Para cuándo lo necesitás?

—Para hoy mismo.

—Hoy no. Voy a la Biblioteca Nacional a buscar unos libritos que quiero fotocopiar. Por cierto, ¿has leído el texto?

—Ya lo traduje.

—Bravísimo, pues. Mañana paso por los VHS y te dejo *Pobres niños que fuimos*.

—Ya se me había olvidado.

—¿La quereis o no? —preguntó Pascual.



—Que sean las dos cosas, pues.

Boing colocó el teléfono sobre la mesa.

Sintió el piso frío, algo raro, pensó, pues en esa casa siempre hacía calor. Luego ordenó de nuevo las fotos y abrió al azar uno de los diarios de su padre: las páginas amarillentas le devolvieron a un lugar del cual no tenía memoria, pero del cual sí constaba haber estado allí gracias a la fotografía en la que aparecía en brazos de su madre. Por primera vez en mucho tiempo pensó en su madre, si estaría bien, si seguiría en el mismo lugar. Hacía mucho que no sabía de ella. Lo que le gustaba después de todo era recordar ciertos detalles de la vida de sus padres. Reconstruir ciertos episodios, los viajes al mar y los paseos en la plaza central de León. No recordaba mucho pero le interesaba la sensación de sabor a gloria por el simple hecho de recordar. De hacer memoria. No era un nostálgico. No. Eso no. Se lo repetía con frecuencia. Nostálgicos los viejos, decía, aquéllos que no dejan de hablar de sus años gloriosos de militantes, de revolucionarios, de marxistas y de exitosos. Todo eso le parecía superficial, absurdo.

Ahora se sentía bien consigo mismo. No lloraba la muerte de su padre. Tampoco le extrañaba. Pero sí añoraba conversar con su madre. Por ello volvió a recordar la última vez que había conversado con ella. No encontró el dato concreto, solo las situaciones que su madre narraba durante la conversación. Situaciones inconexas que al él le desconcertaba. Vio hacia la mesa: la foto de sus padres juntos le hizo sonreír. Porque después de todo, se dijo, la vida se reduce a esto. Movié la foto, los materiales expuestos. Acto seguido Simón saltó sobre la mesa como un paracaidista inadvertido y se estiró, lanzando las libretas y los cassettes al piso.

Boing se levantó, y salió al patio a fumarse un cigarrillo mientras Simón hacía lo suyo.

Pascual se apareció por los alrededores de la colonia Centroamérica.

Esa noche Boing se encontraba fuera de casa. Pascual dejó el paquete en un rincón del porche. Escribió una nota que después pegó en la puerta principal, en la que se disculpaba y especificaba que aún no miraba el contenido de los videos, por tanto instaba a Boing a verlos, y que, de cualquier manera, si había problemas, podrían hablar con su amigo.

Esa misma noche, después de arrancar la nota pegada en la pared, Boing se sentó en el sofá, sacó la computadora y abrió el paquete que Pascual había dejado en el porche. Se dispuso a ver *Pobres niños que fuimos*. Ya no recordaba las escenas. Recordó, sin embargo, haber leído un cuento en homenaje a la película de David Hobsbawm, donde una pareja habla de un hermano ausente y el final de la historia —recordaba Boing— se sincronizaba con el inicio de la película: un niño que busca con desesperación a su padre entre la multitud; y luego, recordaba Boing, las largas escenas de padres e hijos en el mismo internado, comunicándose desde la locura con la mirada, con el silencio y con los largos paseos por un jardín descampado.

Más tarde llegó Simón, implorando comida, por lo que tuvo que levantarse para servirle al gato. Se quedó un rato dormido; y solo hasta la mañana siguiente, se puso a ver los videos de su padre. Lo hizo después de bañarse, después de enviar unas traducciones para una empresa de energía renovable, justo cuando Simón ya se había marchado a

merodear en el vecindario y cuando la señora de los quehaceres de la casa (quien llegaba tres veces a la semana) había limpiado, y ordenado el estricto desorden de la pieza.

Y allí estaba otra vez, él, junto a su madre, como en las fotografías que daban fe de un tiempo ido. De un tiempo imposible de reconstruir. La voz del mar rompiéndose contra las rocas y una mujer gritando, *ven, no te vayas hasta allá*. La cámara apuntando hacia el rostro de la mujer, y ella diciendo *este es Erick, ¿te acuerdas de él? Ya tiene seis años, nos fuimos de casa sin avisarte porque no teníamos tiempo. Era de vida o muerte. Tal vez exagero*. El niño corría huyendo del agua, jugaba a atrapar cangrejos, a lanzarse en la mancha de agua sobre la arena de la mañana, de las primeras horas de la mañana. De nuevo la mujer, diciéndole a su interlocutor invisible: *Mira a Erick... Erick ven, ven, saluda a la cámara, Say hola*, y el niño metiéndose entre las rodillas de su madre, ocultándose del mar, de la cámara acosadora; de los pelícanos que sobrevolaban el cielo como aves de rapiña en busca de algún cadáver. Luego unos troncos varados en la playa, como delfines encallados, retorciéndose con las olas y siendo arrastrados hacia la profundidad del mar.

—¡No quiero! —gritó el niño. Y corrió de espaldas a la cámara, perdiéndose en un grito agudo emitido por la madre ordenándole que regresara; que no se fuera tan lejos, que era peligroso. La cámara fue arrojada a la arena y ahora se veía los pies de la mujer corriendo detrás del niño, la espuma incesante marcando el vientre de la arena.

Congeló la escena en que la madre corría detrás del niño. Puso algo de música en el reproductor de la computadora, y se dirigió a la cocina por un vaso con agua. Una bandada de niños jugaba en la acera, algunos gritaban, hasta entonces se enteró de que tenía nuevos vecinos, unos niños que a partir de esa mañana insolentaban el andén con sus juegos vespertinos. Desde la cocina escuchó una canción que bien pudo haber sido el *soundtrack*

de la escena recién vista, pero era demasiado deprimente. Así lo pensó cuando escuchó con atención la letra, perdiéndose en el vacío de la sala, fundiendo su silencio con el eco de los niños gritando en el andén.

El otro video demoró en reproducirse. Tuvo que descargar una actualización para que la película corriera sin ningún problema y pasar a una escena de sus padres juntos, viajando en automóvil, su madre enviando mensajes a sus familiares en Estados Unidos, y enfocando a su padre, a Thomas Boing, quien manejaba el jeep por un estrecho camino de piedra, con destino a un peñasco. Al llegar al despeñadero el video se detuvo. Boing tuvo que adelantarlos. Se reanudó cuando el niño apareció en otra escena; ya no era la misma escena del despeñadero. Ahora estaba en un cumpleaños, algún familiar (¿quién?, se preguntó Boing, mientras se acercaba a la pantalla) estaba cumpliendo años. Por la piñata supuso que debió ser un niño; luego se enteró de que había sido un primo suyo a quien no había visto en mucho tiempo. No recordaba ni siquiera su nombre, tampoco sabía quién era.

Adelantó la película hasta dar con una procesión religiosa en León. En el video aparecía un paneo de la catedral, de la plaza central, luego una interrupción que daba con una Virgen cargada por seis hombres saliendo de una iglesia que pudo identificar como la Iglesia de la Recolectión. No esperaba que su madre fuera tan devota, porque la recordaba atea o agnóstica.

La mitad del último DVD mostró escenas de un puerto en plena decadencia. Supuso que se trataba de Bluefields azotado por el huracán Joan, según descubrió conforme avanzaba la película. Escribió en su libreta «Huracán Joan. 1988», y la película se reanudó, aparecían sus padres recorriendo las calles de Bluefields en víspera del huracán Joan, como una forma de registrar lo que quedaría como recuerdo de aquella ciudad azotada por el

ciclón. En su cabeza armó una imagen del antes y después de la ciudad y le llamó la atención el año. El mismo año que él había nacido.

Bluefields no era el mismo lugar que había visto en los videos registrados por sus padres. Así lo pensó al llegar aquella tarde, dos semanas después de que Pascual le entregara los videos y las cartas de viajes de Mark Twain. Después de aquella mañana en la que se sentó a ver los videos de sus padres, las fotografías y los documentos, llamó a Pascual para decirle que había recibido el paquete. Le agradeció el favor, y diciéndole que sí, que podían realizar el viaje, le pidió a éste las coordenadas. Pascual, inseguro de la decisión repentina de Boing, le insistió en que podía pensarlo.

—Estaré varios meses en Managua. No tenéis que hacerlo ahora mismo —le había dicho Pascual.

—Ya lo decidí. Si no lo hago ahora, no lo haré después.

—Pero a ver —preguntó Pascual—. ¿Por qué queréis hacerlo?

—Hablé con los de *El Nuevo Diario* —mintió Boing—; me pagan la mitad del boleto y podemos escribir una crónica del viaje de Mark Twain. Pero eso te entusiasma más a vos que a mí...

—Ya lo creo. ¿Lo vais hacer por Thomas?

—Por las dos cosas. ¿Le damos sí o no?

—Démosle —dijo Pascual, agregando que no se fuera a arrepentir.

—Ya te dije que sí. Solo dame unos días días para arreglar un par de cosas.

—Hecho —le dijo Pascual, desde el otro lado de la línea.

Para entonces Pascual se encontraba en Matagalpa, inaugurando una biblioteca rural en un pueblito de los alrededores de la ciudad. Boing no le dijo en la llamada a Pascual que, entre los papeles heredados de su padre, había encontrado una libreta con sendas notas

respecto a las crónicas de Mark Twain; así como un ejercicio de reconstrucción de hipótesis sobre el posible paradero de Nelson Brown, así como información del Comando Cero, un batallón de ex contrarrevolucionarios que no entregaron las armas en los años 90's, pues la misión del Comando —según las notas del padre— era lograr la independencia de la antigua Mosquitia, y defender del Ejército a las comunidades aledañas.

Boing solo habló de esto con Malapatria, una noche en que se encontraron en el Gatopardo, para celebrar el cumpleaños de Royo.

—¿Vos sabés lo que eso significa? —le dijo Malapatria esa noche, mientras Royo intentaba conquistar a una suiza que estaba de paso por Managua.

—¿Significar qué? —preguntó Boing.

—Meterte a ese lugar. Nadie se mete allí. Eso es meterse a la patas de los caballos.

Se nota que no tenés idea. Mirá que por eso...

—Mataron a Thomas.

—Vos mejor que nadie sabés cómo se está poniendo la cosa allí. Con esto del Canal, y toda esa gente que anda armando trifulcas y marchas contra el gobierno...

—¿Y eso qué, jodido?

—Pues nada. Pero allá estaremos nosotros. Podemos hospedarlos un par de días. No le digás nada al Español. Que ése se lo cuenta a todo el mundo y te puede meter en problemas.

—No pensaba decirle nada.

—Mejor. Ya ves lo que nos hizo la otra vez: le dijimos que Royo y yo escribiríamos un texto sobre el Banco Oriental que otorga créditos a cambio de órganos humanos y le contó a todo el mundo; al punto que todos hablan de un libro que jamás se escribió y nos metió en problemas con los chinos.

—Pero eso es culpa de ustedes.

—Pues sí —dijo Royo, agarrando a la suiza de la mano, y llevándosela a una esquina. Luego regresó a la barra.

—Me voy con esa maje —dijo Royo—. ¿Te veo al rato?

—Mejor nos vemos en Bluefields.

—Aprovechá tus últimos días en Managua —dijo Royo—. No sabemos lo que nos espera en Bluefields.

—No se lo vayás a contar al Español.

—¿Qué? —preguntó Royo.

—Esto que te acabo de contar —respondió Boing.

—Nunca en la vida —dijo Royo—. Si yo soy el que te da ese consejo. Ese es zafado.

Royo salió del bar abrazado de la Suiza. Boing llamó al mesero.

—A propósito —le dijo Boing al mesero, cuando éste recogió las botellas—. ¿Has visto al Sueco?

—El Ministro lo corrió de la casa.

—No era para menos. Se nos pasó la mano. ¿Dónde vive ahora?

—En la casa de su mamá. Pero dicen que se va ir; eso fue lo que me dijo hace unos días que vino a tomarse unas cervezas.

—Vaya historia la del Sueco y la del señor Ministro —dijo Boing alcanzándole un billete al mesero.

—Ese hijueputa tiene la vida resuelta. Y que sea hijo único lo pone en ventaja.

—No lo creo —dijo Boing—. Mirame a mí, no jodás. Hijo único y peor que el Sueco.



—Lo tuyo es otra cosa, mi Boing.

El mesero se marchó y al rato regresó con dos cervezas más.

—Voy a cerrar temprano. Esto está palmado —dijo el mesero.

—Solo me tomo esto y me jalo —dijo Boing, empinándose lo que quedaba de su cerveza—. Si ves al Sueco decile que pregunté por él. No le digás nada de Bluefields.

—No prix, no hay falla.

—Mejor —dijo Boing, apartando la botella.

El segundo día en Bluefields Malapatria y Royo le enseñaron a sus invitados el lugar. El puerto se recorría en dos horas caminando, haciendo pausas de diez minutos en los que Malapatria se detenía a contar ciertas historias de edificios y casas de estilo colonial inglés que habían sobrevivido al Huracán Joan. Entonces Boing, mientras escuchaba a Malapatria explicar los detalles de las casas, las ubicaciones y las historias que él mismo había escuchado de los lugareños durante las semanas de su estancia, intentaba ubicar la calle donde Thomas y Luise Williford aparecían en las fotografías en blanco y negro que él guardaba en su apartamento de la colonia Centroamérica.

Entraron al Bukanero, donde Royo presentó a los foráneos. Malapatria y Royo se movían entre los bares como si llevaran años viviendo allí. Apenas llevaban dos semanas y ya se comportaban como los caciques de los bares más conocidos del puerto.

En Bluefields corría el rumor de que los «pañas», como los lugareños apodaban a los que venían de Managua, eran los primeros en abrir, y cerrar los bares del puerto. Comenzaban en el Bukanero, seguía la Gaviota, el Capitán Morgan y Cuatro Hermanos.

En su primera noche en Bluefields, Pascual y Boing no llegaron a conocer los demás bares, pero tuvieron tiempo de hacerlo, pues necesitaban el permiso de zarpe y la autorización de parte del gobierno regional para poder ingresar a las zonas de Bangkukuk Taik. Por ello, durante los siguientes días, Pascual y Boing lo repartieron en dar vueltas como hamsters por las mismas calles; la mayor parte del tiempo lo pasaban en el Bukanero, sobre todo Boing, quien llegaba desde temprano, y en las tardes, según contó después el mesero del Bukanero, se perdía entre los archivos del centro de documentación de la ciudad que lindaba cerca del muelle de Bluefields. Así llegó Boing a descubrir una publicación

hasta entonces inédita de la crónica de Mark Twain por su paso por Nicaragua publicada en el *The Sentinel*, un periódico fundado por el mismo Nelson Brown que duró apenas un año. Las conjeturas de las historias narradas por su padre en sus diarios se abrieron a otras posibilidades que Boing constató durante esos días en Bluefields, ya que en los diarios de su padre se hacía referencia a la historia de Lord Nelson, o Horatio Nelson antes de ser Lord Nelson, quien se tomó en 1781 la fortaleza del Castillo, una victoria que no debió durar mucho pues el cólera había diezmado a sus soldados vencedores, por lo que el futuro Lord Nelson tuvo que regresar a Jamaica. Así lo leyó Boing en el diario de su padre, que después constató con los recortes de periódicos, usando como fuente un reportaje del *New York Times* y en las crónicas escritas en torno a las constantes invasiones de piratas ingleses que amenazaban con tomarse la fortaleza del Castillo a través del Río San Juan de Nicaragua.

En algún momento Boing cayó en cuenta que regresar a los mismos archivos consultados por su padre, era volver a las páginas que hablaban de esta tierra que sus amigos llamaban «tierra indómita»; el Caribe, sí, las tierras de las que tanto escuchó en las reuniones familiares, principalmente por su padre, quien no dejaba de mencionar el trabajo que éste hacía en los linderos del Caribe sur. *La Tierra Indómita* había sido también el título que su padre había escrito sobre el Caribe en sus diarios. Boing pronto descubrió que esa tierra indómita no solo era por las armas con que la selva se defendía de sus depredadores, sino por la resistencia rama, por el Comando Cero que se resistía a la construcción del canal interoceánico y por la geografía accidentada de la selva como una forma de resistirse a la obra de construcción canalera.

Durante los días de espera del permiso de zarpe, mientras se ocupaban de encontrar un lancharo confiable que los llevara a Bangkok Taik, Pascual se pasó los días enteros

apostando con los pescadores que, después de una jornada fructífera de pesca en las afueras de la bahía, se sentaban a jugar póker con el Español.

Pascual siempre fue bueno con las cartas, con los juegos de azar, su vida era producto del azar (repetía a sus amigos), y por ello llegó a apostar todo lo que llevaba consigo contra la voluntad comprometida de los pescadores. Pascual propuso que quien perdiera lo llevaría a Bangkok Taik sin cobrarle ni un solo céntimo. Y una de esas tardes, el azar (según había dicho) lo llevó a ganar una partida de póker que lo hizo brincar de alegría, restregándole su triunfo a los pescadores, y estos, a la vez, malhumorados, rifándose entre ellos, la obligación de la apuesta perdida.

En esos días en Bluefields, Royo y Malapatria impartían un taller de periodismo, y se ocupaban de entretener a los alumnos de distintas etnias con las posibles formas de contar una historia desde el periodismo, desde la crónica. Se atrevían a dar ejemplos concretos entre una crónica y un relato de ficción. Pero era Malapatria el que más hablaba con desprecio de las crónicas en el istmo. Nadie entendía cómo dos filólogos estuvieran en ese lugar dictando un taller de periodismo sin haber ejercido nunca la profesión: aunque, a juzgar por el planteamiento de Mapalatria, el filólogo entendía mejor el oficio del periodismo. Eso fue lo que repitió en una conversación en el Bukanero, sentados los cuatro, discutiendo sobre el Caribe, el periodismo, la exótica historia de los padres del Sueco, entre otros menesteres.

—Vos sabés bien —dijo Malapatria, levantando la voz— que un filólogo entiende mejor el oficio.

—Pero no lo ejerce —señaló Boing, con sorna.

—Y eso qué tiene que ver —exclamó Royo.

—Como Pascual; que todavía quiere montar una editorial sin saber nada de edición.

—Es que ése se dedica a gastar el dinero en tonterías.

—Igual que el Sueco —profirió Boing.

—Ése más bien es un caprichoso.

En algún momento todos se callaron callados.

—Bueno, señores —dijo Boing, reanudando la conversación. Mejor cambiemos de tema, o esto va terminar incendiado...—Miró a Malapatria, que se levantaba al baño.

Pascual era el ausente de esa noche. Había dicho que debía verse con una amiga, por tanto, fue el tema de la siguiente discusión que fue prologándose hasta la medianoche, cuando salieron del Bukanero con destino al Oasis, el bar que quedaba a orillas del muelle.

En el interior del casino, Boing escuchaba el remanso de los botes meciéndose con el agua; y escupiendo desde la ventana del local con vistas al muelle, se quedó viendo las luces de las casitas de madera construidas al otro lado de la bahía, en El Bluff.

—¿Qué hora es, mi hermano?

Malapatria quiso decirle que temprano, pero el sol ya calentaba y los pájaros ya habían cesado su coro. Tuvo que decirle casi el mediodía, a lo que Boing respondió de un salto. Vio hacia el interior de la habitación, las camas bajo los mosquiteros estaban vacías; de la frente de Malapatria advirtió un hilo fino de sudor resbalando hacia la mejilla.

—Puto calor de mierda —dijo Boing, poniéndose los zapatos—. ¿Y los demás?

—Royo fue al muelle, a comprar unos camarones para hacer una sopa. Esta goma hijueputa. No la aguanto. ¿Vos estás bien?

—Mejor que nunca —dijo Boing poniéndose la camisa.

—¿Y el Español?

—Dijo que iba a la comisaría a ver si les dan por fin el permiso de zarpe. No creo que se lo den.

—¿Por qué?

—Porque escuché en la radio de que hay fuertes vientos y que no están dejando salir a ningún barco.

—Ojalá que no haya vientos en la noche.

—Ojalá, no jodás. ¿Vamos a tomar algo? —dijo Malapatria, metiéndose al baño para echarse agua en la cara.

Salieron de la casa, y se metieron por un callejón en cuya canaleta corría un hilo negro de agua putrefacta. Por primera vez en varios días sintió la sensación de repugnancia de estar en aquel lugar; a mitad de camino vislumbró una jauría de perros persiguiendo a un

hombre que cargaba un balde repleto de pescados. Siguieron andando hacia el muelle, a un restaurante donde pasaron el resto del día, recuperándose de la resaca.

Pascual no apareció hasta en la noche, con la noticia de ya tenía al lancharero.

Habían acordado de verse en el Bukanero. El Español insistió en que no debían preocuparse, explicó a los demás que había ganado el viaje en una apuesta. Boing quiso enojarse al enterarse de la apuesta de su amigo, pero desistió, no había caso, pensó, porque de todos modos él guardaba su dinero y Pascual se hacía responsable de lo suyo.

Esa noche, a diferencia de las otras, Boing no tomó; pero sí fumó como un maniático, ansioso, preso de sus dudas. En algún momento de la noche, Royo le pidió un favor. Dijo que debía hacer una vuelta; pidió que lo acompañaran.

—Yo paso —dijo el Español, señalando con la cabeza a Boing, quien se encontraba sentado en la acera fumando.

—¿Me acompañas a hacer una vuelta? —dijo Royo.

—¿Drogas?

—Más o menos... —dijo Royo.

Boing se levantó de la acera. Caminaron por una calle débilmente iluminada por el alumbrado público.

Al llegar al sitio indicado, Boing tuvo la sensación de paniquearse.

—¿Seguro que es aquí? —le preguntó a Royo, mientras éste le daba las instrucciones al conductor.

—Aquí me dijeron.

—Bueno pues, ojalá no nos jodan.

Salieron del carro. El conductor alcanzó a advertirles de que tuvieran cuidado; porque allí habían matado a un tipo hacía un par de semanas. A media cuadra de distancia, a través de la ventana de una casa de estilo colonial inglés, se encendía y apagaba una luz.

—¿Es allí? —preguntó Boing.

—Supongo... —dijo Royo, viendo hacia la habitación de la casa y preguntándose si esa era la señal—. Solo falta que este maje no esté.

—¿Lo conocés? —preguntó Boing, intrigado.

—No ... La verdad no —respondió Royo viendo hacia todos lados y cruzando la calle.

De pronto, Boing sintió una sombra aproximarse a ellos.

—Te dije que vinieras solo —dijo la voz detrás de ellos.

Boing se volteó. No logró ver el rostro del hombre; estaba oscuro. El hombre se metió a un auto estacionado a orillas de la casa.

—Vengan —dijo el hombre.

Royo se sentó en el copiloto. Boing atrás de Royo.

—¿Y este man, qué onda? —preguntó el tipo. Boing lo vio por el retrovisor derecho gracias a un chorrillo de luz que bajaba de una luminaria del alumbrado público.

— Es amigo mío —dijo Royo, ofreciéndole un cigarro al Costeño.

—No fumo. Bueno, tabaco no.

—¿Cuánto querés? —preguntó el costeño.

—Quinientos. Lo traigo completo.

—Dejá bajo —dijo el costeño; y abrió la puerta suavemente.

—Ah, por cierto —alcanzó a decir el Costeño—, cualquier cosa el carro es de ustedes. No me conocen.



«Cualquier cosa el carro es de ustedes», repitió Boing desde el asiento de atrás, con el cigarro sin encender entre sus dedos, mientras Royo le daba vueltas a la manivela para bajar la ventana.

—¿Qué hacés si nos agarra la policía? —dijo Boing, devolviéndole el cigarro a Royo.

—¿Qué vamos a hacer? Ni verga. Si ya estamos aquí. Vos quisiste venir.

—Pues sí —dijo Boing soltando un silbido nervioso.

—Mirá —dijo de pronto Royo, exhalando el humo—, si nos agarran nos agarran. Lo peor que puede pasar es que nos agarre un hijueputa que no sea policía y nos confunda con el negro Jack.

—Ya —dijo Boing—. Así que el Costeño se llama Jack. El Negro Jack.

—Así le dicen. Tampoco creás que les pido a los dealers la cédula de identidad.

—¿Y le tenés confianza?

—Es la primera vez que lo veo. Mejor callate... Dejá de ponerme nervioso. Estoy igual que vos. Es primera vez que lo veo. No te ahuevés.—Dio una calada honda al cigarro y continuó—: Aquí todos se conocen. Estoy seguro que todos los vecinos saben quién es el negro Jack; saben su verdadero nombre...—Se calló un momento, viendo desde el retrovisor un carro que venía lentamente hacia donde ellos; por suerte dobló una cuadra antes—: En esta ciudad es distinto. ¿Vos creés que la gente se siente identificada con nosotros? Para los costeños somos unos hijueputas «pañas». —Se quedó callado un rato. Lanzó la colilla a la cuneta; luego continuó—: Además, te aseguro de que el negro Jack conoce a los dealers de Managua. ¿Vos creés que no están conectados? Recordá al Mulato, en la casa del Sueco. Vos no te acordás porque ese día tenías el cerebro molido.

Royo continuó hablándole a Boing, que equivalía a calmarse a sí mismo. En eso estaba cuando alguien abrió la puerta.

—¿Qué? ¿Vino alguien? —dijo el negro Jack, acomodándose en el asiento—. No se cabreen, si estamos entre hermanos...

Encendió el motor del carro.

—¿A dónde vamos? —preguntó Boing, nervioso.

—A dar una vuelta. No te me pongás al brinco negrito.

—¿Podés dejarnos en el centro? —preguntó Royo, calmado, con confianza.

—Ya me agarraste de taxero. ¿Qué pues?

—Solo era un favor —dijo Royo, sonriendo.

—¿En el Bukanero? —preguntó el negro Jack, virando en una esquina.

—Por favor —dijo Boing, retorciéndose y respirando aires de tranquilidad.

Salieron temprano. Se habían preparado desde la noche anterior. Al final habían conseguido el permiso de zarpe y gracias a las gestiones del Español consiguieron que el traslado fuera gratis, en parte porque Pascual había ganado la apuesta y en parte porque el lancharo debía viajar a Monkey Point, y puesto que Bangkukuk Taik está a quince minutos del puerto de Monkey Point, salieron esa mañana de sábado rumbo hacia el Caribe Sur.

El lancharo intentó esquivar los lomos de las aguas y mientras fueron adentrándose a mar abierto eran sacudidos por la fuerza de las olas. Luego el viaje pareció tranquilo, pero al llegar a Monkey Point tuvieron un contratiempo. El Ejército les pidió los documentos de rigor. Entre ellos, el permiso de zarpe y los documentos de identidad. Al Español le ofendió de que le pidieran los documentos en un lugar inhóspito. Dijo que no los tenía consigo, porque él también era nicaragüense. Hizo su mejor esfuerzo por imitar el acento nicaragüense pero su cabello entrecano y el color de su piel lo delataron. El Español insistió en que él era de Managua, del Crucero. Aclaró que también tenía nacionalidad española. Que tenía doble nacionalidad.

—Pero usted es español no nicaragüense —le dijo el oficial y el comentario del uniformado provocó la ira del Español. Se levantó de la panga y de inmediato el oficial le apuntó con la boca del Ak- 47 que colgaba de su hombro. El Español volvió a sentarse.

El oficial dijo que debía consultarlo con su jefe, que no podían dejarlos pasar más allá de lo permitido. El Español comenzó a despotricar contra todos; y al llegar a oídos de los uniformados, decidieron bajarlo de la lancha. Lo empujaron con la boca del arma y lo metieron en una caseta.

Boing pensó que no lo dejarían salir. Después de un largo rato de espera, vio a Pascual caminar de regreso acompañado siempre de los mismos militares.

«Putá», se dijo, «pensé que lo joderían».

—Me regreso —dijo Pascual.

—¿Cómo así?

—Estos gilipollas... —dijo entre dientes— me van a regresar a Managua; que porque no tengo pasaporte y no me aceptan la cédula falsa...

Boing hizo el ademán de explicarle a los oficiales la situación migratoria del Español pero no lo dejaron. Le ordenaron que se quedara sentado, donde había permanecido la media hora de espera. Le explicaron que él podía seguir el viaje, mar abajo, pero el Español debía ser trasladado primero a Bluefields; luego a Managua.

Boing comenzó a preocuparse, pero luego se dijo así mismo que era mejor así. De algún modo entraría solo a las tierras donde su padre había vivido; estaba a pocos kilómetros, y lo peor que podía pasar, pensó, era que el Español lo entorpeciera todo.

Acordaron de que se verían en Managua. Boing calculó que estaría de regreso a la capital en aproximadamente un mes. Pascual le explicó la ruta que debía tomar, el rumbo que debía seguir. Éste le dio varias coordenadas que no estaban en los mapas, porque él ya había hecho esa ruta.

Boing sacudió la cabeza.

—¿Cómo así? —le preguntó—. ¿Vos ya estuviste aquí?

—Sí —dijo Pascual—. La primera vez no me pidieron documentos, ahora se pusieron más cabrones.

—En última instancia —dijo Pascual dándole un mapa—. Os veo en el Río Frío, donde murió José Coronel Urtecho.

—¿Seguís con eso?

—Allí estaré —dijo Pascual, virando en dirección a la caseta.

—¡Putita! —exclamó el lanchero—. Yo no tengo nada que ver con ustedes ¡y qué me para el ejército!

—Se lo pagaré doble —dijo Boing, acomodándose en la proa mientras el lanchero encendía el motor.

La lancha comenzó a crear pequeñas trenzas en el agua. Boing divisó la espalda de Pascual; ahora el viaje era suyo; ahora debía pasar los siguientes días solo. Experimentó la satisfacción inaudita que le provocaba la idea de encontrarse solo en aquel lugar alejado de la mano de dios y del diablo. El lugar donde había vivido su madre. El lugar donde había muerto su padre.

De Bangkukuk Taik a Greytown

La primera detonación se escuchó poco antes de que los gallos cantaran; fue como si alguien hubiera lanzado una bomba en el agua, un cañonazo desprendido de algún buque pirata, y de inmediato, cuando Boing escuchó el griterío del pueblo, se levantó de la hamaca donde intentaba dormir, pues había pasado la noche en vela, puesto que en cuanto llegó, la comunidad entera le hizo una fiesta de bienvenida que se prolongó hasta la madrugada; y de esa hamaca que yacía colgada de dos troncos, con un mosquitero encima, saltó y se apoyó en la ventana. La gente corría en bandada. Vio un grupo de militares que bajaban de una lancha.

Corrió hacia la planta baja; todavía en camisola, con el torso brillante y preguntó qué estaba sucediendo. Los militares, dijo una mujer, corriendo, agarrando de la mano a uno de sus hijos; es el Ejército, hace una semana y media vinieron, prosiguió la mujer, vienen a buscar a un hombre que aseguran lo escondemos nosotros.

Boing comprendió que ese hombre no era alguien imaginario, pues en Managua había escuchado de él; el Jefe, así lo apodaban, comandante en Jefe, decían los lugareños, de un comando acusado por el Ejército de oponerse a la construcción del canal interoceánico y apoyado por los nativos ramas. Decían que dicho comando compraba armas con fondos de la mafia maderera. Había opiniones encontradas. Lo justificaban no solo quienes eran parte de dicho comando, sino los lugareños, quienes habían ideado un método para esconder a dicho hombre entre los manglares. Pero ese hombre sonaba a un fantasma pues nadie nunca lo había visto merodear en el pueblo.

Los soldados revisaron casa por casa, buscaban al Jefe.

«Aquí no hay nad», dijo uno, con el Aka 47 alzada.

—Vos estuviste ayer en Monkey Point...—dijo el soldado, revisando los documentos de Boing.

—Sí —dijo Boing—; a mi acompañante lo regresaron a Bluefields.

—Ah, el español, ése —respondió el militar.

—¿Qué pasó con él?

—Debe estar en Managua. Agradecido debería de estar ese loco. Los extranjeros que vienen a este lugar no saben de lo peligroso que es este sitio.

—¿Peligroso por qué? Yo veo que todo está bien.

—Acabás de llegar; andáte con cuidado. No te fiés de esta gente —El soldado le devolvió sus documentos—. Si sabés algo, avisanos.

—¿Y cómo lo hago? Si ni teléfono hay aquí...

—Vamos a estar viniendo con frecuencia.

—¿Cuándo?

—Eso es secreto. No podemos revelarlo. De que lo agarramos, lo agarramos.

El soldado bajó los escalones. Conversó con uno de sus compañeros que esperaban abajo. Le dijo algo al oído. El otro respondió con el radio en la mano. Volteó hacia arriba y le movió la cabeza a Boing.

De un momento a otro todo volvió a la normalidad. Los siete soldados regresaron a la lancha, rumbo mar abajo; y Boing escuchó los rumores de la gente en una lengua que no entendía; la misma lengua que su padre había tratado de recuperar y traducir en aquellos audios donde se escuchaba la voz del hombre que, según los lugareños, había muerto en el mismo lugar donde ahora reposaba el hijo.



Los niños escuchaban con diversión las voces que provenían de la grabadora. Uno de ellos sonrió, le divertía que aquel aparato negro que Boing tenía en su mano emitiera frases que solo ellos entendía. Un niño sin camisa, en short, preguntó quién había grabado aquellas palabras que guardaban parentesco con el lenguaje que ellos aprendían de sus abuelos.

—Mi padre —dijo Boing, pausando la grabación, y acomodándose el pantalón.

Estaba sentado en un tronco de Guanacaste. El sol comenzaba a despuntar; el rugido del mar se escuchaba de cerca y el horizonte se ocultaba entre los promontorios de la resolana. Un espejo azul combinado de una mata oscura.

Boing reanudó la conversación con los niños.

—¿Ustedes conocieron a Thomas Boing?

Tres niños negaron con la cabeza.

Pero uno de ellos, el de short, dijo que su padre lo había conocido.

—¿Cómo se llama tu padre? —preguntó Boing, presionando el botón de rec de la grabadora digital.

—Camilo —respondió el niño—. No vive aquí. No sé dónde vive. Pero mi mamá dice que vive río abajo. Mar abajo. No sé.

—¿Y tu mamá? —preguntó Boing, sacando de su bolso de cuero caramelos que lanzó en el aire.

—No está. Solo mi abuela. Pero mi abuela también conoce a alguien que conoció a ese señor —dijo el niño, metiéndose a la boca el caramelo, y sacudiendo los brazos, con

aires de felicidad y corriendo detrás de otro niño que huía del resto porque a éste le había tocado una barra de chocolate.

Se quedó sentado en el tronco, viendo a los niños jugar entre ellos.

—¿Y usted sabe jugar fútbol? —preguntó uno de los niños.

—Por supuesto —dijo Boing, antes de levantarse, viendo los destellos del atardecer y el peñazo en donde yacía una casa de madera pintada de azul océano.

Los demás niños le repitieron la pregunta. Uno de los niños sacó un balón blanco, que, a juzgar por el aspecto, parecía el único balón del pueblo, magullado y descascarado.

Boing guardó la grabadora en el bolso y corrió hacia donde estaban los niños reunidos alrededor del balón.

—Aquí está la raíz —balbuceó Miss Daisy, la más anciana de los siete nativos ramas que quedaban en el pueblo. Boing entonces comparó mentalmente la voz de la anciana con la voz que explicaba los saludos en ramas en las grabaciones de su padre.

—La raíz está aquí —dijo de nuevo la anciana, entrecerrando los ojos, y señalando con su cabeza hacia el exterior, donde la pasividad del pueblo reposaba en el silencio interrumpido por los gritos de los niños que desde su casa discutían con sus padres.

Estaban sentados en dos troncos que improvisaban sillas; débilmente iluminados por un candil. Por un momento Boing tuvo un ataque de paranoia —«si ese candil se cae, esta mierda se incendia», pensó— y la anciana descalza y de tez morena, cabello blanco, le explicó a Erick Boing quién había sido su padre al llegar a estas tierras.

Le explicó que su padre no solo defendía a los nativos. Thomas Boing, dijo la anciana, era un ferviente defensor de los recursos naturales.

—¿Quién lo mató? —preguntó Boing. La anciana sorbió un trago de su taza de plástico con café, y la sostuvo por un rato poco antes de emitir palabra alguna.

—Nadie lo sabe. Lo encontraron muerto. Donde usted duerme ahora.

La anciana tenía un acento extraño. Continuó explicando los detalles de esa madrugada que encontraron a Thomas Boing muerto en el cuarto del palafito.

—Lo encontró Camilo —dijo la anciana; volviendo a tomar, y viendo fijamente en la penumbra a Boing—. ¿No va a tomar?

—Por supuesto —respondió Boing, empinándose la taza; repitiéndose así mismo que el agua había sido hervida. *No te pasará nada*. Temía pescar una enfermedad.

—¿Usted estaba cuando él grabó estos audios? —Boing sacó la grabadora, y la encendió. La anciana se asombró al reconocer su voz, confundida con otras voces de familiares y miembros de la comunidad.

—La mayoría de ellos están muertos —dijo Miss Daisy.

—¿Cuándo murió el último? —dijo Boing, temiendo que su pregunta se tomara de impertinente.

—Hace unos días. Lo enterramos allá —La anciana señaló la parte trasera de la casa. Y como era de noche, era imposible ver el lugar exacto del cementerio del pueblo.

—¿Y allí enterraron a mi padre?

—Sí —dijo la anciana—. No fue decisión nuestra. Cuando vino el Ejército a investigar nos acusaron a nosotros. Nos dijeron que no debimos haber hecho tal cosa. Pero era imposible. No sabíamos cómo dar parte a las autoridades. Y el cuerpo llevaba dos días en la habitación... —La anciana calló. Se quedó pensativa, esperando una reacción de Boing; pero al no escuchar ninguna palabra de éste, prosiguió con su parlamento—. Si usted va al cementerio, encontrará a su padre. El Ejército nos dijo que alguien de Managua vendría a Bangkok Taik. A reclamar el cuerpo... Supongo que esa persona es usted.

—No —dijo Boing—. No vengo a reclamar el cuerpo de Thomas. Para nada. Vine por otros motivos.

—Ya veo —dijo la anciana, entrecerrando los ojos.

Boing se quedó pensativo. Nunca había planeado repatriar los restos de su padre a Managua. En realidad solo había venido a este lugar porque deseaba conocer la verdadera historia de la muerte de su padre. En Managua se decía que había sido asesinado por el Comando, por los mismos nativos. Otros afirmaban que había sido el mismo Ejército que lo había ejecutado por sesionista.

—¿Y cuánto tiempo planea quedarse? —preguntó la anciana, en medio del silencio que nublaba la mente de Boing.

—Un par de días más —dijo Boing.

—Mi recomendación es que se vaya cuanto antes... No nos gustaría tener sorpresas. Se anuncia un huracán. Y no creo que usted tenga ganas de quedarse aquí. ¿Por qué no viaja a Greytown? Puede ir y conversar con Camilo, amigo de su padre.

Boing no respondió de inmediato. Se preguntó cómo sabía Miss Daisy que en unos días entraría un huracán a la costa, si no había ni radio ni televisión. El único radio lo tenía un tipo que se llamaba Simón, que vivía en la casa que estaba en el peñasco. Quiso preguntarle a la mujer, pero en lugar de ello, prefirió el silencio.

—¿Se encuentra bien?

—Muy bien —dijo Boing—. Solo estaba pensando en el huracán...

—No sabemos cuándo llegará... Pero estoy segura que en unos días. Si no se va antes, debería esperar a que pase; pero eso será difícil para usted. Su padre vivió el huracán del 88... Con nosotros.

—El Huracán Joan —dijo Boing.

—Sí; ese mismo. También su madre...

Hasta entonces no había escuchado nada de su madre. Tampoco se le había ocurrido preguntar por ella. Miss Daisy explicó que Luise Williford había sido la primera mujer extranjera en llegar a Bangkukuk Taik.

—La primera no nativa que vino —corrigió la anciana.

—¿En qué año?

—En los 80's —dijo la anciana, intentando buscar algún recuerdo en su memoria—.

Usted también vino aquí. Estaba pequeño. ¿No se acuerda?

—No. Pero encontré unas fotos mías junto a mi madre. Ella aparece aquí...

—La tecnología, mire usted —dijo la anciana, esperando que Boing añadiera algo—  
¿Sabe algo de ella?

—Esa es una muy buena pregunta...

Le había costado responder. Esperó a que la anciana continuara el parlamento.

—¿Sigue en Greytown?

Boing se espantó. «¿Cómo sabe esta mujer tantas cosas?», se dijo; y la mujer, al escudriñar en su reacción, respondió:

—No se asuste, sé lo que está pensando. Su padre me contó lo que había sucedido con ella. La extrañamos. Ella nos ayudó. Fue ella la primera en venir, ¿ya le dije? La primera en visitarnos. Luego vino su padre. Pero eso fue muchos años después. Lo que nos había dicho su padre, era que su mamá vive en Greytown. Y que no revelaban a nadie ni a su propio hijo de lo que ellos hacían por miedo de que a usted le sucediera algo.

A Boing le quedó sonando en la cabeza el *muchos años después*. Sonaba a una vida ulterior. Se preguntó qué seguía entonces. ¿Quedarse o irse? La mujer insistió en que se marchara; que en todo caso podría contactar a alguien que le daría más pistas, y que lo ayudaría a llegar a Greytown.

Se levantó para despedirse de la anciana. No llegó a ver su rostro. Caminó en silencio con la sensación de que había hablado con un fantasma, con una voz que surgía por sí sola en medio de la oscuridad. A mitad del trayecto los niños lo rodearon y le preguntaron si quería jugar. Dijo que no con la mano. Los niños lo siguieron y lo acompañaron al portal del palafito; probablemente el mismo lugar donde su madre había aparecido en ese famoso reportaje del que tanto se había hablado en los últimos años.

Se acostó a dormir. Se dijo que esperaría el huracán. Después de todo ya estaba allí.

¿Qué otra cosa podía pasar?

## Vita

Mario Martz nació en León, Nicaragua. Es autor de la colección de relatos *Los jóvenes no pueden volver a casa* (Managua: anamá, 2017), y del poemario *Viaje al reino de los tristes* (Managua: CNE, 2010), así como coguionista de los cortos experimentales *Vano urbano* (2014) y *De donde fue el infierno* (2012). Las antologías *Resistencia en la tierra* (Chile: Ocean Sur, 2014), *Queremos tanto a Claribel* (España: Valparaíso, 2014); *Instantáneas de la poesía centroamericana* (México: Literal, 2013) y *Los 2000, autores nicaragüenses del nuevo milenio* (Managua: Leteo ediciones, 2012) recogen muestras de su trabajo que también puede encontrarse en las revistas *Carátula*, *El Hilo Azul*, *Rara*, *Cuadrivio*, entre otras. Actualmente reside en la frontera mexicano-estadounidense (El Paso-Ciudad Juárez), donde estudia la maestría en Creación Literaria en la Universidad de Texas en El Paso.

E-mail: mariomartz@msn.com

Permanent address: 528, Prospect Street  
El Paso, Texas, 79902

This thesis/dissertation was typed by Mario Benito Martinez.